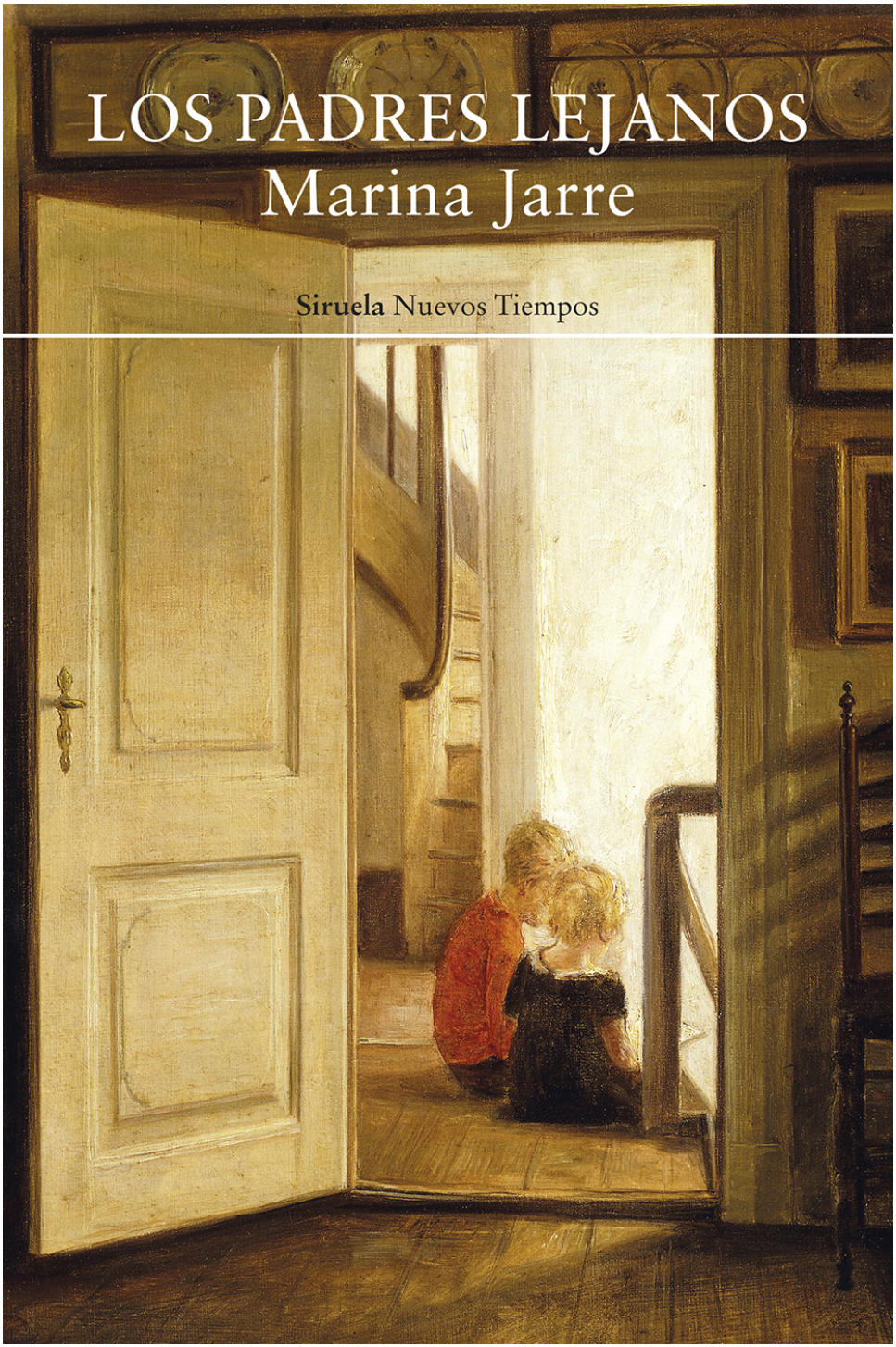
LOS PADRES LEJANOS

Marina Jarre

Siruela Nuevos Tiempos



Marina Jarre

Los padres lejanos

Traducción del italiano de
Natalia Zarco

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: septiembre de 2021

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *I padri lontani*
En cubierta: imagen de © Christie's Images / Bridgeman Images
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© 2021 Bompiani / Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano
www.giunti.it
www.bompiani.it
© De la traducción, Natalia Zarco
© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-46-5

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

El círculo de luz

La piedad y la ira

Como mujer

El círculo de luz

A mi hermana Sisi

Hay días en los que el cielo sobre Turín es inmenso. Días de bochorno veraniego en los que el calor difumina el horizonte desde la mañana; por un lado, las colinas, y, por el otro, las montañas. Al amanecer, los árboles agitan sus frondosas ramas con un movimiento lento y continuo, como un rumor, que se extiende por toda la ciudad. En el cielo predomina un color gris amarillento, opaco, uniforme, sin una nube, estático. Bajo ese cielo chillan y vuelan las golondrinas. Poco después, hacia las ocho, el rumor de los árboles, meciéndose cada vez más despacio, se apaga entre los trinos hasta que se detiene, el cielo se vuelve de un amarillo violento y el ruido de los coches llena las calles.

Me parece escuchar a Gianni hablar de Turín con alguno de sus amigos, de cómo era en su infancia y adolescencia, cuando iban a patinar al Italia; aquí estaba la pasarela para cruzar las vías del tren, allí se pasaba por la calle de los burdeles o por la Via Roma, aún retorcida entre los viejos comercios. Turín terminaba en el Mauriziano[1], y, a partir de allí, los campos.

Cuando hablan de Turín, Gianni y sus amigos, sin embargo, no se ponen tristes, no se lamentan de nada. Solo oí a Gianni echar de menos las vías del tranvía número ocho, que hace unos años fueron desinstaladas. «¡Ya verán, ya —decía, reivindicativo—, cuando se acabe la gasolina!». Una vez, caminando por el Valentino, se acordó también de la gigantesca araucaria del jardín botánico, cuyo tronco cortado, enorme ruina gris, sobresale por el muro.

Habla de las personas y, cuando lo hace, reduce la ciudad a un círculo pequeño en el que todos se conocían.

—Ya tenía las piernas torcidas de pequeña —apunta, al pasar al lado de una señora.

—¿La conoces?

—No, pero íbamos juntos a la escuela; ella también venía a la Silvio Pellico.

No echa de menos la Turín de entonces, porque aún no ha perdido esa ciudad. No ha perdido su infancia.

A menudo envidio la infancia de los demás. Me ocurre incluso que envidio, de repente, a un niño en su carrito o a las jóvenes muchachas embarazadas con su gracioso y pimpante barrigón. La envidia radica en el malestar de siempre, en tener que informarme, en quedarme al margen, y en la nostalgia que yo, en cambio, sí que siento por la Turín de entonces, desde donde veo acercarse, inmutables al paso del tiempo, al niño en su carrito y a la joven esbelta con su admirable tripa.

La nostalgia que no sienten ni Gianni ni sus amigos se nutre precisamente de todo lo que no sé, de lo que no he visto, de los olores que no he percibido, de la existencia de esa otra que no he sido.

Ya hace casi treinta años que estoy en Turín, y la ciudad nueva, que ha ido abriéndose como un anillo alrededor de la ciudad vieja, la conozco a fondo, ha crecido y envejecido conmigo, con sus enormes avenidas bordeadas de manera ininterrumpida de grandes edificios de sur a oeste; con las villas nuevas en los barrios residenciales de la colina, en los barrios brumosos y dispersos hacia la carretera de Milán, donde abundan las gasolineras a lo largo de la vía y, altos y brillantes por la noche, los rótulos publicitarios.

Pasé un verano en Turín con un libro de botánica. A las cinco de la tarde salía a recorrer las verjas de los jardines del centro y de la Crocetta, pasaba por los parques públicos mientras iba reconociendo los árboles y verificándolos con las indicaciones e ilustraciones del libro. El viento levantaba papeles y polvo hacia la copa espesa de los castaños de Indias. En uno de los jardines florecía una acacia del Japón; en los jardincillos de la Via Bertolotti, en cambio, florecían acacias de Constantinopla. En los jardines de Lamarmora, las hojas de los árboles de Judas, en algunos atardeceres azulados por las tormentas que en verano suelen rodear la ciudad, como compuertas negras que se abren y se cierran ora al norte, ora al sur, las hojas de los árboles de Judas, como decía, eran de un verde claro muy intenso, iluminado de azul.

Al mirar a mi alrededor —¿será una pterocaria o un ailanto?—, sentía una especie de arrebato de solidaridad difusa hacia todos los que, como yo, se paseaban por las calles de Turín en pleno verano.

Mientras caminaba por aquellas calles, por las aceras sucias de polvo,

papeles, helados derretidos, preservativos, jeringuillas, excrementos de perro, la calle terminaba siendo un lugar, el único posible, indistinguible de los demás lugares, y la gente, y yo con ellos, en las aceras, indistinguibles entre nosotros.

Aparecían nuevas construcciones en nuevas avenidas fangosas e infinitamente desnudas, frágiles al principio en su soledad espaciada, después reordenadas entre círculos de tierra con árboles delgados —¿almeces?—, o hileras de arces que atravesaban el gran aparcamiento entre San Giovanni Vecchio y el palacio de la Bolsa: cambios aleatorios, susceptibles de posteriores transformaciones venturosas por manos invisibles en una sola noche. También discutibles eran las cabinas telefónicas, copia exacta de las máquinas de transmigración temporal o espacial de las películas de ciencia ficción, que siempre resultan tan obvias como las cabinas de teléfono testimoniando la necesidad, cotidiana y natural, de tales transmigraciones.

Este es el lugar sin nombre, igual a otros lugares, y mi tiempo, igual al tiempo de los demás. Ya no voy a huir. Cuando de pequeña imaginaba escapar de casa, Italia era el país al que me hubiera gustado ir. Italia, la patria de mi madre, donde siempre hacía calor y se podían pasar largas horas en el jardín. Soportando con paciencia la diarrea que acompañaba mis vacaciones de verano provocada por la fruta que comíamos recogida todavía verde de los árboles.

Mi hermana y yo nacimos en Riga.

Una foto mía a los cinco años: el pelo recogido en dos coletas a ambos lados de una cara menuda, con un bonito vestido de terciopelo a rayas, escogido, como siempre, por mi madre, y el guardapolvo de estar en casa, estoy de pie junto a la casita de las muñecas y, encima del tejado, sujeto de pie a mi muñeco Willi con una mano, al lado de la jaula del canario Pippo. Esbozo una sonrisa mansa y obstinada, y miro a lo lejos, de lado.

Con la misma media sonrisa y el mentón testarudo, mirando de lado, aparezco en otra fotografía sentada con mi madre y mi hermana, cuya mirada, de frente, es radiante y curiosa. Mi madre, de perfil, vuelta hacia mí, sonríe con un gesto orgulloso y emocionado. Tiene dos minúsculas arrugas en el ángulo de los ojos.

Mi conciencia de mí misma se debía a los miedos que me atenazaban; mi conciencia de los demás, a la llegada de mi hermana a mi vida.

Vamos de camino al Kaisergarten[2], empujo con las manos el carrito

donde va mi hermana. Es decir, creo que lo empujo, y recuerdo claramente el brillo de la barra a la altura de mi cabeza. Detrás de mí va la *Schwester*[3]. Por supuesto, es ella la que empuja el carrito. Pero yo pienso: Ahora me verán y todos dirán qué buena es esa niña que lleva de paseo a su hermanita. Nos encontramos con alguien y nos detenemos. Y ese alguien, por encima de mí, dice: «Qué ojos tiene esta niña: parecen dos ciruelas negras». Me entero entonces de que los ojos de mi hermana parecen dos ciruelas negras. La palabra «ciruela» tiene, en alemán, un sonido muy dulce. Y ese mismo sonido lo repite mi madre cuando la *Schwester* le cuenta después el episodio.

Por las noches sueño que voy por esa misma acera, pisando las hojas de los arces; a mi lado camina un minúsculo ser blanquecino y blando. Yo lo aplasto, y hacerlo me infunde una inmensa sensación de poder. Sé que está *vivo* y que yo puedo matarlo. Que dispongo de él. En otra ocasión, me encuentro dos más en un muro, y de nuevo los aplasto. Queda una mancha grande donde los he aplastado. Despierta, estos sueños me asustan. Despierta, no soy capaz de hacer daño a nadie y no puedo ni siquiera mirar cuando los cocheros azotan a los caballos. Me han dicho que es necesario matar a los caballos que se han caído y tienen una pata rota porque, «si un caballo se cae, no puede volver a levantarse».

Cuando caminábamos hacia el Kaisergarten, yo debía de tener poco más de dos años porque mi hermana y yo solo nos llevamos trece meses de diferencia. De esos primeros trece meses de mi vida, precisamente, son dos fotos de nuestro álbum de familia. En la primera, una foto hecha por mi tío, estoy sentada desnuda en una silla de mimbre al sol, en el jardín de Torre Pellice, delante de la casa de mis abuelos maternos. Toda mi cara se ríe y mi madre, detrás de la silla, se inclina hacia mí sonriendo. En la otra, tomada por un fotógrafo, estoy de pie y me apoyo en mi madre, arrodillada, con un vestido muy ancho. Tengo un rostro diminuto y serio, ojos diminutos, nariz diminuta y boca diminuta, y un cabello escaso, lacio. En el reverso de la foto hay una nota de mi madre donde me llama «Marinette». De ese gracioso apelativo no tengo recuerdos. De pequeña me llamaban «Miki» —sobrenombre que me dio mi hermana—, y mi abuela materna me llamaba «Mina», acentuando a la francesa la última *a*.

Puede ser también que se remonte a los trece meses que separan mi nacimiento del de mi hermana el amor que siento por el sol desnudo de

otoño y de primavera, cuando parece resplandecer más claro y arrogante entre los troncos y las ramas sin hojas. Cada vez que tratan de cobrar forma en mí recuerdos de hechos no vividos o de sentimientos nunca percibidos conscientemente, me digo: así está bien, no tengo miedo. O me digo: soy como soy y quiero disfrutarlo.

Pero, sobre todo, me parece estar en otro lugar, me parece estar dando los primeros pasos de otra persona.

Sin embargo, enseguida supe dónde me encontraba, aunque mi consciencia se limitaba al tiempo y al lugar mismo —mi habitación, la calle de nuestra casa, la franja de playa acariciada por el mar— y obviaba los desplazamientos. En aquel lugar y en aquel tiempo, cualquier gesto mío y cualquier palabra eran importantísimas, decisivas. Aseguraba los acontecimientos en un marco en el que podía afrontarlos de inmediato —todos al principio me parecían temibles— e ignoraba que la gente puede esperar o posponer.

Así que tenía muchos miedos —era cobarde, decía mi madre—, miedos en los que personas y lugares se confundían: había personas que me arrastraban a situaciones difíciles, y lugares que evocaban presencias aterradoras. Buscaba, sin embargo, en cada lugar, en cada momento, el modo, el gesto o la palabra para resolver yo sola mis miedos. También era mentirosa, decía mi madre.

Temo a mi madre, la temo cuando está, pero la necesito cuando no está. Me dicen que ese es el amor que todos los niños sienten por su madre. Y también me dicen que la madre quiere a sus hijos porque sufre mucho trayéndolos al mundo. Esto no lo entiendo: ¿por qué los quiere si ha sufrido tanto? En cambio, entiendo muy bien que los hace ella, los niños, y que tienen que abrirle la tripa en el hospital para que salgan.

También, cuando nací yo, mi madre fue al hospital. Antes de mi nacimiento vomitó durante semanas y semanas; se paraba detrás de las vallas para vomitar tranquila. Dejó de vomitar la tarde previa a mi nacimiento. Nací con algunas semanas de antelación. Al menos esto podría haber sido mérito mío, pero no lo es porque fue mi madre la que hizo que yo naciese antes, subiéndose a una escalera para colocar los tarros de mermelada en un armario.

Después, yo siempre hacía la caca verde y lloraba toda la noche.

Empecé a andar tarde y hablé tarde; parecía tonta, pero la vieja *njanja*[4], que jugaba conmigo cuando me despertaba por la noche y me cantaba canciones rusas, decía que yo era inteligentísima.

Los adultos no tienen miedo: esa es la diferencia entre ellos y yo. No sé si tienen razón en lo de no tener miedo: caminan por el hielo del lago, el hielo cruje; ¿quién les asegura, a los adultos, que no se romperá?

Dejan encendidas las estufas por la noche; y luego se queman las casas —sobre todo las de los obreros de la periferia— y los bomberos tienen que correr a apagarlas.

El tío me lanza por los aires y me recoge al vuelo. Él se divierte muchísimo, pero ¿será capaz de cogerme sin que me caiga?

Y, en definitiva, ¿acaso no se les cayó, a los adultos, incluso aquel zepelín que una mañana pasó, reluciente al sol, justo delante de nuestras ventanas orientadas hacia el Daugava?

También yo seré adulta, pero no alcanzo a imaginármelo. Me preocupa —y lo pienso a menudo— crecer de repente, en una sola noche. ¿Cómo me las apañaré al día siguiente para conseguir ropa de la talla adecuada? Tendré que ir a comprarla yo sola y se burlarán de mí, los adultos, por culpa de mi vestimenta infantil, demasiado pequeña. Se burlan de mí a menudo, y yo detesto que se burlen de mí. Mejor dicho, detesto a los que se burlan de mí.

Cuando camino, me vuelvo a mirar lo andado para poder volver a casa si por casualidad me abandonan. Y así, por si mi madre no consiguiera subir al tren a tiempo, me aprendo de memoria el nombre de todas las estaciones por las que pasamos en el largo viaje de cuatro días que en verano nos lleva a Italia; a Italia, a Torre Pellice. El primer nombre que aprendo es «Garda», el lago de Garda, y lo veo una mañana, recién levantada, por la ventanilla del tren, un pico estrecho de agua verde esmeralda.

Cuando le cuento a mi madre lo que hago por la calle, volviéndome todo el rato durante el paseo, ella se ofende muchísimo.

Sin embargo, yo esperaba que me alabase. Por lo general, me dejo llevar de un lado a otro, como un paquete, pero en cuanto llego a un sitio me busco una cueva. Odio los recibimientos a los niños; todos los adultos me importunan, ofreciéndome enormes e repugnantes trozos de pastel cremoso y preguntándome qué es lo que me gusta. ¿Te gusta ir en trineo o patinar? ¿Te gusta el chocolate? ¿Te gusta ir a la escuela?

Una vez, me llevan a visitar a un niño pequeño, un recién nacido; estamos en casa de alguien de la legación[5] holandesa. Descubro un rinconcito escondido en el vano de una ventana detrás de una enorme cortina y allí estoy mirando un libro ilustrado, leyendo los títulos en

mayúsculas. Entonces aparece, como siempre, un adulto que me descubre y me lleva con los demás niños a ver al bebé. La habitación donde está la cuna está muy iluminada y llena de gente. Huele a chocolate caliente. El bebé tiene las piernas y los pies desnudos. Es gordo y blanco. Todos dicen «qué precioso bebé», pero a mí me dan ganas de vomitar, quizá por el olor a chocolate caliente, o quizá porque he visto un pelo enrollado en el dedo gordo del pie del niño.

De vez en cuando vomito. No me gusta comer carne, y a veces consigo tener, durante toda la tarde, bien apartadas en un rincón de la boca, bolitas de carne masticada sin tragar. Mientras mi madre me las saca con el dedo, me grita. Tiene razón, tengo que tragármelas; si no me las trago, no crezco.

Cuando tuve la tos ferina, ella, a través de la legación italiana, hizo traer naranjas. Cuestan muchísimo y están dispuestas en un estante alto. Las como por darle gusto, pero después las vomito —con lo caras que son —, mientras que mi hermana, que también tiene la tos ferina, sí que consigue tragárselas. Mi madre lo cuenta y se ríe, describiendo a mi hermana, que tose, traga y vuelve a sus juegos diciendo: «¡Hecho!».

No me gusta comer; solo me gustan algunas comidas. Como el salmón hervido o ahumado. Por la tarde me acerco a mirarlo en la mesa de la cocina, a oscuras, rosado y fragante, preparado ya para el día siguiente. También el *kisel* (una gelatina ácida de bayas) me lo como con agrado, y la sopa de fideos o las salchichas de Fráncfort que compramos en las estaciones alemanas, servidas en una bandejita de cartón con un panecillo y mostaza. Y de todas estas comidas lo que más me gusta no tiene nada que ver con su sabor: el bellísimo color rosa del salmón o la transparencia gelatinosa del *kisel*, el perfume vaporoso de la salchicha y la forma bien definida del panecillo blanco.

Sin embargo, me trago sin asco el aceite de hígado de bacalao. No tiene nada de apetecible, es más, parece cola líquida. Mientras que mi hermana se esconde debajo de la mesa o detrás del sofá cuando llega el momento diario del aceite, yo me lo trago obedientemente. Naturalmente, con esto espero hacer méritos, aunque, a decir verdad, tampoco me supone un gran esfuerzo.

Mi madre, creo, quizá adivina mis repelentes instintos alimentarios, casi parece que le disgusta mi docilidad respecto al aceite de hígado de bacalao, y compadece a mi hermana, aunque con rostro severo, mientras la saca de detrás del sofá. ¿Qué diría si supiera que, encerrada en el

cuarto de baño, suelo comerme la crema Nivea y que después lamo con cuidado la superficie para que vuelva a quedar lisa?

A veces me dan ganas de contarle que me como la crema Nivea en el baño; ¿y si en vez de gritarme se echase a reír? También querría decirle por qué estoy tanto rato en el pequeño aseo que hay al lado de la cocina. Me reprende muchas veces porque siempre estoy allí metida; sentada en la tapa del váter, hablo con el perro encerrado en la bombilla.

Encerrado exactamente en el espacio del filamento, y yo le hablo, lo compadezco y me compadezco: «Perro —le digo—, tú estás ahí, encerrado, y yo también estoy aquí, encerrada, y cuando salgo me gritan y mañana por la mañana me darán un baño helado». Además, he descubierto que cuando estoy resfriada noto un olor desagradable dentro de la nariz. «Perro, tú no estás resfriado; estás limpio, inodoro y luminoso, dentro de tu espacio».

Pero no hablo con mi madre: mi falta de méritos me paraliza. Cuando me mira a la cara, siento que lo hace hasta lo más profundo. Es inútil fingir, no valgo nada. Si al menos me compadeciesen por eso, pero nadie me compadece. Ni siquiera cuando estoy enferma. Estoy enferma con mucha frecuencia, enfermedades estúpidas que llaman «infantiles». Mi hermana, a los pocos meses, estuvo tan enferma que casi se muere. Después, nunca más ha estado enferma.

Mi madre cita mis estúpidas enfermedades como el rosario de sus tormentos; se angustia cuando enfermo, y se queda en casa para cuidarme. Durante la convalecencia, cada toma de temperatura es un momento crítico. Una vez, el termómetro volvió a marcar treinta y siete y medio en vez de treinta y seis con ocho y ella se enfadó tanto que lo lanzó por los aires. O lanzó por los aires alguna otra cosa que no recuerdo. «¿Qué has hecho? ¿Te has levantado para asomarte a la ventana? ¿Sin ponerte las pantuflas? ¿Has saltado encima de la cama?». Me da miedo, pero la compadezco. Tiene razón: le toca quedarse en casa a cuidarme cuando tiene tanto trabajo en la universidad.

A mí, en cambio, me encanta ponerme enferma. Precisamente porque ella debe quedarse en casa para cuidarme. Si exceptuamos las vendas amarillas y pegajosas del dolor de garganta y la cucharadita del doctor, todo el ceremonial de la enfermedad me gusta muchísimo. La sopa pálida en el plato en una bandeja —la bandeja toda para mí, con la servilleta limpia— y, no hace falta decirlo, el sabor de los jarabes. Mi madre me asea con cuidado cada mañana y me espolvorea de talco. Envuelta en ese

perfume, me quedo acostada bajo las mantas y miro el sol en el papel pintado. También ese sol todo para mí, en su cuadradito de luz sobre la pared. Estoy a salvo de cualquier peligro, puedo reposar del cansancio de la lucha cotidiana.

Estoy acurrucada en el centro de mi vida como una araña, tejiendo una tela de protección a mi alrededor. No puedo abandonar mi puesto nunca y dependo de mí, sin que me sea concedido un segundo de distracción: se trata de dejar lo menos posible de mí en manos de los demás, que tratan de destruirme.

Con sus preguntas, con sus risotadas: «¿Te gusta patinar? ¿Te gusta ir a la escuela? ¿Te gusta el chocolate?», o también: «Di esto, di aquello, ¿no le dices nada a la señora?».

Diga lo que diga, se ríen.

Inútiles resultaron los esfuerzos de mi madre y de mi abuelo para que diga *merci*, mientras mi abuelo me daba un racimo de uvas en Torre Pellice, bajo el avellano. El abuelo iba —curiosamente— en bata. Estaba ya muy enfermo y pasaba buena parte del día en la cama. Aquella tarde, a paso lentísimo, fue a recoger uvas. Las traía en la mano, con sus frutos dorados, pero yo no abría la boca. El abuelo apretó los labios, impaciente y decepcionado.

Pocos meses después estamos de nuevo en Riga y una mañana la gobernanta nos lleva a la habitación de mi madre. Ella está sentada en la cama en ropa interior, los brazos desnudos, y llora arrugando la nariz. El abuelo ha muerto en Italia.

También esa vez guardé silencio, por prudencia, claro, para no comprometerme. Pero estaba asombrada; nunca había visto a mi madre llorar y no entendía por qué lloraba.

No me conmovió —los adultos no me conmovían; me conmovía nuestro perro moribundo, tratando en vano de coger aire con el hocico enfermo—. Me pareció, incluso, que ya no era nuestra madre (era la hija del abuelo) y eso la volvió muy lejana en sus emociones inexplicables —¿acaso no éramos mi hermana y yo el único objeto de sus sentimientos?—, como si ya no pudiera temerla más.

Además, no se deben mostrar los propios sentimientos. Quien lo hace, seguramente, finge.

La última vez que vi a mi padre —yo tenía doce años; él y mi madre se estaban divorciando, y él había venido a vernos unos días a Torre Pellice, donde vivíamos desde hacía dos años, con la abuela—, nos

saludamos en la callejuela Dagotti, donde estaba la casa de mis abuelos. Quizá iba de camino a la escuela; iba sola, probablemente mi hermana fuera delante. En el momento en que tomé la calle principal, mi padre, que estaba en la esquina de la callejuela, corrió hacia mí y, cuando me alcanzó, me levantó en sus brazos y llorando me dio un beso en la boca. Este gesto —tan ajeno a los habituales de nuestra relación— me asustó y me repugnó. Cuando me soltó en el suelo, salí corriendo sin despedirme y lo dejé allí, en la callejuela, alto y con su abrigo oscuro.

Mientras cogía la calle principal a la carrera, me limpiaba la boca y me preguntaba: ¿qué se le había pasado por la cabeza? Y también, ¿quién era él?

Me asombraba, pero en sentido opuesto a como me había asombrado el llanto de mi madre. Aquel llanto me la reveló como una extraña; en cambio, el gesto improvisado e insólito, no fingido, de mi padre, había conseguido arraigar algo en mí. Algo que no estaba, que había estado ausente.

Esa ausencia la sentí como una culpa bastante antes de saber que lo había dejado en la callejuela Dagotti, aquella última vez, alto y con su abrigo oscuro, erguido delante de los alemanes que lo fusilarían en Riga, en octubre o noviembre de 1941.

Una culpa compartida entre él y yo, que no pudimos llegar a conocernos.

No sé casi nada de él. Solo tengo algunos recuerdos infantiles dispersos. Ignoro cómo él y mi madre se conocieron, durante mucho tiempo no supe por qué se habían casado, no sé la fecha de su muerte, y la de su nacimiento la descubrí en los documentos del divorcio entre él y mi madre.

Antes de irse por última vez, me regaló un reloj. Grande, con una forma —un cuadrado irregular— y unas cifras —romanas— que no me gustaron. Años atrás me había regalado una muñeca tan alta como yo, que no cabía en ninguna cuna para muñecas. Traía una muñeca cada vez, no decía siquiera a quién de las dos; de la exposición de París trajo un muñeco negro del cual mi hermana se apropió inmediatamente, pero, cuando lo compró, mi padre, en verdad, no sabía a quién destinarlo. En una de las visitas legalmente establecidas que nos hizo durante los últimos meses en Letonia, nos regaló —pobrecito— dos inmensos conejos blancos de peluche. Animales horrorosos, más grandes que los de verdad, con los que no se podía jugar.

Nunca me mandó el juego de té para muñecas que siempre le pedía en cada carta que le escribía desde Torre Pellice; el juego de porcelana, regalo de mi madre, se había quedado en la casa, con los juguetes, mis libros y mis muñecas. Tuvimos que irnos sin llevarnos nada, fingiendo que íbamos a la escuela una mañana, cuando en realidad fuimos a reunirnos con mi madre en la casa donde vivía después de la separación.

Todavía sueño alguna vez que hago las maletas y que no consigo coger las cosas que necesito. Sueño, por lo general, que tengo que huir con mis hijos pequeños y que tengo que elegir entre sus ropas cuáles me llevo. También las mantas las tengo que recoger a toda prisa, antes de la inminente catástrofe.

Llevé el reloj durante mucho tiempo, y cuando se rompió no me decidí hasta unos años después a sustituirlo por otro, diminuto. Lo guardé roto, enorme e incómodo, y luego lo tiré en una mudanza.

No he conservado nada más de mi padre, ni una fotografía, ni una carta. Ni siquiera la última carta que escribió en 1941, justo después de que los alemanes hubieran ocupado Riga. No consigo recordar qué decía aquella carta que durante años estuvo entre mis papeles, rota y arrugada, pero no sé por quién. Mi abuela odiaba a nuestro padre, y era perfectamente capaz de eliminar cualquier rastro de él. Pero tampoco hay que descartar la posibilidad de que fuese yo la que tirase la carta en alguna de mis limpiezas.

De aquella carta, escrita con su caligrafía ilegible, recuerdo solo una frase que había subrayado: «... porque recordad que vosotras también sois judías».

Frase que consideré sin significado, de la misma manera que no conseguía entender la razón por la que nos pedía —teníamos quince y dieciséis años— que lo sacásemos de Letonia por cualquier medio. ¿Cómo habríamos podido hacer algo así?

No había estado familiarizada con él. Era el único adulto que no solo no cumplía las reglas, sino que las negaba todas.

Vivía como un extraño en la enorme, cuidada y luminosa casa de nuestra madre. Era altísimo, moreno, con poco pelo —cuando yo nací, él tenía ya casi cuarenta años— y seguramente muy guapo. Parecía un «príncipe árabe», decía la cocinera.

Nuestra jornada no coincidía con la suya. Alguna vez me lo encontraba, cuando yo salía por la mañana para ir a la escuela, en las calles todavía oscuras, alumbradas por las farolas. Él regresaba, la

bufanda de seda blanca al cuello. A mi regreso, a la una, lo encontraba deambulando en casa, en bata y zapatillas, envuelto en un terrible olor a hombre. O leyendo en una butaca sus periódicos rusos, fumando gruesos cigarros con vitolas doradas, que yo para jugar me ponía en los dedos, como anillos. A mediodía comía patas de ternera en gelatina[6]. Y el té lo tomaba en un vaso ancho dentro de un soporte de metal con un asa.

Una tarde, en vez de mamá, nos llevó él al *ballet*, y se quedó dormido en el palco. Roncaba tan fuerte que se lo oía desde la platea. Alguna vez nos acompañó a diversas competiciones deportivas. El deporte le interesaba y había sido entrenador en la Unión Soviética. Contaba: «En 1918 iba en una embarcación por el Daugava y desde el puente me disparaban». Por eso tuvo que huir de la Unión Soviética.

Me acuerdo de que imitaba los silbidos de los disparos cuando relataba esa historia.

Una vez fuimos con él a una competición de marcha atlética. Había un hombre pequeño, empapado en sudor, que caminaba muy deprisa en una pista circular. Gesticulaba, hablando en una lengua incomprensible, y, cuando le daban un vaso de agua, la sorbía y después la escupía al suelo. Me hizo sentir incómoda porque era italiano y también mi madre era italiana como aquel ridículo y maleducado hombrecillo.

Mi padre hablaba mal de los italianos y sobre todo de uno de ellos, un tal Mussolini, que durante un tiempo creí que también era un atleta. Hablaba mal también de los soviéticos y de los alemanes. Trataba de enseñarme un alemán estrambótico —yidis— y se divertía muchísimo cuando lo pronunciaba como él. Mi madre se enfadaba y decía que su resentimiento contra los alemanes se debía a que no había conseguido terminar la universidad, en Alemania.

Sus amigos eran casi todos alemanes. «Alemanes de segunda», decía mi madre. Uno era médico de prisiones, y su mujer vino una mañana a nuestra casa a protestar porque «Herr Gersoni» convencía a su marido para irse por ahí juntos toda la noche. Mi padre se divertía mucho dando mal ejemplo. Pero aquel «alemanes de segunda» ¿por qué era consensual?

Nuestro padre hacía muchas otras cosas que los padres no hacen y que no deberían hacer.

Una vez compró un autobús. Nos llevó a verlo al cobertizo donde estaba aparcado. El autobús tenía los asientos destrozados, y yo me pregunté enseguida —aunque no me atreví a confirmarlo— si íbamos a

tener que viajar en aquel vehículo en vez de en el Diatto. Ya había tenido que viajar pegada a la moto en un sidecar. Pero, por suerte, aquel autobús era solo un «negocio» de mi padre. Lo era también el Diatto —durante un tiempo, además, fueron dos Diatto—, que todavía esperaba un comprador.

Los negocios de mi padre siempre eran ese tipo de extravagancias, de las que él se ocupaba en vez de, como decía mi madre, ocuparse de su trabajo. Era representante de Michelin en los países bálticos.

De Riga solo sueño con la calle donde estaba su oficina. Sueño con la calle desierta, con un pavimento muy irregular y bordeada de casas altas que se inclinan todas juntas hacia la calle, como las copas de un paseo de chopos un día de viento feroz. Es un sueño angustioso en el que el pavimento y las casas son negros, yo corro hacia la oficina de mi padre y quiero encontrarlo. Pero me encuentro, sentados en sillas, uno tras otro, en una serie de rápidas transmutaciones, a hombres desconocidos con rostros viejos y ojos cerrados. Me despierto llorando.

Mientras volvemos a casa, después de la visita al autobús, nuestro padre y nuestra madre discuten.

No se llevan bien. La culpa es de él, que grita muy alto, pero no se corrige. No pone ni un mínimo de buena voluntad, y mi madre tiene que trabajar mucho para pagar las facturas. Él se va dos veces al año a París a «divertirse».

No se llevan bien; nunca se llevaron bien.

Cuando encuentro una vieja postal escrita por mi madre en la que les cuenta a sus padres que estoy sentada en un sillón y que los miro, a ella y a Sammi, mientras comen, me parece como si estuviera hablando de otros.

Sus desacuerdos son un hecho cotidiano del que Sisi y yo hablamos de vez en cuando. ¿Cómo se puede una llevar bien con alguien que se va dos veces al año a París a divertirse?, ¿que duerme de día, no paga las facturas y grita? La cocinera le dice a la doncella que él pega a mi madre, pero esto no me lo creo; sin embargo, luego, cuando se pone a gritar, siempre temo que lo haga.

Mi madre es muy valiente, le planta cara cuando él grita. Por otra parte, les planta cara a todos, incluso al personal de aduanas. Mientras registran nuestro equipaje, ella los insulta.

Una mañana de primavera tenemos que cambiarnos de casa. Cada cierto tiempo nos mudamos. La primera casa que recuerdo daba al

Daugava y desde las ventanas veíamos pasar las embarcaciones; después vivimos más alejados del río, y entre el comedor y el estudio teníamos colgados, en el vano de la puerta, los aparatos de gimnasia. Luego, en otra casa, donde me permitieron colocar los muebles de mis muñecas al fondo de un pequeño pasillo ciego. Eran siempre pisos muy grandes y cada habitación tenía un olor diferente.

Aquella mañana de primavera fuimos con nuestro padre y nuestra madre en coche a Bienenhof, a una propiedad del abuelo en una isla del Daugava. Además de la fábrica, está también la casa en la que vivieron los abuelos, antes de venir a Riga, y mi padre, con su primera mujer.

Nuestro padre ha propuesto ir a vivir a Bienenhof y mi madre está contenta; le gusta la idea. Del viaje solo recuerdo que mi padre y mi madre se llevan bien.

Es un día espléndido y al llegar la casa está toda bañada por el sol. Delante de la entrada hay un enorme lilo blanco que —nos cuenta nuestro padre— una bomba tronchó en la guerra, pero que continuó floreciendo en las dos ramas que sobrevivieron al desastre. Mi padre me hace tocar el tronco.

Después entramos en la casa. El apartamento está en el primer piso. Las ventanas están abiertas y el sol lo ilumina todo. Los muebles son viejos y claros, y los sillones están cubiertos con fundas blancas. Los suelos son de madera rubia encerada. Hay muchas habitaciones. Mi madre y mi padre van de una a otra, no oigo lo que están diciendo, pero sé que se llevan bien.

Miro desde la ventana el patio cubierto de hierba. Tengo hambre y quisiera comerme un bocadillo. Hago mi juego de los olores: camino con los ojos cerrados, tratando de distinguir los olores de las distintas habitaciones por las que paso.

Las habitaciones de Bienenhof huelen a sol, a fundas y, naturalmente, a miel. *Biene* en alemán es «abeja». No huelen a personas.

Nunca fuimos a vivir a Bienenhof, y nuestros padres se divorciaron.

No creo que yo esperase ir a vivir a Bienenhof. No conocía el futuro, encerrada como estaba en el círculo iluminado de mi escenario. En ese círculo estaba siempre el divorcio de mis padres, junto a otros miedos.

Aquella mañana, en Bienenhof, el círculo de luz se amplió, se amplió de tal forma que ya no se veían sus confines, más allá de las paredes claras y de las ventanas abiertas, más allá del patio frondoso y del río cruzado por un puente de madera.

Jugué por última vez al juego de los olores en Waltershof, la propiedad de nobles alemanes donde mi madre nos escondió los últimos meses que pasamos en Letonia. Nuestro padre y nuestra madre se estaban divorciando —el proceso duró seis años— y mi madre trataba de llevarnos de manera clandestina a Italia, por miedo a que el tribunal no le concediese nuestra tutela. De todo esto nos informó nuestra gobernanta, Ingeborg —la llamábamos Böggi—, que ayudó a mi madre a preparar la fuga y que vivía con nosotras en Waltershof.

Para llegar a nuestra habitación, en un ala del edificio, se cruzaban salones y salitas llenos de muebles con patas doradas y de sillones cubiertos con fundas. En una habitación esquinera, con las ventanas siempre cerradas, había, desde medianoche a la una, un fantasma sin cabeza que tenía algo que ver —ahora no recuerdo por qué— con un reloj de péndulo del siglo XVIII donado por María Antonieta a una de sus ahijadas, antepasada del dueño de la casa. Aquella habitación la cruzaba con los ojos cerrados, aspirando el olor del fantasma, sutil aroma, débil y gris, que no entraba a mi nariz, sino tan solo a la cueva remota de mi cabeza donde yo estaba agazapada.

En esa cueva pongo en orden constantemente todo lo que está pasando.

No puedo más que dar la razón a mi madre; siempre le he dado la razón a mi madre. De ella recibo todas las normas y es a ella a quien sigo a todas partes. Además, es ella la que me quiere. ¿Mi padre me quiere?

Durante los meses que paso en Waltershof no sueño nada. Mi jornada continúa también cuando duermo; alguna vez me despierto por la mañana y he mojado la cama. El hecho se hace público y un muchacho —un noble polaco que está haciendo prácticas agrarias en la fábrica y que corteja a nuestra gobernanta— compone una poesía, escrita con bonita caligrafía y adornada con un marco de florecillas violetas, y la lee durante la comida delante de todos antes de entregármela a mí. Yo me echo a llorar y él se turba, y me pide disculpas. Pero mi dolor se queda ahí, como si dijéramos fuera de mí. Ni siquiera odio al muchacho; estoy demasiado ocupada poniendo orden en mi cabeza.

En los últimos días que pasamos en casa con mi padre tuve que mentirle. Ocultarle nuestro encuentro con mi madre —el delicioso olor de su abrigo de piel, reencontrado en el abrazo— y el plan tramado para reunirnos con ella la mañana del último día de escuela antes de las vacaciones de Navidad. Ella estaba en casa de unos amigos, a dos pasos

de nuestra escuela, y teníamos que ir solas hasta allí, subir las escaleras y decirle al joven que nos abriría la puerta, hijo del dueño de la casa, que queríamos ver a mi madre. Para facilitar —creo— un testimonio de que habíamos ido por voluntad propia y espontánea. No conseguí pronunciar palabra —era la encargada de hablar— de lo nerviosa que estaba.

Después me pesa haber mentido a mi padre. Mientras juego cuidadosamente con mis muñecas, en la habitación un poco desordenada —aprovechamos la larga ausencia de nuestra madre para utilizar como cabañas las mesas de estudio, puestas una encima de la otra—, y mi padre come patas de ternera en gelatina, sentado, en bata, a la mesa del comedor, lo miro y me da pena. Sé que no es lógico, pero la pena me duele como un corte que sangra debajo del esparadrapo. Incluso de noche, me despierto y ahí está la pena: también ella se despierta conmigo.

Alguna vez, pero solo en breves instantes de los que mi pensamiento se aleja a toda prisa, como un gorrión que alza el vuelo, sin haberlo rozado siquiera, del suelo donde ha creído ver una miga, se me pasa por la cabeza quedarme con mi padre.

También mi madre me da pena, pero la pena que me da es razonable, porque mi madre tiene razón. Y su razón está bien arraigada en mi cabeza, bien definida en sus contornos duros como un bloque de madera. Ella dirige mis pasos y mis manos, y también mi lengua cuando, llamada a declarar con quién queremos quedarnos ante el abogado, debo responder, delante de mi padre, que quiero quedarme con mi madre. Lo digo y me lanzo hacia adelante con un salto ciego. El mismo salto con el que me lanzaré hacia adelante a lo largo de mi vida, ciegamente, cada vez que tenga que elegirla a ella: la razón. A ella, mi madre. Luego, tanteo detrás de mí y no consigo encontrarme. No tengo paciencia; además, creo que ya he hecho bastante eligiéndola a ella, la razón. Ahora quisiera que me dejaran en paz con mis muñecas, mis niños; querría regar las flores y después salir al atardecer a respirar el olor veraniego del heno de los campos lejanos, más allá de los confines de piedra de la ciudad. Volveré tarde a casa y cocinaré para mis hijos. Para mi padre.

Nuestro padre nos encontró en Waltershof después de habernos buscado por toda Letonia. La gobernanta dice que nos ha buscado para vengarse de mi madre, que lo ha abandonado. Cuando llegó por sorpresa, con el coche, estábamos jugando en el patio. Tuvimos que refugiarnos a toda prisa en casa y encerrarnos en nuestra habitación. Mi padre

golpeaba la puerta y gritaba. Me llamaba a mí por mi nombre. Me llamaba porque yo era una cobarde y quizá le abriría la puerta. Pero no le abrí, y para resistir empecé a hacer operaciones en una hoja. Los números salían torcidos porque la mano me temblaba. La veía temblar y me maravillaba porque no era yo quien la hacía temblar, pero ella temblaba igual.

Después llegó mi madre —oí su voz clara detrás de la puerta— y fuimos llamadas a declarar en aquella sala con quién queríamos vivir.

Mi padre no es valiente. Solo yo sé que se pasó la noche despierto en el salón contiguo a nuestro dormitorio, fumando. Yo estuve sentada detrás de la puerta observando la habitación oscura. Estuve sentada en el suelo hasta que tuve frío y demasiado sueño para aguantar y me volví a la cama. Mi padre estaba despierto porque tenía miedo: al día siguiente tenía que ingresar en el hospital para operarse. Mi padre era un cobarde como yo. Me da pena porque es un cobarde.

La tarde que le dijeron por teléfono —no sé si el abogado, que sigue siendo solo un nombre, o mi madre— que ella no iba a volver más, él se puso a correr por las habitaciones y a asomarse a las ventanas, pegando la frente a los cristales. Apoyaba la frente en la ventana y, mirando a la calle, gritaba: «¡Te he perdido, Clarette, te he perdido para siempre!». Esa expresión cariñosa me pareció ridícula, poco adecuada para mi madre.

Mi hermana y yo estábamos encerradas en la habitación, pero también vino hasta nosotras y gritó, con la frente pegada a la ventana que daba directamente a la calle. Después de todo lo que había hecho —¡también le había pegado, seguro!—, ahora montaba estas escenas y le reprochaba que ella ya no lo quisiera.

Pese a todo, me daba pena, justo porque estaba interpretando un papel. Se interpretaba a sí mismo, tenía que gritar para que le creyesen. Pero a él tampoco nadie le creía.

A él tampoco nadie lo quería. Ni siquiera yo, que tenía que ser fiel a mi madre. Me da pena porque no lo quiero.

Quiero a mi madre: ella es la que siempre me ha querido y ha cuidado de mí.

Digo: de mayor seré maestra como mi madre.

Cuando salía de casa para ir a la universidad, a la oficina de mi padre, al teatro o a una recepción, tras ella quedaba una leve brisa de agua de colonia y jabón. Las reglas no solo las enseña, sino que se las aplica a sí misma. Naturalmente le cuesta esfuerzo y valor aplicar las reglas: las

reglas son duras.

Antes de salir va y viene por la casa, supervisa nuestra comida, nuestras redacciones, nuestros cuadernos, nuestra ropa, corrige una palabra, advierte a la gobernanta.

En Navidad, poco antes de nuestra fuga, estamos escondidas en un castillo al lado de un gran bosque. Después, nos iremos a Waltershof.

Mi madre ha puesto un minúsculo árbol de Navidad —en casa el árbol llegaba al techo— y bajo él encontramos, en vez de los habituales juguetes, los pijamas que necesitamos porque salimos huyendo sin llevarnos nada.

Las velas proyectan una luz amarillenta en las paredes irregulares donde se adivinan las piedras abultadas detrás de la pintura. He comido demasiado paté en la comida de Navidad. Estoy harta de paté. Siento unas leves náuseas y me da pena de mi madre, que ha tenido que regalarnos pijamas en vez de juguetes. Me da pena porque es valiente.

Trato de serle leal y de cumplir las reglas. Pero no soy muy lista y a menudo me equivoco.

Además de las reglas principales, hay reglas tácitas, y si no se adivinan a la vez hacen que la principal salga mal. Ya de vuelta a casa y a toda prisa, mi madre me grita.

Mi hermana es todavía menos cuidadosa que yo en la observación de las reglas, pero parece haber comprendido esas otras, las tácitas, las cuales, a saber por qué, acaban siendo las más importantes.

Una vez, mi madre conoce a una zíngara que le dice: «Tú tienes dos hijas. Una de las dos la veo en un escenario. ¡Ella te traerá la gloria!».

Mi madre lo cuenta: «Sisi, que sabe andar muy bien con las puntas —mira qué bien anda con las puntas—, quizá será bailarina, o quizá cantante. Mira lo bien que canta y afina».

Yo no sé ni siquiera patinar; la pista de patinaje, en la que mi hermana vuela trazando bellísimos ochos, es uno de los lugares que más odio; me arrastro hasta el borde, con los tobillos torcidos, y tengo frío. Los demás se divierten, benditos sean.

Pero es bueno para la salud patinar, es bueno deslizarse en trineo por empinadas rampas, es bueno meterse sin quejarse en el agua helada. Además, hay que saber todas estas cosas mejor que los demás.

En una ocasión —estando ya en Torre Pellice—, mi madre me envía en una carta un recorte de periódico con la foto de una compañera de escuela —una de aquellas alemanas altas y grandes con las que mi

hermana patinaba— ganadora de una competición. Debajo de la foto ha escrito: «¡Mira lo que ha sido capaz de hacer Marlene!».

Yo no hago más que leer. Leo todo el día. Pero leer no es un arte.

Años después —ya estoy casada y ya han nacido mis cuatro hijos—, estamos todos en la cocina; mis hijos, sentados a la mesa en pijama después del baño diario (primera regla: ¡hay que ser limpios!), esperan a que yo acabe de hacer la cena. Mi madre, que viene a vernos todas las tardes, les cuenta a mis hijos lo de cuando, junto a mi hermana, hice el examen de admisión para la escuela secundaria de Torre Pellice. Habíamos aprendido italiano en ocho meses y Sisi, con un año menos de la edad requerida, tuvo que recuperar italiano y dibujo en septiembre. Mi madre les dice a mis hijos: «Había que hacer una redacción sobre la experiencia en la escuela elemental que la tía Sisi y vuestra madre no habían casi frecuentado. Miki, que era muy mentirosa, se inventó toda la redacción; Sisi, la pobrecita, que era más sincera, no supo qué escribir».

Otras veces cuenta lo de cuando me hice caca en el asiento del tren; tenía once meses y ella, embarazada de mi hermana, aquella vez viajaba sin niñera. O cuenta lo de cuando con solo tres años fingí tener apendicitis.

Una tarde, mi hijo pequeño —tenía entonces seis años—, al regresar de casa de la abuela, adonde había ido a comer, me preguntó: «Mamá, ¿por qué la abuela siempre habla mal de ti?».

De nada sirve tratar de aplicar las reglas. Se me escapan las tácitas, según las cuales se conduce mi hermana: se mueve ágilmente de una situación a otra, se atreve a hablarle en un letón no muy bueno al cartero, pasea por los pasillos de la escuela del brazo con otras niñas, riéndose y comiendo galletas.

Mi hermana es morena; yo soy rubia —mi madre está muy orgullosa de mi cabello; cuando me lo lava, lo enjuaga con camomila—; Sisi tiene un vestido de seda rosa (que aún recuerdo muy bien), y yo uno con la misma forma en seda celeste (del que no me acuerdo).

A mi madre le gusta mi cabello: lo peina, lo cepilla, lo admira. A mi hermana no le alaba nada en particular. Solo cuando Sisi y yo somos ya adultas, la oigo alguna vez hablar de la belleza de mi hermana: «¡Estaba tan guapa con aquel traje sastre blanco!».

Todo lo que es bello le confiere ternura a la voz de mi madre.

Estamos ya en Italia, tengo más de diez años. Cuando nos reúne durante las vacaciones, mi madre nos lleva a hacer viajes cortos

«culturales». Conoce Italia a la perfección, la geografía, las ciudades, las calles, los museos, los dialectos de las diferentes regiones. (Con ochenta años cumplidos, toda encorvada por un ataque de artrosis, me para en la puerta cuando estoy saliendo para Pisa y me pide que no olvide «echar un saludo a Santa Maria della Spina, esa joyita»).

Durante una de nuestras excursiones instructivas estamos en Génova y, después de la visita a un museo, cogemos el tranvía. El vehículo traquetea, a mí me dan nauseas, estoy a punto de vomitar, tenemos que bajarnos. Mi madre, furiosa, me insulta. *Krepierling!*, me dice. Su erre exagerada me hiere como un cuchillo, pero sobre todo me abruma la sensación de ser devuelta a mí misma, a mi disgusto: ella no me quiere, no es ella quien me ha hecho así de miserable, la culpa es mía, soy un aborto de la naturaleza.

No pensaba que Sisi fuera guapa o más guapa que yo. Me decían que mi madre era guapa y muy elegante. De ella me encantaba —y lo recuerdo siempre— la luminosidad del rostro, y cuando estábamos separadas pensaba en aquella luminosidad.

Yo tenía una idea geométrica de la belleza; la belleza es regularidad. Una vez, en la escuela, nos pusieron de deberes hacer un dibujo para un pequeño mantel; yo dibujo en una hoja grande cuadriculada —adoro las cuadrículas y los cuadernos de matemáticas— un cuadrado con un ramillete de flores en el centro y cuatro ramilletes más pequeños, uno en cada esquina. Los colores, rosa y verde. ¿Acaso no son las flores rosas y las hojas verdes? Después, mientras bordo el mantelito, me parece horroroso —el más feo de toda la clase—, pero no soy capaz de averiguar por qué.

Durante mucho tiempo me gustaron solo las columnas dóricas, las sillas toscanas y Corneille.

Aún me acuerdo bien de la rubia *Fraülein* Leni —guapa sin parangón, más que cualquier otra—, leyéndome cuentos y hablándome. Una tarde me emociono al volver a oír de repente su dulcísima y secreta voz alemana susurrar frases de sonido tímido y tierno en un documental emitido por la televisión, comentado por Ulriche Meinhoff.

Voz y lengua que respondéis a alguien, a algo, que está dentro de nosotros y nos pregunta, y no a quien está al lado y nos escucha.

Hermosas son, tal vez, las mujeres. Una niña no es ni guapa ni fea. Una niña es fácil que tenga defectos.

Yo, por ejemplo, tengo desagradables orificios de los que salen

líquidos malolientes. Y probablemente los adultos también los tengan, pero eso no me importa, no lo pienso nunca. Como no pienso nunca en esa cosa repugnante —un cilindro de vidrio con tubos de goma— que está colgada en el baño. No quiero ni mirarlo.

Una vez, cuando era muy pequeña, mi madre me gritó de un modo terrible porque mis manos, después de la siesta de la tarde, olían a pipí. El pipí es sucio, hay que hacerlo, pero no tocarlo.

No hay que tocarse, pero yo había hecho un poco de limpieza en ese agujerito que tengo entre las piernas. Me gusta hacer limpieza en ese agujero.

Qué bonita es la manzana, redonda, lisa, de olor ácido. Pasando por delante de una frutería y mirando una caja de manzanas, redondas, compactas, perfectas, sin agujeros, me dan unas ganas repentinas de morder una. Paro a la gobernanta y le suplico que me compre una manzana; tengo hambre, le digo. Nos está prohibido comer entre horas y no me la comprará.

En realidad, nadie es lo que se dice bello, ni siquiera los adultos. Bella es la manzana y bellos son los árboles del bosque cuando acaba de nevar. Y bella es la malvada princesa de cabello negrísimo bajo la hoz plateada. Danza con el príncipe; giran y giran de un lado a otro del escenario. Él la levanta con un movimiento veloz y ligero. Son bellos, lisos, sin agujeros; llevan esas mallas que van del cuello a los pies. Prefiero la malvada princesa del cabello negro a esa otra insípida rubia que el príncipe se encontró al lado del lago.

En mí se dan reacciones ilógicas: a veces admiro a los malos y querría ser como ellos.

Además, mi madre también admira a los malos, los que no se dejan mangonear, los que son más fuertes, los que saben responder.

Los malos son fuertes; por eso sus mentiras son diferentes de las mentiras de los cobardes.

Mi madre admira a mi hermana cuando me mangonea. Se lo dice y luego se ríe.

Trato con mucho cuidado mis muñecas, las peino, las visto, limpio el polvo de sus muebles, hago sus camitas y lavo sus platos y cacerolas. Las mezo para dormirlas y las paseo en su carrito con capota. Sisi les arranca el pelo a las suyas y las arrastra por ahí con las piernas y los brazos dislocados, no tiene una vajilla completa y le da patadas al piano durante las lecciones.

Mamá se ríe mirando las muñecas de Sisi y se ríe aún más cuando cuenta: «Sisi consigue colocarle las muñecas rotas a su hermana, las *jubila* dándoselas a ella; y ella se las arregla».

Y también se ríe relatando que mi hermana me *obliga* por las tardes a leerle cuentos y que me quedo dormida. Sisi no se duerme y dice: «Bah, ya se ha dormido esta tonta».

Mi madre les cuenta a los demás lo que hago.

En realidad, me encanta arreglar las muñecas y también fregar los cacharritos y contar cuentos. No lo haría si no me gustara. El problema es que no me gusta casi nada. Quizá sea justo eso lo que disgusta a mi madre.

Por otra parte, las cosas que me gustan me gustan en secreto. No encajan con las reglas. No puedo hablar de ellas.

Camino entre las hileras de puestos de Navidad. Hay muchas luces de colores; en los puestos con más iluminación están los juguetes de cartón piedra, dulces recién hechos —su aroma en el ambiente gélido es denso e invasivo—, telas bordadas. Los vendedores detrás de los puestos hablan en voz alta, y en voz alta les responde la gente que pasa.

Yo no quiero ninguno de esos juguetes —¡de cartón piedra, imagínate!—, mucho menos comer dulces. Pero me gusta mucho pasear entre la gente alegre y bulliciosa. Soy una de ellos, nadie conoce mis vergonzosos secretos y pensarán, al verme pasar, que voy a comprar una marioneta de madera y que me acabo de comer un pastel humeante.

En mí se dan reacciones ilógicas, y yo las percibo con estupor. Es cierto, no son instintos normales, pero me da igual, las cultivo con cautela; lo importante es que nadie lo sepa.

Espero en el circo, con una emoción secreta; espero a que los payasos se líen a patadas con aquel culo falso, enorme y blando, para después alejarse balanceándose y quejándose con esa voz lacrimosa impostada. Imagino que ese trasero sea real. Imagino que la cuerda que tira de la hilera de cisnes del fondo del escenario no está. Mi madre celebra la agudeza de mi hermana, que enseguida vio la cuerda.

Pero yo quiero que el traje plateado de la princesa sea de plata de verdad. Que detrás de los árboles del bosque mágico haya otros árboles, y detrás de estos, castillos, y en los castillos, magos. Y quisiera tocar los blancos brazos desnudos de las amazonas apoyadas en la silla de los caballos negros. Oh, blancos brazos torneados, hubiera querido tocarlos, palparlos. Y también tocar allí donde veo los senos iniciarse y separarse.

Justo en aquel surco.

Había un pequeño anillo de oro con una piedra azul en una tienducha; yo cada día lo miraba y lo deseaba; incluso ideé un plan para robar el dinero necesario, cuando un día desapareció del escaparate.

No siempre consigo esconderme bajo mi coraza de méritos; la construyo con esmero, pero nada: como de un agujero inmundo salen los horribles defectos, y digo o hago algo que no debo. Y lo arruino todo. Aun así, siento cierta satisfacción, no estoy nada orgullosa de mis defectos, pero, debo admitirlo, los tengo.

Después me arrepiento, pero por las consecuencias, no por haber dicho o hecho «tal cosa». No sé por qué, pero siento que de alguna forma llevo razón.

Le confieso a mi madre por qué siempre miro atrás durante los paseos. Y, cuando veo que empieza a enfadarse, insisto: ella podría perdernos en cualquier momento y, entonces, ¿cómo volveríamos a casa?

Viene el médico, saco la lengua con mucho esfuerzo, pero intento cumplir con todo el ceremonial del reconocimiento médico. Después me acuesto otra vez. El médico escribe en su recetario. Mi madre está nerviosa, tiene prisa. El médico pregunta si por casualidad no me habré puesto alguna ropa que me haya irritado la piel, y yo, de inmediato, le hablo del pijama nuevo. Mi madre me lanza una mirada furiosa, pero yo quiero librarme del pijama que, en efecto, me da picores. Con esto lo echo todo por tierra. Esta enfermedad no me va a traer nada bueno. Por lo demás, no es una enfermedad grave. Nunca tengo enfermedades graves. Tengo, por ejemplo, alguna fiebre paratifoidea, pero no llego a tener nunca el tifus.

Faltan pastelitos en la bandeja y yo espío a Sisi, y ella niega con bigotes de nata aún en la boca. Ella también dice mentiras, como todos, pero, como no se preocupa de decirlas bien, es como si no las dijera.

Mamá tiene que castigar a Sisi y se apresura a hacerlo. Mamá es justa y severa; quien se equivoca debe asumir las consecuencias. Mi hermana se relame la crema de los bigotes y sigue negando. Mi madre la coge del brazo y la arrastra, gritando, hasta la puerta: irán a la pastelería con el resto de los pasteles a pesarlos y así verificarán la culpa de mi hermana. A mitad de la escalera, mi hermana empieza a tener convulsiones y se pone morada. Mi madre renuncia a llevarla a la pastelería. Por la tarde le cuenta lo ocurrido a nuestro padre; de mi hermana dice: «Pobrecita, es tan golosa la bestezuela, con esos ataques de rabia se pone

verdaderamente mal». De mí dice: «Miki ha delatado a su hermana, está celosa de ella, qué vergüenza».

(Delante de mí se abre y se extiende hasta el horizonte el mar helado, con su movimiento ondulante. Tan blanco y erizado de espuma congelada, parece más inaccesible que en verano, cuando pasan los barcos; también me cuentan que los finlandeses, en los inviernos más fríos, llegan hasta Riga deslizándose sobre el mar con sus trineos. Está inmóvil, pero yo sé que por debajo se estremece, que quiere salir como el Daugava en primavera cuando quiebra su costra de hielo y, por la noche, la oigo romperse, como el ruido de un trueno).

Dentro de mí se estremece una idea mientras mi madre dice «qué vergüenza». Se estremece gélida y verde: «¡Yo me habría castigado!».

Más que una idea —una idea, de hecho, es rápida y sutil como un corte— es una enorme sensación de rabia e impotencia, una mancha de bordes ondulados que quiere invadirme por entero. Tengo que mantenerla a raya dentro de mí, pero la noto en las puntas de los dedos que doblan el embozo de la camita de mi muñeca tuerta. Se le ha caído uno de los ojos dentro de la cabeza, y el médico de muñecas no ha conseguido arreglarla. La dejo así, aunque me da asco. Pero igualmente me la quedo: yo no seré como mi madre.

Inesperada reacción mientras en silencio coloco la manta a la muñeca tuerta: no seré como mi madre. Inesperada y contradictoria con la otra reacción que está ya presente y consciente: yo seré como mi madre.

Hay cosas que no puedo ni pensar, que no están siquiera en mi cabeza; quizá están en alguno de mis sucios agujeros, mientras rompo de golpe cualquier objeto, intentando incluso ser buena y educada, más buena y educada que mi hermana, la cual no le importa parecer buena y educada.

Nadie me creería si dijese que mi madre prefiere a Sisi antes que a mí: «Qué vergüenza —dirían—, tu madre te da exactamente lo mismo que le da a tu hermana».

No hay nada de lo que yo haya tenido menos que ella.

Cuando, quietas detrás de la puerta del salón, oímos crujir el papel de los paquetes que *Mutti* va colocando bajo el abeto, y el olor de algunas de sus agujas requemadas por una velita nos alcanza mezclado con el de las doradas galletas de especias de la bandeja del horno en la cocina, sé que me esperan regalos bonitos y bien elegidos igual que a mi hermana. Ella tiene vestidos preciosos y también yo; hasta la adolescencia nuestros

vestidos serán siempre iguales.

Cuando me pongo enferma, mi madre me cuida.

Pero desde lo más profundo de uno de mis agujeros invisibles y sucios, de vez en cuando, pienso —uno de esos pensamientos dobles y contradictorios— que, aunque soy cobarde y mentirosa —es cierto—, mi madre no debería contárselo a los demás. ¿Por qué les cuenta siempre todos mis defectos a los demás?

Tengo tres años —cuenta mi madre— y me quejo siempre de dolor de tripa. Estoy, además, inapetente, y le doy las rebanadas de pan untado con mantequilla a nuestro perro, o le pido a mi madre que se lo envíe a los niños de África que se mueren de hambre. Ella me lleva al pediatra, que me receta aceite de vaselina. Después de algunas cucharadas, me curo. Cuando mi madre le pregunta al médico si ve posible que siendo yo tan pequeña me lo haya inventado todo, el médico —alemán y luterano — le responde que incluso los recién nacidos mienten.

Recuerdo bastante bien estar sentada a los pies de un sofá en el que mi abuela paterna está comentando con alguien el caso de una muchacha que murió de apendicitis. Describe los síntomas, la enorme negligencia de sus padres, el fin rápido e inevitable. Recuerdo haberme tocado el vientre porque me notaba un dolorcillo mientras la abuela hablaba.

No recuerdo más, y al igual no recuerdo mis mentiras particulares. Sin embargo, recuerdo a la perfección algunas historias que contaba a mis seis o siete años. Nacidas de las escuetas mentiras de defensa que también mi hermana o la doncella decían, las mías eran mentiras magníficas, elaboradas, en las que la verdad —que yo distinguía perfectamente— era el hueso en torno al que yo tejía la historia y sus detalles.

A veces se trataba de un detalle de la realidad, insignificante a primera vista, que me impactaba y, por lo tanto, mis historias empezaban a partir de aquella imagen. También mis historias interiores.

Por ejemplo, la escalera por la que mi madre bajaba a mi hermana llorosa, arrastrándola por el brazo, tenía la forma de una curva amplísima, abierta, una curva que desde entonces está ligada a mis fantasías de huida.

Soy mentirosa y culpable, y las pesadillas que tengo por la noche me castigan de mis transgresiones.

Una pesadilla en concreto, breve y terrible, me acompañó hasta casi la edad adulta: el sueño de la bruja.

La primera vez soñé —creo que fue el verano que cumplí siete años— que estaba en la calle; delante de mí pasan dos viejas encorvadas con la cabeza cubierta por un pañuelo. Estoy tranquila, estoy dando un paseo y voy sola. Nada más pasar por delante de mí, una de las dos viejas se vuelve y me mira. Su cara espantosa es la de una bruja. Me despierto. La pesadilla consiste únicamente en la repentina aparición de ese rostro que yo sé «invencible», contra el que yo no puedo hacer nada.

La última vez que soñé el sueño de la bruja, ella misma me liberó con sus palabras.

Fue un sueño en el que huíamos, huíamos en grupo —mis hijos no aparecían, pero en la realidad yo ya estaba casada y era madre—, un grupo de adolescentes. El sueño está teñido de un único color negro violáceo. El color de una enfermedad, una peste de la que estamos huyendo, y del mismo color que el bosque que atravesamos. Pasando por un pueblo de casuchas miserables, veo a una mujer alta y gorda aparecer por la puerta de una cabaña. Tiene el rostro tumefacto negro violáceo. Si me toca, también yo enfermaré y moriré. La mujer me mira y yo le digo: «No me das miedo. Pasaré de todas formas y no enfermaré». Entonces, ella se echa a reír, ríe franca y sonoramente (como si no estuviera enferma), y me dice: «Cierto, puedes pasar, ¡porque tú tienes valor!».

En la casa de la enorme escalera —la última en la que vivimos en Riga— mi padre, un día, me interroga. Estamos solos en el salón.

Me pregunta sobre el verano anterior, cuando estuvimos con mi madre en Torre Pellice; venía todos los días a vernos un colega de mi tío, un profesor de apellido español, con los dientes blancos y el pelo siempre encerado. Mi padre me pregunta si aquel señor hablaba a menudo con mi madre.

¿Y aquel señor? ¿Y mamá? Entonces las palabras empiezan a salir, calientes, calientes, todas preparadas y nuevas. Claro, mi madre y aquel señor hablaban a menudo por las tardes, sentados en el banco verde, bajo la ventana de la sala.

Una tarde, mientras charlaban, él le dio algo que brillaba. ¿Un anillo? No lo sé, no lo vi bien, estaba dentro de una caja. ¿Una pulsera? Quizá, pero estaba dentro de una caja y no lo vi bien.

Y sobre esa cosa brillante continúo insistiendo también durante la discusión con mi madre, sentada al lado de mi padre en el sofá del salón. Ella, inusualmente dócil: «¡Vamos, Miki, reconoce que eso es mentira!». Pero yo, nada, sigo afirmando que aquello ocurrió así, justo así.

Las palabras, en verdad, se adueñaban de mí: las pronunciaba y se separaban de mi voluntad, y por sí solas seguían su camino, entrelazándose, uniéndose, formando nuevas figuras. Sabía que estaba cediendo a un impulso irracional cuando dejaba las palabras salirse de su verdadero punto de partida, pero no lo impedía. Estas me atravesaban en una corriente irresistible, me empujaban hacia quien estaba enfrente de mí: tenía que atraparlo y arrastrarlo conmigo. Yo estaba allí, en mis palabras, fuera, al fin, de mí misma, liberada de mis gestos torpes y débiles. Mi mentira era yo, yo, que podía al fin desposeer a los demás de sus frases y de sus reglas, para que me escucharan al menos un instante, y para que, más allá de su silencio adulto, de sus meditadas reticencias, se me concediese hacerme con ellos, encerrarlos en mi círculo de luz.

Sin embargo, construía encima de la realidad y de sus detalles las historias que por la noche le contaba a mi hermana. Nunca le contaba cuentos, incluso si me gustaba leerlos. En mis historias, las protagonistas éramos mi hermana y yo en aventuras y expediciones. No había nunca padres o madres, y los adultos a menudo eran objeto de burla. Encerrábamos a la costurera de casa en el armario. Otras veces recorríamos Italia a escondidas. Los adultos eran estúpidos y no se daban cuenta de lo que Sisi y yo estábamos tramando. Los dejaba en ridículo haciéndolos caer por las escaleras, y paseándolos por la calle con collares de pescados secos al cuello. En mis narraciones me detenía con regocijo en los detalles prácticos. Los lugares tenían sus nombres, e indicaba los días y las semanas.

Una vez, durante un paseo por la playa —era otoño; llevábamos las capuchas puestas—, nos escondimos entre las raíces de un enorme abeto que sobresalían de la arena y formaban una verdadera cueva. Nuestra gobernanta, después de llamarnos varias veces, se alejó pensando que nos habíamos adelantado camino a casa. Poco después, la seguimos. Cerca de casa, encontramos a mamá en absoluto alarmada, sino casi divertida, atribuyendo a mi hermana la idea de la hazaña. Aquello me irritó. De nuevo había perdido una oportunidad de hacer méritos.

Atrapada en mis mentiras cada vez más complejas, cada vez más inexplicablemente inútiles, continuaba persiguiendo las malditas reglas tácitas. Estaba empeñada en una constante aunque cauta operación para desenmascarar, no solo al prójimo, sino también la realidad que se presentaba en figuras inesperadas y, como a mí me parecía, ilusorias.

Estamos de vacaciones con la gobernanta en un hotel a orillas de un

lago. Jugamos en bañador con la arena; juego con un niño finlandés que se llama Arndt. Está enamorado de mí.

Yo siempre estoy enamorada. Los niños son guapos, pero también un poco tontos. Guapo es mi compañero de la guardería, que lleva ya pantalones por debajo de la rodilla, unos *knickerbockers*[7]. Es muy mayor, ya debería ir al colegio, pero es tonto, así que viene a la guardería.

Una vez vino a vernos la tía Jo, madrina de mi hermana, con su hijo, que es altísimo, tiene diez años y es muy tonto. Lee silabeando, cuando yo, que apenas tengo cinco años, ya leo con fluidez. Cuando están a punto de marcharse, llevo a mi madre a un rincón y le suplico: «Dile que se quede a cenar; me gusta mucho». Mi madre sonríe, pero no les dice nada, y se marchan. Después, cuenta a los demás mi petición, y sonríe asombrada y benévola.

No estoy enamorada del pequeño finlandés —tiene un año menos que yo (seis años) y temo un poco el ridículo de la situación—, pero juego con él porque es muy servicial y me hace caso. Su padre, cuando viene a recogerlo, nos lleva a dar largos paseos en barca por el lago. Rema durante horas, en silencio, y nosotros dos, en silencio, vamos sentados en la barca, que se desliza entre las cañas con un ruido suave.

El lago, en algunas partes, está cubierto de nenúfares. Cuando se cogen —aunque es mejor no cogerlos porque una vez arrancados se marchitan rápido— se oye un plop debajo del agua y la flor, perfumada y húmeda, te cae dócilmente en la mano.

El padre de Arndt no habla, lleva la pipa sujeta con los dientes y de vez en cuando nos mira con sus ojos grises. Me gusta mucho ir en barca con él, sobre todo porque no quiere que nadie más vaya a pasear con él. Solo yo. Voy sentada detrás de él y no tengo miedo: si me cayese al lago, él me rescataría enseguida. Está muy triste porque se está divorciando, y pienso que me gustaría casarme con él. Lástima que sea tan mayor; en las sienes su cabello ya es gris.

Un día, mientras jugamos en la arena, noto que Arndt tiene un pequeño saco en los calzoncillos, por delante, entre las piernas.

—Oye —le digo—, ¿por qué te has metido ese saquito de arena en los calzoncillos?

—No es un saco de arena —dice él—; lo tengo siempre.

—¡Qué va, no lo tienes siempre!

—Sí, lo tengo siempre, es de piel, y lo tengo pegado delante.

Qué mentiroso. ¿Cómo es posible? Pero él insiste.

Entonces le propongo que lo demuestre esa misma tarde. Mientras nuestras gobernantas estuvieran charlando, como siempre, en la salita del apartamento de alquiler donde él estaba con la suya, nosotros nos encerraríamos en el dormitorio, nos quitaríamos la ropa interior y así se vería su famoso saquito de piel.

Por la tarde, con la puerta cerrada, nos desvestimos en la habitación, gris por la penumbra estival. Yo me quito las bragas, pero él se aparta y con las manos se sujeta los calzoncillos a la cintura. Cuando le insisto empieza a chillar.

Las gobernantas llaman a la puerta y él va corriendo a abrir. Casi no me da tiempo a ponerme las bragas, y ellas irrumpen dando gritos. Nos visten y me llevan de vuelta al hotel. Me mandan a la cama de inmediato. Arropada hasta la nariz, las oigo hablar de la «vergüenza». Pero a cada momento se ríen alborotadas.

Estoy furiosa. Con él, el cobarde, que no ha cumplido el pacto, ¡seguro que no tenía nada que enseñar! Después empiezo a preocuparme; temo que al día siguiente todo el hotel sepa la historia. Y pensar que me había procurado una buena reputación por haber ayudado en ocasiones a coger las comandas en el comedor y a hacer las cuentas. Soy buenísima haciendo las cuentas.

Y ahora todo al garete por la estupidez de haberme quitado las bragas. Regla tácita. Cuando mi madre —en aquellos días de viaje en Italia— se enteró, también ella dijo: «¡Qué vergüenza!». Pero yo, para ser sincera, no me avergüenzo en absoluto; me disgusta solo, amargamente, la pérdida de mi prestigio; eso sí que lo lamento. Pero no me avergüenzo.

Es más, sé que tengo razón.

Era cierto, en cambio, que mi madre y el español del pelo encerado charlaban juntos en el banco verde del jardín, aunque aquella charla era solo la semilla de una realidad que no había sabido representar más que como un objeto imaginario reluciente y precioso.

Los adultos juegan con los niños un juego deshonesto, a ver quién adivina. No dicen «caliente, caliente», o «frío, frío»; las pistas del camino correcto están ocultas aquí y allá en sus palabras. ¡Es trabajo tuyo enterarte!

No obstante, es un juego peligroso: si me acerco demasiado, me arriesgo a caer en la «vergüenza», como en la repentina hoguera coronada de llamas anaranjadas en la que caí una vez intentando huir, en un sueño, de la locomotora negra que, como siempre, me perseguía.

Mientras caía en el fuego, entremezclado con el miedo, sentía un placer estupefacto, y, en el momento de despertarme, la hoguera se fue transformando por partes, sucesivamente, en naranja y amarillo, en el dormitorio de mis padres, cuyo lecho también tiene una colcha anaranjada.

En ese dormitorio mi madre vestía un camisón, y mi padre, un pijama; ni siquiera de adultos podían estar desnudos juntos.

Tampoco andar por la casa en pijama estaba permitido, aunque mi padre lo hacía, por supuesto. Nosotras usábamos el pijama porque éramos todavía niñas. De mayores, llevaríamos el cabello largo y tendríamos bebés porque éramos mujeres.

En el mar muchos se bañaban desnudos en aquellas aguas heladas. Había horarios distintos. Nosotras íbamos a la playa en el horario de los que se bañaban vestidos, y en el de las mujeres desnudas. Mi hermana, a quien enviaron un día a ver si había acabado ya la hora de los nudistas, volvió diciendo que no se sabía si eran hombres o mujeres los que estaban en la playa, porque estaban desnudos.

Una vez, estando en los jardines con la gobernanta, me alejé, en silencio, ofendida por una observación, y fui a desahogarme de mi berrinche más allá de la loma artificial en la que nos encontrábamos. De repente, de entre los setos ordenados y los parterres, junto al sendero que bajaba, salieron unos niños que se me echaron encima gritando: «Pipí». Me volví y eché a correr camino arriba. Corría velocísima con mis piernas largas y en un momento llegué a la cima con el corazón latiéndome fuerte en el pecho. Aflojé el paso en el descenso y no conté lo que me había ocurrido.

¿Por qué «pipí»? La palabra sucia e inoportuna —¿querían que hiciera pipí en un parterre?— que los niños me habían gritado me escandalizaba y me intrigaba. Pero, como en general vivía en un clima de ordalía, entreví una especie de juicio divino —estaba siendo castigada por mi desobediencia— en aquel acontecimiento. Estos juicios divinos que de vez en cuando me sorprendían me dejaban abstraída y me aturdían, puesto que todo lo que me estaba prohibido era igualmente vergonzoso y punible.

Estamos en el zoo y le pregunto en voz alta a la gobernanta qué es ese rabanito rojo que a un chimpancé se le movía adelante y atrás en el bajo vientre. Me gritan por haberlo preguntado «en voz alta». Me sobrecoge de repente la violencia de la riña, pero no se me ocurre asociarla con el

absurdo rabanito del chimpancé, sobre todo porque poco antes había yo suscitado las burlas de todos los presentes al comentar las poses totalmente estrambóticas de unas rapaces en las ramas, dentro de las jaulas. Tienen el cuello desnudo y desplumado, sangrante, como si se hubieran arrancado las plumas las unas a las otras. ¿No se habrían sacado los ojos en cuanto hubieran podido? Fíjate: ¡esta tiene miedo de todo! ¡Y si un guardia se hubiera dejado la jaula abierta sin querer...!

No acierto nunca.

Nunca estoy segura de mis gestos: ¡no hay acuerdo entre yo y el espacio que me circunda! Cuando me muevo, tengo que desenredarme de miles de nudos invisibles. Un día, nuestro chófer polaco —en casa se decía: «es polaco, pero es simpático»— me enseña a proyectar siluetas de sombra en la pared iluminada, poniendo de distintas maneras las manos: un conejo, un perro, un topo e incluso la cabeza y el brazo de una marioneta. El juego me entusiasma de tal forma que cada tarde me ejercito rehaciendo todas las figuras; una vez, bajando un dedo, veo que mi conejo baja una oreja. Por fin había conseguido con un gesto cambiar algo fuera de mí, aunque solo fuese una sombra que no se podía tocar.

Los gestos libres de los demás siempre me han gustado y los he envidiado.

Un joven cura camina con pasos amplios y ligeros a la cabeza de un cortejo fúnebre. La sotana negra revolotea entre sus piernas ocultas, que, no obstante, se adivinan ágiles, impacientes, preparadas para huir.

En el patio de la escuela algunas niñas practican ejercicios de gimnasia rítmica; una de ellas, una adolescente retraída, que en clase se sienta en la última fila, pálida, con la cara un poco rechoncha, se mueve aquí esbelta con su maillot azul. Alarga un brazo y sigue con la mirada el lento y armonioso movimiento. Está absorta en su brazo; ella es por entero su brazo.

Con la misma mirada, un chaval, con cazadora de cuero, está de pie en una esquina de la calle, con las piernas abiertas en el sillín de su motocicleta. Está inclinado y con la cabeza ladeada para oír el rugido del motor. Insinúa una sonrisa soñadora.

Yo siempre estoy absorta en mí misma; solo sé caminar. Subida en la vieja yegua en la que me han montado para dar un paseo por el bosque, miro con nostalgia la hierba amarilla, apenas liberada de la nieve, que el maldito animal se agacha para probar, bajando la cabeza, último bastión entre el vacío y yo. ¡Poder caminar sola, escogiendo mi camino seco

entre las últimas manchas de nieve!

Aprendo a sonarme la nariz a los ocho años. Leo *Die Leiden des jungen Werthers* y mientras, con un pañuelito, apenas consigo limpiar el moco que me cuelga. No se me ocurre expulsarlo con violencia, con ese horrible ruido. ¿Y si se me sale el cerebro como al joven Werther?

Casi nunca me libero de mis limitaciones.

Precisamente en el verano que pasamos en el lago, una tarde nos sorprendió un temporal mientras navegábamos en la lancha del hotel. Habíamos acompañado a nuestro padre, que había venido a vernos, hasta la otra orilla, desde donde después él partiría hacia Riga. En el camino de vuelta, repentinamente, el cielo se puso negro, del lago se levantó una gigantesca pared de agua, y empezó a llover con truenos y relámpagos incesantes.

Alguien empezó a gritar, pero un segundo de terror después, poco a poco, mientras el huracán aumentaba de intensidad y yo chorreaba de agua, de truenos y de relámpagos entre las ráfagas de viento, me sentía como tocada por una fuerza irresistible que anulaba mi miedo. No recuerdo quién estaba conmigo —imagino que la gobernanta y mi hermana—; solo recuerdo el lago y la lluvia. Cuando llegamos a la orilla, corrí al hotel y, dejando de lado mi torpeza, me quité los zapatos en el vestíbulo.

En los demás casos, yo solía estar reprimida por los *buenos modales*.

Desde las reverencias por la calle hasta los codos bien pegados en la mesa. No podía escapar de los *buenos modales.*

Una vez, Sisi y yo, encaramadas al alféizar de la ventana de la sala de juegos, les enseñamos el trasero a los maleducados niños de la Embajada sueca, que estaba delante de nosotros. La pescadera del mercado se lo enseñaba a menudo a los clientes que no apreciaban su pescado. «¿Que no está fresco? ¡Mira a ver si este te parece más fresco!».

De allí vinieron a llamarnos la atención y nos riñeron. Esos no eran *buenos modales*. Pero aquellos canallas de los suecos, engreídos, como todos los suecos, nos provocaban continuamente.

¿Quién no tenía *buenos modales*?

Pues, además de las pescaderas, el cartero, el carnicero, y también los cocheros rusos, que se sonaban las narices con los dedos, y los campesinos del corredor polaco, que se veían desde las ventanillas del tren en sus sucias chabolas. Y los curas rusos, que salían en procesión solemne de sus iglesionas de enormes cúpulas doradas, cubiertos de

adornos violetas con bordados de oro, pero —¡no veas cómo huelen!—, que no se lavan jamás.

La gente que no tiene buenos modales me suscita una gran curiosidad. No me atrevo a hablar con ellos, pero trato de entender por qué no respetan las reglas. Me da la sensación de que viven estupendamente sin reglas. No los envidio; son pobres y es triste ser pobre.

La cocinera y la doncella hablan de la existencia de Dios. La cocinera dice que Dios es «únicamente» espíritu, y que no le interesan nuestros problemas. Me invade el pánico, pero no puedo desahogarme con preguntas o réplicas.

Ahora no sabría si semejante miedo se debió al término «espíritu», que de entrada me evoca a un fantasma, o si, por el contrario, fue el diminuto *nur* («únicamente») el que me paralizó; apartaba a Dios con la misma naturalidad con la que la cocinera sacaba del horno, con mano segura, su famoso *strudel.* La misma con la que el chófer me cuenta la vez en que un primo de mi padre salió despedido del vehículo, cuando derrapó con la grava de una curva. O cuando llegó, también con nuestro coche, a la estación central de Riga, circulando por las vías. Era alcohólico —los polacos son con frecuencia alcohólicos— y lo admitía. Se reía diciendo que era alcohólico y que mi padre tuvo que pagar una multa muy elevada por la hazaña de la estación central; se reía también repitiendo en su alemán rudimentario —cosa que le traía sin cuidado— que el primo solo se había roto una pierna y un brazo.

Una tarde de sábado fuimos con la gobernanta a ayudar a su madre, que se había mudado. Había que encolar el papel pintado de flores color rosa en la pared de una habitación que a mí me pareció muy pequeña. También la madre de nuestra gobernanta era pequeña, gorda y charlatana. Se le sospechaban orígenes meridionales. Polacos, en pocas palabras.

En una palangana estaba la cola caliente. La pequeña y vieja señora parloteaba y reía todo el rato. Estaba muy contenta con su tapicería de flores.

Yo estaba muy satisfecha, ayudaba a extender el papel y me gustaba ver la pared cubrirse de flores y reaparecer limpia y alegre. Hubiera querido ir todos los sábados a encolar papel. Me hubiera gustado tener una pequeña alcoba toda para mí, en la cual también hubiera un fogón, como en esta, para cocinar. Todo dispuesto a mi alrededor, bien ordenado, igual que tenía colocadas en una cajita de metal que se

cerraba con un gancho las pocas cosas que quería llevarme cuando huyera a Italia.

Éramos letonas porque habíamos nacido en Riga. Incluso mi madre, que era italiana, tenía un pasaporte letón porque estaba casada con mi padre.

Nos inscribieron en el pasaporte letón de nuestra madre, y en la escuela, en las lecciones de letón, aprendíamos *Dios salve Letonia*.

Todos los años, en noviembre, una noche, se pone una hilera de velas entre los cristales dobles: es la fiesta de la independencia letona. Las luces brillan en los cristales de toda la ciudad. Mi padre brama que Ulmanis —el presidente de Letonia— es un cerdo. A mi padre no le gustan los presidentes. Entretanto, he sabido que Mussolini no es un corredor de atletismo, sino el presidente de Italia. Mamá nos enseña una canción —cuya letra no entendemos— que empieza así: *Giovinezza, giovinezza*... La canto con entusiasmo porque es una canción italiana.

El himno de Letonia es lento, solemne y muy difícil de cantar en solitario. Lo canto con regocijo, aunque no afino tan bien como mi hermana. Canto jugando y canto caminando por el parque durante los paseos, cuando estoy segura de que nadie me oye. Cantar por la calle es de mala educación.

Todas las mañanas, en la escuela, alineadas por curso, en el aula grande donde en Navidad se representaba la sagrada Natividad de Cristo —siempre estuve en el público y no tuve nunca el honor de hacer de ángel, con grandes alas cubiertas de polvo plateado—, cantábamos, después de la oración, un coral.

También en Torre Pellice cantaba corales —muchos eran de Lutero—, siguiendo las estrofas en el libreto de canciones que había conservado. Ahora aún canto alguno en Navidad, cuando estoy sola en casa.

Cantamos juntas en voz alta. Si no afinas, tu compañera te cubre con el tono acertado. Cantamos en coro, alineadas, todas armonizadas.

En clase solíamos cantar antiguas canciones alemanas: un muchacho está a punto de morir un amanecer rojo, y otro, joven y valiente, ha muerto ya, después de haber abandonado «de forma desleal» a padre y madre.

«¡Oh, Estrasburgo, oh, Estrasburgo!». ¿Por qué se muere por ti? ¿Por qué «de forma desleal»? ¿Y por qué no se escapa el soldadito y se para a cantar, preguntando a su buen camarada si la bala viene hacia él o viene hacia otro?

Incluso el «no entender» da una gran satisfacción si va acompañado de música. Bastante incomprensible, por ejemplo, es el texto del coral que dice: «Ha florecido un pequeño *rosito* de raíz delicada...», y lo que sigue —además, ¿quién es el tal Iesse?—, dejando aparte que se dice «rosita». Sin embargo, no importa: es magnífico cantarlo con sus palabras sin sentido, que se desgranan las unas de las otras, subiendo y luego bajando, en cascada.

Melancólicos y repetitivos resultan, por contra, los acordes del piano que se afanan acompañando el galope del padre con su hijo enfermo. En la oscura fronda alrededor de ellos está escondido el rey de los elfos. ¿No será el rey de los alisos? En verdad tiene un nombre misterioso, a medio camino entre «elfo» y «aliso». Nunca he visto un elfo, y probablemente tampoco un aliso, pero precisamente ese nombre, con esa erre dura en el centro de la palabra alemana, evoca a un malvado «casi elfo» que, escondido en el bosque, hace morir a los niños enfermos. La presencia del *Erlkönig*[8] salía de los acordes del piano e invadía despacio el aula, mucho más real que la del presidente Ulmanis.

Y así cantando llegaba a mí la nostalgia de la fuga que me llevaría lejos, sin patria (ni reglas), hacia ninguna meta, desde debajo del tilo en cuya corteza había grabado nombres queridos y no pronunciados.

Los nombres no pronunciados —como el sonido del piano y el aliento aún retenido del viento de invierno, cuando está a punto de lanzarse dando volteretas por la llanura nevada —me atraen y me atrapan, en una secreta expectación, mucho más que los nombres pronunciados sobre los que es necesario, siempre, dar explicaciones.

Muchos son los nombres pronunciados, y hay que sabérselos todos y tenerlos bien ordenados, y no perderlos. Como el pasaporte. Si pierdes el pasaporte, vas a la cárcel.

Soy letona y soy cristiana, eso me han dicho. Me lo creo, y estas palabras las tengo bien aferradas, como un objeto duro, en la palma de la mano. Es un fardo que tengo que acarrear junto a las demás reglas. Soy letona, pero hablo alemán y aún no he entendido quién es Jesucristo. Cómo hizo para terminar en la cruz directamente desde su cuna del pesebre, creciendo en una sola noche. De pequeño tiene una madre, María, de mayor un padre —que no es impronunciable, pero que es mejor no pronunciar—, pero ¿quién lo crucificó? Es bastante probable que el otro impronunciable, «el antiguo maligno enemigo del hombre».

Una mañana entramos en la catedral; la oscuridad está altísima sobre

nuestras cabezas. Desde el púlpito, el pastor habla en voz alta y amonesta con el dedo, señalando a un viejo entre la muchedumbre, justo a mi lado, apoyado, tembloroso, en un bastón. Me siento dividida entre el temor de que me confundan con el viejo —o el pastor crea que vamos juntos— y una inmensa piedad por él. No entiendo por qué el pastor la ha tomado con él, con el viejo tembloroso, y quiero salir de allí.

Por la noche, debajo de mi cama, está escondido el otro impronunciable «enemigo del hombre». No creo que sea negro y cornudo como en el cuento *El diablo y su abuela* que vi representar en un espectáculo para la escuela. También he visto a Max y a Moritz[9] salir planos, planos, en forma de galletas, de la piedra de un grandísimo horno, condenados a este fin por su repetida desobediencia. Todos se ríen; yo no: me horroriza su forma humana aplastada. No río ni siquiera cuando veo a la abuela del diablo arrancarle un pelo de la barba mientras Él duerme. Él no es así. No tiene cuernos ni cola, pero es de todas formas espantoso, coagulado en una corporeidad irracional, como los elfos y las hadas. No viene para castigarme —para castigarme ya están los adultos y mis pesadillas—; viene porque necesita un sitio donde existir. No recuerdo desde cuándo está debajo de mi cama, quizá desde siempre.

Dios no me ayuda a espantarlo; me las tengo que apañar sola. Dios está en el cielo y solo de vez en cuando me sonríe en una cancioncilla infantil que dice: «Mira cuántas nubes van por la gran bóveda del cielo; mira cuántas estrellas hay en el grande, grandísimo mundo. Dios, nuestro Señor, las ha contado para que no falte ninguna». En la cama, con el borde de la manga del pijama sujeto con dos dedos, repito la cancioncilla, y ese Dios contando algo que no se puede contar —eso lo sé — me produce una cierta tranquilidad, y me duermo. Conmigo también Él se duerme, debajo de mi cama.

Mi abuelo letón y mi abuela rusa son judíos. Mis abuelos italianos —aunque también son en parte franceses— son valdenses[10]. Mi madre es valdense. Algunos letones —los más estúpidos— son católicos. Pero también es católica la tía Jo, que en absoluto es estúpida. También Petkevic, nuestro chófer, es católico. Los polacos son católicos. Los rusos son ortodoxos, pero mi abuela es rusa y judía. Sin embargo, los rusos que están en la Embajada soviética no son ortodoxos. Son como mi padre: no tienen religión. Son malísimos y no dejan pasar a nadie por delante de su portalón. ¡Serían capaces de dispararte! Petrogrado ahora se llama

Leningrado, y han fusilado al zar y a su familia. El zar tampoco era precisamente un santo, y a su vez fusilaba a todo aquel que no gritase: «¡Viva el zar!». Era ortodoxo; de todas las religiones, la ortodoxa casi no es una religión.

Nadie me explica la diferencia entre judíos y cristianos. De nuevo, son palabras que debo aceptar como son. Mi padre fue educado por un pastor luterano —de niño era muy vivaracho, un rebelde, decía el abuelo, y la abuela no se vio con fuerzas de educarlo, así que lo enviaron con el pastor, cosa que él no les perdonó jamás a sus progenitores, según decía mi madre— y a ese pastor incluso le cogió cariño, contaba también mi madre. No obstante, plantó cara a mi madre cuando ella decidió mandarnos a la escuela alemana luterana. Dijo: «Son judías. ¿Qué quieres que hagan en una escuela luterana?».

Lo decía para incordiar a mi madre: no éramos judías; fuimos bautizadas, yo en Torre Pellice, con un año (además, mi padre estuvo presente en la ceremonia), y mi hermana a los cuatro años, con su vestido de seda rosa, durante las vacaciones en el Strand. Se sacudió de la faldita las gotas de agua con mano impaciente.

Cuando eres bautizado ya no eres judío: posiblemente es un paso adelante.

Quiero mucho a mi abuelo Mosè, a quien en casa llamaban Moritz. Ahora, cuando hablo de él digo «mi pequeño abuelo». Mi madre me ha comentado que en realidad no era pequeño; quizá me parecía pequeño por comparación con mi padre.

El abuelo tenía los ojos negrísimos, bajo espesas cejas blancas. Íbamos a casa de los abuelos, algunas veces, los sábados por la tarde; jugábamos en el estudio del abuelo, debajo de su escritorio. Por la tarde, si nos quedábamos a cenar, nos ponían aquel huevo pelado al que el abuelo le quitaba la punta de un solo corte.

El abuelo nos contaba cosas de cuando era joven y quería casarse con la abuela. Él era muy pobre, y ella era rica y había estudiado en un colegio femenino para chicas «nobles» de Vítebsk. Para poder desposarla, el abuelo tuvo que ir a Siberia a comerciar con pieles; cuando se hizo rico, compró la curtiduría y se casó con la abuela.

Una vez, el abuelo nos trae un saco de billetes de todos los colores. «Jugad», nos dice. Y luego nos cuenta que esos billetes preciosos los tiene guardados en sacos en el desván. Son sus ahorros en rublos del zar, y ahora ya no valen nada.

Con el abuelo juego a contar; él se divierte viéndome hacer los cálculos a toda prisa.

En la escuela soy, con mucho, la mejor en matemáticas. Mientras levanto la mano para responder, mis cuarenta compañeras alemanas, altas, rubias y grandes, están sentadas a mi alrededor en silencio. Esto me recompensa solo en parte porque, desafortunadamente, ser la mejor de la escuela es un deber. A mi madre y a mi hermana no se les dan bien las matemáticas, pero que se te den bien no es ningún mérito.

A mí, en cambio, los números me fascinan —lo cual puede considerarse un poco *unheimlich* («horripilante»)—, y, cuando no juego o leo, hago cálculos cada vez más largos, cada vez más difíciles. No me interesan las medidas de mi habitación, sino que hago cálculos que van más allá de las estrellas, mucho más allá, casi cercanos a ese que es más prudente no nombrar. Los números son una escalera que sube y que no se acaba nunca.

Mientras me pierdo entre los ceros, lamento que sea un deber que se te den bien los estudios, que no sea un mérito calcular de cabeza 2.340 por 2.500; por otra parte, mi madre también era brillante en los estudios —si no en matemáticas, sí en todo lo demás—, y su padre, mi abuelo valdense, de cara delgada, partida por una nariz recta y por unos labios finos, le controlaba las calificaciones porque era profesor en la escuela a la que asistía mi madre, el colegio de Torre Pellice. Cuando los domingos ella salía de excursión al campo, él, el lunes por la mañana, la interrogaba la primera y con ella era todavía más severo que con los demás, que ya lo llamaban el Látigo.

Mamá decidió que no atormentaría a sus hijas con las calificaciones. Nunca serían celebradas tampoco, por supuesto. Y aplicaba, ecuánime, la primera regla a mi hermana y la segunda a mí.

Mi abuelo Mosè me alababa y yo lo quería mucho, con prudencia, sin decirlo, porque mi madre no lo quería, y eso corría una cortina entre él y yo, una cortina de preguntas y de controles sobre sus verdaderos sentimientos hacía mamá. No creo que él le tuviese antipatía, como decía ella. Lo vi aquel día parar a mi padre en la entrada —estábamos todos con mi abuelo— para impedirle que corriera detrás de mi madre cuando, después de haberle dicho algo, salió a toda prisa. El abuelo se metió entre él y la puerta, y la cerró después de salir mi madre. A continuación, abroncó a mi padre con dureza en voz alta. Mi padre no le daba miedo.

Poco después, en Torre Pellice, mi madre me dijo que el abuelo había

declarado en su contra en el divorcio, porque ella era cristiana y «los judíos siempre se alían en contra de los cristianos». Esto me produjo un enorme disgusto y me entristeció: mi recuerdo del abuelo —que murió de una enfermedad, pocos meses después de la abuela, en 1940— se quedó menguado y distinto al recuerdo que guardaba de él en mis secretos afectos. Lo consideraba «justo» en su interior, y me preguntaba por qué me había fallado.

Cuarenta años después, leyendo por vez primera el documento de la sentencia definitiva del divorcio de mis padres —conservado entre las cartas de mi madre que estaba reordenando—, encontré una noticia que me consoló: los abuelos, testigos del proceso, ambos habían afirmado que consideraban mejor que nos quedásemos con nuestra madre antes que con su hijo. De esta forma recuperé, mediante la declaración del testigo Mosè Gersoni, a mi querido abuelo.

Cuando le cantábamos los himnos luteranos, él los escuchaba con atención. Una vez me dio la razón levantando la voz de repente contra mi hermana. Yo había cantado que Dios es aquel que ayuda, y Sisi, en cambio, que es aquel que salva; el abuelo observó entonces —alzando bruscamente la voz— que Dios ayuda, no salva.

El abuelo es el único adulto que habla conmigo de Dios.

Mi madre ha olvidado prepararme para el examen de religión para que me admitan en la escuela luterana. Tengo ocho años. Me preguntan: «¿Quién es Dios?». Y yo, presa del pánico, no sé qué responder. ¿Cómo no comprometerme?

Dios es justo, dice el abuelo, pero nosotros su justicia no podemos comprenderla. No me gusta el argumento y pienso sobre ello; es un poco como la historia de mamá, que quiere a sus hijas por lo mucho que sufrió trayéndolas al mundo. En realidad, no tiene sentido.

Pero la fe no tiene sentido, me explican en la escuela. Entonces, hago una pequeña comprobación particular. Una mañana, volviendo de la escuela, recojo un ratón muerto en la nieve. Lo guardo en el cajón de un mueblecito de mi casa de muñecas. Cada noche rezo para resucitarlo. Pero no resucita, y cuando se pone blando tengo que tirarlo. Y de la misma forma, pero al revés, no se muere —pese a mis oraciones— la madrastra de una compañera de escuela a la que yo le había garantizado el milagro. (Dios, cuando se reza, se puede nombrar con toda tranquilidad).

No le cuento a nadie mis experimentos; solo los sabe mi hermana; ella

es cínica, pero fiel. Me advierte enseguida de que el ratón no resucitará y la madrastra no morirá, pero guarda el secreto.

Al abuelo no se lo cuento: el abuelo no cree que se pueda resucitar; lo siento mucho por él, que es viejo y está enfermo. Y un poco menos por la abuela, con la que no tengo ningún vínculo especial. La veo poco porque a menudo está fuera de casa, de paseo con la tía Betty, hermana de nuestro padre; cuando está en casa, el abuelo le dice con voz tierna y ansiosa: «¿No estás cansada, Anna; no quieres echarte un rato?». Cuando se levanta y se pone a tocar valses al piano, Sisi y yo bailamos en círculos por el salón.

Una tarde la abuela invita a tomar el té a unas señoras muy maquilladas y enjoyadas. Está también, me dicen, la primera mujer de nuestro padre; mientras paso cerca de la mesa, me observa con atención. Pienso que debe de ser por mi cabello; lo he heredado de la abuela Anna, ese color rubio oscuro. Todos los demás de la familia son morenos.

La abuela repite a menudo que sus esmeraldas serán para las pequeñas. No recuerdo haberlas visto nunca, pero me produce mucha satisfacción heredarlas además del cabello, aunque sé que en las reglas hay una norma que dice que llevar demasiadas joyas es de mal gusto. Como es de mal gusto que los niños vistan con pieles. Tampoco los niños judíos tenían pieles. Era también de mal gusto llevar a los niños al colegio en coche; era necesario aprender a ir a pie y solos.

Los parientes de mi padre eran, por lo general, gente de mal gusto. El tío Talrose —el marido de la tía Betty, que el abuelo no podía soportar— era millonario y avaro. Esto lo sabían por la criada cristiana, Marta, que le prestaban algunos días a los abuelos.

En su casa oscura y polvorienta, la criada Marta estaba en un cuartucho pegado a la cocina verdosa. Una vez oí al abuelo hablar a propósito de una trastada de Marta, que era cristiana y, por tanto, un poco rara. El abuelo utilizó dos palabras en yidis, *goy* y *meschugge,* en vez de las alemanas que usaba normalmente, seguro que para que yo no me enterase; pero yo me enteré muy bien y, por eso mismo, sentí el deber de manifestarle a Marta mi solidaridad cristiana. Fui a la cocina y en aquel escenario verdoso intenté hablar con ella. Ella seguía repitiendo que los judíos son rácanos y que los tíos no le arreglaban la dentadura. Decía que quería volverse al campo y gemía de forma indecorosa tocándose la tripa. Era una cristiana muy antipática y, además, un poco *meschugge*. Volví al comedor.

Un día fuimos con nuestro padre a una fiesta de su familia. Había una mesa larguísima —para una veintena de personas—, era Pascua o quizá la boda de mi primo Benno. Todos los parientes de mal gusto de mi padre hablaban al mismo tiempo y en voz alta. Alguno cantaba. Yo estaba sentada con los codos pegados al cuerpo y, en ese minúsculo espacio, todos me dejaban absolutamente en paz; era como si aquel sitio fuese mío del todo. Hubiera podido separar los codos y nadie me habría dicho nada.

En las ventanas había cristales de colores. ¿Aquello era de buen o de mal gusto?

No conocía a ninguno de los parientes de mi padre. Rara vez los veía y, como además no me interesaban para nada los asuntos de las personas —y no entendía mucho—, nunca me acordaba de con quién estaban casados o de quién se habían divorciado, de quién eran hijos y mucho menos qué trabajo tenían. Solo recuerdo con claridad a la tía Betty, bondadosa y risueña, y a mis dos primos, Benno y Saul, mucho mayores que nosotras. Benno, una vez, jugando —era amable y afectuoso—, me dejó ponerme una de sus botas; estaba haciendo el servicio militar. Saul me ofreció probar por primera vez las pastitas turinesas en su habitación, creo que en la Via Garibaldi. Estudiaba Medicina en Turín, con intención de ejercer después su profesión en Letonia. Las pastitas me parecieron ridículamente pequeñas, pero mucho más adecuadas para mí que las inmensas pastas de Riga.

Ni mis primos, ni mis tíos, ni todos los demás de aquella mesa sobrevivieron a 1941.

Cuando mis padres se separaron, no volví a ver a los abuelos, ni a nadie de la familia de nuestro padre. Tengo de la fiesta de aquel día una extraña impresión, cuando oí decir a alguien: «Estas son las hijas de Sammi». No estaba en absoluto acostumbrada a que me atribuyeran a mi padre o, al menos, a nuestro padre sin que se nombrase también a nuestra madre.

No estaba acostumbrada, en realidad, a la idea de pertenecer a una familia. Nunca decía «mis padres», sino *Vati* y *Mutti*, y, después de su separación, «mi padre» y «mi madre». Todavía estaba lejos de mis sentimientos y reflexiones el significado del aserto del tribunal que, aun otorgándole definitivamente la custodia a mi madre, afirmaba que «ambos nos habían tratado bien, contribuyendo cada uno por su parte a nuestro bienestar».

El único vínculo duradero con mi infancia ha sido con mi hermana. Constante y sin condiciones. Mi familia fuimos ella y yo: de ella no me preguntaba qué pensaba de mí y tampoco mis celos de ella menoscababan mi afecto. Solo los sentía respecto a mi madre. En el círculo de luz, mi hermana estuvo siempre a mi lado, no hacía falta decirlo.

De varios de los episodios que he contado, ella recuerda detalles diferentes; y, de otros, respecto a esa experiencia común, es curioso que tiene una visión opuesta.

Del episodio de la escalera, ella recuerda haberse comido el piso de arriba de una caja de piña confitada —por lo tanto, se relamía el azúcar, no la crema—, y recuerda que en la tapa de la caja estaba escrito «Göttingen». Y afirma que por la escalera no gritaba de rabia, sino de terror, porque mi madre la estaba amenazando con meterla en prisión de por vida. Mientras estábamos en el castillo, en la linde del bosque, ella salvó y devolvió a la floresta no menos de veinte pájaros migratorios, que se encontró ateridos y moribundos por la calle. Sin ayuda de ninguna oración, se desentumecieron al calorcito y se pusieron a revolotear por los pasillos. Dice que aprendió a nadar con los otros niños de la finca cuando yo estaba en cama con la escarlatina. Nadaban en el riachuelo, terso y cristalino, que discurría por el valle de la finca, y yo, en cama, releía por cuarta vez *El libro de la jungla*. Le quedó cierto patriotismo letón, y sostiene aún hoy que yo no hablaba con el cartero porque era una esnob. Parece, además, que me gustaba asistir a los recibimientos, donde una vez ocurrió que nos regalaron un anillito. Recuerdo cierta desilusión porque la piedra era rojo rubí y no azul; el anillito estaba metido en el mango de la cucharilla que venía con las tazas, en una larga mesa.

Respecto a nuestro padre, Sisi cuenta que en aquellos meses en los que mamá ahora vivía en otro lado, mientras yo, al caer la tarde, dormía ya mi sueño luterano, él solía sacarla. Sisi se sentaba entonces en Otto Schwarz, una de las más famosas pastelerías de Riga, y comía todos los pasteles que quería; mientras, nuestro padre jugaba al póker con los amigos hasta las dos de la madrugada.

Comentando nuestra infancia, descubrí que, por una insólita y poco literaria coincidencia, ambas recordábamos como un momento muy hermoso nuestros paseos por la orilla del mar, los atardeceres de verano, cuando caminábamos kilómetros descalzas, buscando trozos de ámbar

que se encontraban mezclados con otros detritus negros de algas o de madera, depositados en la línea donde mueren las olas; caminábamos por el atardecer inmenso y luminoso que no llegaría a ser noche jamás y la arena tenía el mismo color blanco argénteo que el cielo; parecía que no pudiésemos volver atrás, sino únicamente continuar con los pies descalzos bordeando el mar, en cuya placidez apenas se distinguía cuándo una ola llegaba a romper en la orilla. De vez en cuando nos agachábamos para recoger algún fragmento ambarino y transparente que después guardábamos en una cajita de cerillas.

Salimos de Letonia una mañana de julio de 1935. Nuestra partida se vio retrasada por una enfermedad mía, la típica, estúpida e inoportuna enfermedad infantil. Me había contagiado de escarlatina después de haber incubado varios días un huevo de oca, sentada en un arbusto detrás de la granja. Atribuí los escalofríos y la fiebre al castigo divino por aquel intento que yo consideraba vagamente sacrílego. Mi madre cuidó de mí durante las largas semanas de convalecencia que requiere la escarlatina, y yo aprendí a leer francés en las revistas que ella leía.

Tuvimos que salir desde una pequeña estación secundaria porque nuestro padre tenía vigilada por sus secuaces privados la estación principal de Riga. Nos cargaron junto al equipaje en un carro y atravesamos el bosque, el mismo bosque en el que pocos días antes, desde la ventana de mi habitación, había visto desaparecer las antorchas de los campesinos la noche de San Juan.

Mientras nos adentrábamos en las sombras inciertas del bosque, vi los patitos que habían nacido dos semanas antes corretear al lado del carro. Nos acompañaron algunos pasos y luego se detuvieron. Empecé a llorar, un llanto largo y desesperado. Los dejaba allí, con sus plumas amarillas y suaves, y no los vería más, ni crecer, ni nadar en el arroyo.

Detrás de mí, como en un juego cuyos movimientos iban a ser esculpidos para siempre, se detenía, con ellos, en la linde luminosa del bosque, mi infancia.

[1] Uno de los hospitales más antiguos de Turín. *(Todas las notas son de la traductora)*.

[2] Jardín Imperial. El Kaisergarten es el parque más antiguo de Riga. En la actualidad se llama Viesturda¯rzs, jardín de Viesturs.

[3] En alemán en el original. «Niñera».

[4] En ruso en el original. «Niñera».

[5] Sede del cuerpo diplomático en un país extranjero.

[6] Receta típica judía llamada *joledetz*.

[7] Pantalones bombachos por debajo de la rodilla que se utilizaban a principios del siglo XX. Solían usarse como transición entre el pantalón corto infantil y el largo.

[8] *Der Erlkönig* es un poema de Goethe, conocido como *El rey de los elfos*, aunque la traducción literal del alemán sería *El rey de los alisos*.

[9] Dos personajes de un cuento infantil alemán de 1865.

[10] Seguidores de Pedro Valdo, heresiarca francés del siglo XII, según el cual todo lego que practicase voluntariamente la pobreza podría ejercer las funciones del sacerdocio.

La piedad y la ira

A Cecilia,
que conoce la verdadera piedad[11]

En estos últimos años, según me va invadiendo el asombro de descubrir que también yo envejezco, continúo teniendo —casi como compensación — sueños hermosísimos, coloridos, largos, como si en vez de soñar escribiese, y escribiese en una de esas raras ocasiones en las que una página me sale a la primera. Entonces me despierto contenta —palabra que puede sugerir una satisfacción que, sin embargo, no siento—, serena, puesto que estos sueños, que se dispersan dentro de mí incluso cuando estoy despierta, los recuerdo de una forma mucho más precisa que otros acontecimientos reales; podría decir sin miedo a equivocarme que tienen la marca de lo pasado, de lo irremediable, o, mejor aún: es así, no puede ser de otra manera, el círculo se cierra y dentro de este queda apresada tu vida con todos sus detalles, ni uno más.

Sueño, por ejemplo, que recorro las calles de una ciudad gótica con algunos amigos sin nombre; los arquitrabes de los portales están tallados como si fueran de madera, como los marcos de las ventanas, y también los bordillos de las aceras. De los colores de las esculturas recuerdo sobre todo el rojo carmesí, que en el sueño me gustaba muchísimo.

En otra ocasión, sin embargo, soñé que entraba en el patio que vi de refilón una vez, buscando por los barrios de Turín un patio adecuado para una película que se iba a rodar sobre uno de mis libros. Aquel patio estaba lleno de flores blancas, de pétalos translúcidos, pero en racimos espesos y llenos, y alguien me decía que podía cogerlas; mientras hacía un enorme ramo, oía el ruido de los coches que pasaban por fuera de los muros decrépitos que cerraban tres lados (en el cuarto había una palmera), y también conversaciones dentro de las casas destartaladas. Tanto el ruido de los coches —quizá detrás de las palmeras había una carretera— como las voces de la gente sonaban alegres; además —esa era

la sensación predominante del sueño—, las flores eran silvestres y podía haber cogido todas las que hubiera querido, y después salir del patio con toda libertad.

He soñado muchas veces que volvía a Torre Pellice, a la casa de mis abuelos valdenses, donde viví de los diez a los veinte años bajo la tutela de mi abuela materna, después del divorcio de mis padres. El sueño me conduce continuamente de la casa al prado y del prado a la casa. Esta siempre tiene las puertas abiertas, inundada de sol y sin muebles tanto en el comedor de la primera planta como en la habitación del segundo piso, donde mi madre pasaba el rato con nosotras. Yo soy yo, ahora y entonces; alguna vez sé que tengo a un hijo o a todos los hijos, incluso a mi nieto, conmigo, pero no los veo en el sueño. Voy de la casa al prado, cruzando el jardín, que tampoco veo.

En el prado siempre ocurre algo: algunas veces está lleno de agua; otras, está cubierto con un entoldado de plástico verde que, desde el muro de cierre hasta el gallinero, se extiende por encima de las viñas que plantó el abuelo. Alguna vez veo que han arrancado los frutales, pero no me parece mal porque sé que forma parte de un trabajo que se está llevando a cabo allí. Nunca hay nada al otro lado de la tapia de la derecha, por donde pasaba un sendero que descendía directamente, campo a través, al río Pellice, y tampoco al otro lado del muro externo.

En alguna ocasión, volviendo del prado a la casa, me encuentro que la cocina, al contrario de las otras habitaciones, está a oscuras, con las persianas bajadas y llena de muebles, de cacerolas, de platos, colocados en las mesas y estantes. Los alimentos que veo aquí y allá, y que pruebo, me parecen ricos, aun sin saber qué son.

Voy de un lado a otro y hablo con la abuela —sé que es mi madre, aunque tenga el rostro y la voz de la abuela—, hablo de mi partida a Turín. La abuela me dice que me quede unos días más, que el tiempo está espléndido y que no he saludado a ninguno de mis viejos amigos. Señala a una vecina amiga nuestra, que no he vuelto a ver desde hace más de veinte años. Me vienen a la memoria los nombres de los compañeros de la escuela de los que no me he preocupado nunca, y en los que no he vuelto a pensar. «Vale, sí —digo—, me quedo un poco más». Y siento una seguridad extraordinaria: sí, me quedo en casa, en mi casa. Y como ricas comidas sin forma ni sabor, el sol entra por la puerta y las ventanas abiertas, es el sol de septiembre, es cálido y dorado. Iré al prado y después volveré a casa.

He reconstruido en mi sueño un pasado que no existió y un encuentro —con la abuela y con mi madre— que tampoco tuvo lugar. Palabras nunca dichas, es decir, nunca dichas en aquella serena luz dorada, en una casa abierta, un poco abandonada. En otra ocasión, soñé con largas cortinas un poco desflecadas, de un tejido de listas como el de las sombrillas, atravesadas por los rayos del sol en las ventanas del comedor, mucho más grandes que las reales.

Estos sueños coloridos, que desde la juventud me acompañan hacia la vejez, tienen, según creo, un significado común, aunque las imágenes que los forman provengan de matrices distintas. Cualquiera que sea, no obstante, el material psicológico o imaginativo de estos sueños —desgastada como estoy por el torrente de cavilaciones y confesiones, sabría reconstruir ese significado casi punto por punto—, todos fingen que los he resuelto y aceptado. Que ya no temo ningún encuentro. Que ya puedo contemplar la partida hasta el final, disfrutando de todos los colores de la vida.

O quizá son una advertencia de todo lo que podría ocurrir —que podría incluso haber ocurrido ya—, un mensaje angélico que hubiera elegido la vía de los sueños para llegar hasta mí, ya que el sueño no tiene espacio ni tiempo, y es seguramente en el sueño donde está, con el índice levantado, el arcángel Gabriel. No está claro que se haga realidad lo que indica con el índice levantado, o al menos que se haga realidad en la vida de quien recibe el mensaje.

Estos sueños míos están, de hecho, exentos de la repetitividad del destino, casi invitan a olvidar los acontecimientos de su descolorida monotonía, a borrar los contornos, a sustraerlos al tiempo, salvando únicamente una imperceptible transformación detenida en sí misma, como la vibración de las alas de una libélula en el iridiscente reflejo del agua.

El tiempo entró en mi vida por primera vez cuando llegué con mi hermana a Torre Pellice. Me dio por primera vez un pasado, una espesura en la que adentrarme, huyendo de investigaciones y agresiones; la historia de mi infancia era todo lo que me quedaba de mi existencia anterior después de que, en pocas semanas, hubiera cambiado de país, lengua y entorno familiar.

El paso de las estaciones parecía marcar la vida doméstica siguiendo las antiguas costumbres campesinas, que ya no recaían sobre la abuela, hija ahora de ricos burgueses.

En su huerta, no obstante, continuaban rebrotando, año tras año, las plantas que su madre, hugonota de la Provenza, había traído desde su huerto cercano a Nimes hasta el huerto valdense de su marido, y que desde este pasaron a la huerta de la abuela cuando se casó, de igual forma que de una casa a otra pasaron los bonitos muebles provenzales, sencillos, de nogal claro.

La acederilla que se mezclaba con las espinacas.

La borraja para las tortillas y rebozados.

El perifollo, que, además de para las tortillas, servía para condimentar la menestra. La abuela le echaba también una pizca de acederilla.

El cebollino.

El serpol.

Las hojas del guisante que se usaban de forma exclusiva para condimentar los propios guisantes junto con perejil, en la breve temporada en la que los comíamos, es decir, cuando salían en el huerto.

Todas estas hierbas tenían un nombre francés, y también lo tenía el ruibarbo, que la abuela cultivaba para hacer una de sus muchas *tartes aux fruits*, y el *cren*[12], que se rallaba y servía de condimento para los guisos; y también tenían un nombre francés los utensilios de casa, los muebles, los trajes, las frutas del frutero, las uvas que se ponían a secar en las mesas del desván, la amarga miel de castaño.

También era francés el pequeño Nuevo Testamento, de portada negra brillante y páginas finísimas, que me compraron nada más llegar a Torre Pellice. Me gustaba aquel librillo; había que pasar las páginas con precaución para que no se rajasen, y, como yo amaba los libros físicamente, todavía recuerdo su olor. Con aquel Nuevo Testamento íbamos a la escuela dominical, y el primer francés no doméstico que pronuncié fueron los versos que tenía que aprenderme de memoria de un domingo a otro.

La casa está rodeada de montañas. La abuela me cuenta que cuando yo tenía un año, y las tardes de verano no me quería dormir, me llevaba en brazos al balcón a verlas. Y yo, venida de la inmensa llanura, las señalaba asombrada con el dedo.

Al fondo, a la derecha del valle, el monte Granero; en medio, el Palavas; al fondo, a la izquierda, el Boucie; justo delante de nuestra casa, más allá de los prados y del Pellice, la colina que asciende hacia Rorà. Después, detrás de la casa —hay que moverse hacia uno de los extremos del balcón para verlo—, el monte Vandalino, con el Castelluzzo. Las

montañas no cierran el valle: cruzan lomas y colinas, a lo largo del cauce pedregoso de los torrentes corren senderos, se abren pasos por los que se puede huir hacia otras montañas.

Los lugares se mencionaban a menudo en la familia y también contenían el tiempo en su vientre. La mantequilla envuelta en grandes hojas verdes y el *seirass*[13] en heno fresco, como si llevase una peluca, nos los traían desde la Sella Veja, bajando por la Val d'Angrogna, ruta que el abuelo había recorrido de pequeño todos los días —cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta— para ir a la escuela. Los domingos íbamos alguna vez paseando hasta las ruinas del antiguo poblado cristiano. Los cristianos, también ellos, eran tiempo y lugar, indiferentemente, sin solución de continuidad. Eran un muro del que no se hablaba casi nunca, pero se tenía presente.

Cerca de nuestra casa está el colegio Valdese, adonde mi hermana y yo asistimos. Llevo conmigo un cuaderno en el que he pegado, en la tapa, por dentro, una foto de mi madre —su rostro claro y severo, vestida con la chaqueta impecable, con un minúsculo broche fascista en el ojal— y la miro a escondidas durante las lecciones. Todavía soy la mejor en matemáticas y pocos meses después descubro que mis redacciones son las mejores de la clase.

Hacer los deberes de matemáticas me da seguridad y tranquilidad. Voy a hacerlos con una compañera de la escuela a una casa viejísima, en las afueras del pueblo, en la salida a Villar. Por un lado, una pendiente, que baja hasta el cementerio, sembrada de huertos; por el otro, una antigua carretera de curvas que sube a Bouissa. Sentadas en la modesta cocina calentada por los fogones, en la mesa estaban el hule y, en orden, los folios, los lápices afilados y las gomas de borrar limpias. Aquella tarde, llena de cifras y gráficos, la recuerdo envuelta en calidez y tranquilidad.

Pero fuera tengo que reajustarme continuamente: algo se ha roto en mi tiempo, que de ahora en adelante seguirá un camino desordenado, como un reloj viejo, a ratos avanzará de forma desmesurada, y a ratos funcionará solo a trompicones.

Tengo que reprimir la pierna que está a punto de flexionarse en reverencia —la metamorfosis me sorprendió en el paso de la reverencia de las niñas a lo de las jovencitas—; tengo que soltarme con la lengua, primero con el francés, luego con el italiano; tengo que acostumbrarme a que pronuncien mal mi apellido, combato durante meses y corrijo: «Es

Guersoni». Después, me resigno.

Una mañana, estoy sentada en lo que entonces era el gimnasio del colegio, donde también estaba el teatro de la escuela. Escucho el sermón de los lunes; solía ser en un aula, pero aquel día quizá era una ocasión especial. Sentada en un banco, escuchaba al pastor con la atención de siempre cuando, de repente, todos los milenios se volcaron sobre de mí, y, detrás de él, por un instante, vi a todos los pueblos de la tierra en sus casas y cabañas, en los desiertos y los mares —por los siglos de los siglos, amén—, y también en las rocas de las montañas de las que nosotros, los valdenses, habíamos salido y pensé: «¿Cómo es posible que Dios, entre todos los pueblos de la tierra, haya privilegiado a los cristianos?». Y me respondí de inmediato con una irrebatible iluminación racional: «No es posible».

Si acerco el adjetivo «racional» al sustantivo «iluminación», lo hago para reducirle la envergadura. Estos instantes que, repetidos, se grabaron en mí para siempre, pinchazos de alfiler precisos por su propia pequeñez, no eran sugerencias milagrosas, no seguían la indicación del índice alzado que me gustaba imaginar en mis sueños, pero expresaban, en pocas palabras codificadas, como una conversación delante de un puesto del mercado, reflexiones y emociones —reflexiones sobre emociones— de mucho tiempo atrás. Y también de mucho tiempo por venir, porque, incluso quietas dentro de mí, esas reflexiones, en el minúsculo centelleo de sus cabezas, continuaban rumiando, diluyendo y transformando aquellas mismas emociones, aquellos mismos pensamientos que las habían suscitado; incluso las circunstancias que las provocaron habrían podido hacerse realidad antes o después, y solo en ese sentido podrían considerarse iluminaciones.

Empecé a estudiar historia en la escuela secundaria; tenía una memoria excelente, aunque aún era muy tímida; solo era desenvuelta cuando exponía el desarrollo de los acontecimientos, de las causas y efectos, y el armonioso entrelazarse del tiempo y del espacio. De la historia me fascinaba y me consolaba que tenía límites, los límites de lo ya ocurrido, las palabras ya dichas; en definitiva, la posibilidad de saberlo todo.

Siempre me habían gustado los relatos históricos. Al principio los personajes se me representaban envueltos en una fina telaraña de actos y razones, que todavía no era capaz de comprender completamente. Desnudos, con pocas características, sin ropas ni disfraces —los siglos

aún no me habían invadido—, reducidos a menudo a un único detalle que me hubiera impresionado o, a veces, solo al sentimiento que hubieran despertado en mí.

En Waltershof leí dos libros: uno era el relato de los últimos días y el suplicio de María Antonieta; el otro, las hazañas de Arminio[14]. En el relato de María Antonieta me quedé impactada de inmediato por la imagen de la «cabeza sangrante que el verdugo levantó y presentó al pueblo». Todo lo demás —incluido el cuerpo vestido y sin vestir de la desdichada reina—, el pueblo vociferante y también el verdugo, perdió color comparado con la espantosa cabeza; con ella, si puedo decirlo, me identificaba por completo. Mientras leía, alrededor del cuello me notaba una intensa sensación de cicatriz. De la narración recuerdo con gran claridad también el tono fervoroso y fanático, y, como estaba acostumbrada a considerar las exageraciones «poco sinceras», sospeché que no se me estaba contando todo. Fui educada en la «sensatez», a veces cruel, del castigo.

Sin embargo, las hazañas de Arminio (y de los suyos) me apabullaron. Leí el libro todo seguido y, casi al final, cuando levanté la vista, el boscaje más allá de los campos se incendió al atardecer y quemó a Arminio (y a los suyos) atados a los árboles. Con ellos ardía también el libro, con sus aventuras, del cual no recuerdo nada porque lo que me había impresionado, el odio a los *Römer* y sus infamias, era mucho más fuerte e intenso que las propias desventuras de Arminio.

Al irme de Waltershof, dejaba allí para siempre a Arminio (y a los suyos); Arminio, con su nombre germano, en su bosque germano, con los árboles, las flores, que durante mucho tiempo recordé con su nombre alemán (y para mí eran árboles y flores diferentes a los italianos), y, sin embargo, no se me ocurrió nunca averiguar quiénes eran los odiosos *Römer*. No se me ocurrió relacionarlos con los romanos de mis feos textos escolares de la patética Italia fascista; el contraste era muy fuerte y los bosques de Teutoburgo estaban demasiado lejos. Mucho tiempo después, cuando leí en alemán la *Historia de Roma* de Mommsen, caí en la cuenta, de pronto, de que había pasado por la otra parte de la historia sin comprender.

Sin embargo, estudiando causas, efectos y acontecimientos, después de que aquella mañana en el gimnasio se me hubieran venido encima todos los milenios y de que los siglos hubieran empezado a asediarme de la misma manera que la marea alta se come poco a poco la playa, crecía

dentro de mí una especie de miedo a la historia. Esta no daba ninguna seguridad; todo lo contrario: no se quedaba detenida en un pasado de murallas inexpugnables, sino que inundaba a oleadas el mundo con muertos y después con vivos y luego otra vez con muertos, y todo lo hacía a ciegas, como una simiente.

Miraba desde las ventanas de clase el monte opuesto a Rorà, blanco de nieve, rayado por hileras negras de árboles.

Un poco más allá, en ese mismo monte, se podía visitar todavía la casa de Janavel, un jefe partisano valdense del siglo XVII. Cuando el hielo desaparecía de las montañas, los católicos de Luserna, nobles y soldados, salían a buscarlo por los caminos llenos de surcos de tierra oscura y de piedras. Y él, con los suyos, o incluso solo, con la única ayuda de un muchacho, disparaba contra ellos con una culebrina[15] perfeccionada por él mismo. Para mantener la fe y librar buenas batallas. Benditos aquellos que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Entonces, en clase se leía la Biblia —desde el Génesis en primer curso hasta el Apocalipsis en quinto—. Las páginas crujían a toda velocidad cuando el profesor nos decía que saltásemos algún capítulo, y nosotros, sospechando pasajes escabrosos, corríamos a leerlos enseguida.

Lot yacía con sus hijas, y Salomón comparaba los senos de su amada con dos colinas salpicadas de ovejas. La comparación deforme y salvaje me repugnaba, me parecían indecentes esos senos que pastaban en medio de las Sagradas Escrituras; nada que ver con el tímido picazón de mis pezones creciendo debajo de la bata negra.

Por lo demás, leía la Biblia también por mi cuenta, leía y releía allí donde está escrito que Dios, cuando se aparece, no es un viento fuerte, no es un fuego, sino, en definitiva, una música dulce y sumisa. O de Moisés, ante la zarza en llamas que arde y no se consume. Y también donde está escrito (me dan paz esas dos palabras juntas «está escrito») «el espíritu sopla donde quiere». Sin embargo, a menudo la Biblia me inquieta, sus historias no son racionales ni armoniosas, y las causas y efectos son oscuros, pero, como leía la Biblia de la misma forma que leía a Victor Hugo, que Josué detuviese la luna y que Jesucristo caminase sobre las aguas se me representaban como escenas y no como reflexiones. Que detrás de esas escenas se desarrollase de forma casi irreconocible otra historia me obligaba cada vez más a la relectura. Ya entonces las cuestiones doctrinarias y teológicas me impacientaban, y únicamente me emocionaba el texto en el que se manifestara, de forma poética y

dramática, el único punto que me importaba de verdad, es decir, aquel en el que se hacía referencia a mi relación con Dios. Del Nuevo Testamento solo oía resonar el último y terrible grito de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Si Dios no tuvo piedad de él, ¿por qué iba a tenerla de mí?

Era un Dios tremendo que ya no se quedaba escondido contando las estrellas detrás de las nubes esbozadas en mi viejo texto luterano de religión, sino que estaba allí, justo allí, encima del Granero, del Boucie, del Roux y del Guinivert, y cuántas veces no habría descendido con la niebla para ayudar a algún antepasado con su arcabuz, apostados los dos detrás de una roca o de una tapia, a la espera de un francés o un piamontés, de un papista, en resumen. Algunas veces no bajaba, pero Suya era la decisión. No se pueden hacer negocios con Él, el Dios de los *barbetti*[16], el Dios de los antepasados valdenses de mi madre.

No puedes ofrecerle obras puesto que, si se piensa bien, siempre hay un beneficio en las obras, cualquier cosa para llevar al mercado, mantequilla o queso o carne. Rechaza pues las obras, pero debes obrar bien, quitar las piedras de los sembrados, llevar en alforjas el estiércol a los pastos, ayudar a la viuda y al viejo, y escuchar los domingos el sermón del pastor. No solo para aprender, sino para criticar después lo que el pastor ha dicho de más o lo que debía haber dicho y no ha dicho. Y pobre de él si, rendido por el cansancio de las caminatas arriba y abajo por las trochas, se hubiera copiado a sí mismo, añadiendo la conclusión de un sermón anterior. La comunidad tiene derecho a sus sermones frescos y, a fin de cuentas, el *ministro* no ara, no ordeña, no cava.

El tremendo Dios de los antepasados de mi madre es el mismo que ordenó a Abraham sacrificar al hijo, y que castiga la vara de su ira[17] que Él mismo ha elegido. Y cuando se concede un tiempo de paz —el típico periodo de treinta años, que si dura más es porque en medio va a mandar una desgracia— habremos de tener presentes a los papistas y extenuarnos en competiciones de méritos para demostrar que somos los mejores.

A primera vista no parecía difícil. Los católicos, en cambio, eran muy ignorantes. ¿Acaso no me preguntó una muchacha católica (no del valle) si los valdenses eran cristianos? Se mostró escéptica incluso acerca de la existencia de la Biblia. Yo a los católicos los consideraba, como mucho, hermanos que se equivocaban.

El abuelo llamaba a sus peores alumnos «filisteos». Eran casi todos católicos, y el abuelo tenía que enseñarles francés de cabeza, lo que hacía

con cierta impaciencia, pero con ánimo de justicia; de hecho, además de *le fléau*[18] lo llamaban *le juste*.

Los católicos —«¡estad atentos!»— pescaban almas con métodos deshonestos. Los métodos honestos, que se pueden resumir en el habitual «bien pensar», son inefectivos con los católicos. Cierto, sería muy bonito encontrar un católico capaz de ser bien pensado, pero precisamente su ignorancia es una muralla impenetrable para cualquier intento o tentación de razonamiento.

En cambio, a nosotros, el Dios *barbetto* nos ha entregado ese deber imposible junto a estos valles para cultivar. Él se ocupa de granizar sobre los campos de los malvados y hace prosperar las vides de los buenos, salvo que los descubra después, una mañana, culpables de alguna transgresión que tan solo ve Él. Pero, aun siendo terrible, debes hablarle de tú a tú y quizá por eso se teme menos al príncipe —«nuestro príncipe natural»—, al que bien puedes recordarle que él llegó aquí después de nosotros, que estamos aquí desde tiempos inmemoriales. El príncipe está bien plantado en la tierra, aunque sea la tierra pedregosa, escarpada y agreste de los valles. Se le sigue y respeta como se respeta el cambio de las estaciones para sembrar y recoger, y el vientre de las mujeres encintas a las que les evitamos las cargas más pesadas; no todas, claro, porque todos y cada uno de nosotros debe acarrear algún peso.

Por lo demás, también el diablo, como el príncipe, es natural. Con cuerpo de carne y hueso, al diablo *barbetto*, según Janavel, se le puede disparar como a un papista cualquiera. «Todo el mundo —en especial los mejores tiradores— debería tener alguna bala de bronce o de hierro para castigar al diablo si se presentase».

¿Cabría extrañarse si Este, indigno sustituto del diablo luterano, se hubiera ido para siempre de debajo de mi cama, espantado por el aroma de ajo y romero de los asados de la abuela, tan eficaz como un buen tirador?

Mientras avanzaba para tomar la primera comunión, vestida con el traje valdense y con un canesú tejido a mano procedente, junto con el tocado, de la Val d'Angrogna, *que dicitur Engrogna,* el órgano me acompañaba y me sentí muy emocionada. Al tragar el pedacito de pan y el vino del pequeño vaso, prometí a Dios, en general, ser buena y sufrir en silencio, cosa que me resultaba cada vez más difícil, sobre todo porque nadie valoraba que yo sufriera en silencio, y me faltaba ese público al que todo adulto tenía derecho cuando sufría en silencio.

No pensaba en Jesucristo, sino que buscaba precisamente alejar el pensamiento de su muerte. El terror de la muerte me perseguía; soñaba que estaba enterrada viva en la viña del abuelo, en el prado, y trataba de consolarme con la esperanza de la resurrección. Pese a la minúscula certeza que sentí aquella mañana en el gimnasio, seguía considerándome cristiana.

Mi hermana, que un año después de mí se negó a tomar la primera comunión, me restregaba mi hipocresía: era infiel por naturaleza, mis negaciones no eran lo bastante contundentes; mis afirmaciones, vacilantes. Sisi había ido a catequesis, que, según ella, se impartía a las siete de la mañana antes de clase. Asistía, dice, para demostrar que no era tan perezosa como insinuaban. Su rechazo final no se consideró escandaloso; era mucho más escandaloso ser vago.

En cuanto a mí, mi duplicidad —que en algunos casos se ramificaba en muchas más de dos motivaciones— no era la única en persuadirme; también estaba mi amor por las ceremonias donde se representasen los símbolos (me gustaba incluso desfilar en el estadio con el uniforme de *giovane italiana*[19], llevando el banderín), además del típico sentimiento contradictorio de ser como los demás y de ser, al mismo tiempo, mejor que todos. Aprobaba las instituciones y en principio no me oponía a ellas, pero necesitaba tiempo para acomodarme y, sin querer, me salía del guion en los momentos más inoportunos.

Cuando, en el campo de deporte, el profesor de gimnasia gritaba desde la tribuna a todas las escuelas reunidas allí en un orden casi perfecto —estábamos en provincias y se admitía el «casi»—, en hileras blancas y negras, ¿quién levantaba la cabeza para mirar alrededor? ¡Gersoni, por supuesto! Y Gersoni siempre era yo, nunca mi hermana.

No era yo la que rechazaba las instituciones; eran las instituciones las que me rechazaban a mí.

Una vez, creo que estábamos ya en el liceo, hicimos una excursión por la Val d'Angrogna para llegar a los Trece Lagos. Es uno de los pasos más antiguos, entre el valle del Pellice y Val San Martino, y supone una larga caminata.

El valle arranca muy estrecho, y el sendero, al principio, va bordeando el torrente Angrogna. A la izquierda, además del torrente, el desnivel es abrupto y agreste. A la derecha, se sube entre pequeños llanos con aldeas. El pueblo principal, hundido en lo profundo del valle, es Pra del Torno. Como en otros valles valdenses, altísimos y angostos, el

contraste entre la parte soleada habitada y la de enfrente, poblada de bosques umbríos, es muy pronunciado.

Salimos por la tarde, casi al crepúsculo, y un poco más allá de la Vaccera pedimos refugio para pasar la noche a un montañés moreno y corpulento que estaba devolviendo las vacas al establo. Nos preguntó de dónde veníamos, nuestro nombre, y luego nos señaló el pajar. Mientras entrábamos, me miró y me dijo una breve frase (que no entendí) en su dialecto, que pronunciaba la letra *a* muy larga y la *e* muy corta. Lo traduje después al francés: *Nous sommes cousins: le professeur Coïsson était mon cousin*. No añadió nada más y nos hizo entrar en el establo.

Cuando llegamos a los valles ya no vivía allí ningún pariente directo del abuelo en Angrogna. Ya había muerto *tante* Catherine y moriría poco después *tante* Madeleine, que estaba en Francia, y a quien el abuelo adoraba, según decía la abuela, que no estaba dispuesta a tolerar a otras mujeres adorables en la familia.

Mientras en sueños, en el establo debajo de nosotros, oía las vacas resoplar, rozarse, orinar, y percibía el cálido olor de las bestias que me recordaba al de la leche —que durante un tiempo tomaba recién ordeñada—, me preguntaba cómo ese primo (¿un Odín?) habría rastreado nuestro parentesco desde mi apellido extranjero y por qué me lo había comunicado, solo enunciándolo con aquellas vocales extrañas.

Al día siguiente seguí dándole vueltas mientras caminaba bajo el sol intenso, después de un amanecer helado, subiendo por el *ciaplé*[20] hacia los Trece Lagos, que a mis ojos parecían charcos. Qué lejano ya aquel lago en el que cogía nenúfares. Aquí todo estaba apresado entre piedras, y el agua, recogida con avaricia, por su profundidad y pureza tenía más el color de la piedra, un gris verdoso, casi negro al caer la tarde, que el color del cielo.

Dentro de mí, además de la sorpresa —¿cómo iba a ser yo la prima de un montañés moreno y corpulento de quien a duras penas entendía su antiquísimo dialecto?— y el disgusto de no saber responder de ninguna manera, un eco confuso acompañaba ese encuentro. Posaba las botas claveteadas en las piedras —siempre piedras— ardientes y me decía que, siglos atrás, en aquellos valles todos eran como el primo, incluso los que en la plaza de Pra del Torno mataron en 1332 al cura del pueblo, acusado de espía por el inquisidor. Y esto, no sabría decir cómo, me enorgullecía. Mi madre decía, refiriéndose al abuelo: «Lo que no soportaba de él era su chovinismo valdense».

Una vez al año, con ocasión del día 17 de febrero, cuando se celebraba la emancipación civil concedida a los valdenses por Carlos Alberto en 1848, se representaba en el teatro del colegio un drama histórico cuyo argumento era un episodio de las hazañas de *Nos Pères*. Los actores eran normalmente estudiantes del instituto, y no recuerdo los nombres de los autores.

Los dramas se representaban disfrazados. El texto era italiano. Los valdenses eran virtuosos; los católicos, malvados, y el príncipe, así así. Pero los católicos eran, según recuerdo, exclusivamente la jerarquía: curas, obispos, crueles consejeros y comandantes que (con la ayuda de Dios) eran derrotados. No había gente normal, como mucho algún guardia mudo.

Me volvían loca aquellas representaciones. Mi entusiasmo interior compensaba la mediocridad del texto y de su puesta en escena. Cuando sentada en la sala llena de gente esperaba a que se levantara el telón, el acontecimiento del año aparecía ante mí, detrás de la enorme cortina roja, en el pequeño escenario.

Después, durante algunos días, vagaba por la casa como una sonámbula: a veces, me sorprendía en el aseo que había a mitad de la escalera con el plato de la mantequilla que tenía que llevar al comedor. Pensaba y repensaba en lo que había visto, lo mezclaba y lo integraba en mis fantasías y, si montaba una representación en el desván con mis muñecas, para poco público —mi hermana y alguna amiga—, intuía la insuficiencia de mi interpretación, la diferencia entre lo que tendría que haber sido y lo que, en cambio, era.

En aquellos años cogí la costumbre de copiar, durante horas, en grandes dibujos en blanco y negro, figuras de cuadros y esculturas. En las lecciones de pintura a las que asistía por uno de los actos de justicia de mi madre —mi hermana iba a clases de canto—, me enseñaban a decorar unos jarrones feísimos. Yo hubiera preferido aprender a pintar la persona y sus movimientos.

En una de las representaciones del 17 de febrero, di motivos para el peor castigo recibido en toda mi adolescencia; peor que los bofetones, que también me humillaban mucho, y peor que las alusiones hirientes a mis defectos físicos y morales.

Un año, unos días antes del 17 de febrero, en una discusión con la abuela —los enfrentamientos entre nosotras eran cada vez más frecuentes — le «contesté». Los valdenses habían «contestado» a todo durante siglos,

pero en la familia no se debía contestar, de la misma forma que en los cercanos valles católicos no se debía contestar en la Fiat o al policía.

Año tras año mejoraban mis contestaciones, ponía en juego réplicas cada vez más ágiles; me estimulaba la crueldad de la abuela, y mi propia avidez por morder, que advertía mientras iba creciendo, un poco encorvada, y empezaba a comer con más ganas. En mi interior se revolvía un ansía ridícula de imponer mi inferioridad, de transformarla, y de nuevo venían en mi ayuda las palabras que ya de niña me sirvieron para mis bonitas mentiras.

Aquella vez, de verdad, conseguí la respuesta perfecta, respuesta que dejó a la abuela tan estupefacta que se retiró a su habitación, donde empezó a lamentarse en francoprovenzal. Se lamentaba a voces —incluso había abierto la ventana a pesar de que estábamos en aquella estación del año—, y yo, que me había escondido en el gallinero, estaba muy asustada por las consecuencias de mi ocurrencia. La oía quejarse desde el otro lado del huerto iluminado por la luna llena, pero ni siquiera me pregunté si estaba mal de verdad; supuse que estaba fingiendo y que aprovecharía la luna llena como faro para encontrarme, agazapada y culpable, en el gallinero.

Por aquella contestación la abuela me prohibió ver la representación del día 17. Quedé aniquilada, me rebajé a suplicarle, tragándome, bajo la mirada despectiva de mi hermana, no solo aquella contestación en cuestión, sino todas las pasadas y futuras. La abuela fue inflexible. Pero aquel trágico 17 de febrero fue —por la gracia del Señor— también la ocasión de la única y fundamental lección pedagógica recibida por parte de la abuela. Renunció también ella a la representación, que le gustaba mucho, y paseó conmigo arriba y abajo por la calle Beckwith entre la gente que se apresuraba hacia el teatro. A través de un velo de lágrimas —lloraba en la vía pública sin vergüenza— yo miraba los fuegos encendidos en el Vandalino y en el alto de Rorà, y presentía que nada podría sustituir jamás a la representación que no había podido ver aquella noche. Pero la decisión de la abuela me impresionó mucho, y la recordaré siempre: al quedar conmigo ella se sentía parte de mi culpa, no se vengaba de mí como muchas veces me había parecido que hacía, sino que llevaba conmigo aquel peso.

Habitualmente, era una educadora caprichosa y autoritaria, que parecía más empeñada en imponer su voluntad personal que en enseñar una norma general de conducta. Era también despiadada, salvo en

esporádicas e inesperadas ocasiones.

Le gustaba contar los contratiempos que había padecido. Mientras nos hablaba de su gran amor —un joven católico guapísimo con quien la madre, hugonota, no le permitió casarse; después, él se colocó como jefe de la estación de Bricherasio, y ella lo veía por la ventanilla del tren cada vez que pasaba por allí—, y rememoraba las ofensas sufridas de las cuñadas de Angrogna, los ojos se le llenaban de lágrimas, pero enseguida, repitiendo una broma suya muy lograda, reía de nuevo. Siempre estaba dispuesta a reír o llorar, y ambas cosas de manera fugaz, y daba la impresión de ser, entre una risa y un llanto, una mujer siempre consciente y muy segura de sí misma.

Hablaba del abuelo siempre con los ojos llorosos: *Tu sais, moi j'étais gaie e lui était toujours triste!* También, refiriéndose a las exigencias conyugales de él (diez años más anciano que ella), cuando ninguno de los dos era ya joven, con un breve sollozo me decía: *C'était dur, tu sais!*

Cuando me llegó la primera menstruación —me bajé de un salto del murete que rodeaba el prado y de repente me di cuenta de que tenía sangre en las bragas— fui corriendo a casa. Ella estaba en su dormitorio, le conté —muy orgullosa— lo que me había pasado, y ella abrió el armario y de una pila, evidentemente ya preparada, cogió un paño de lino, me lo dio, me enseñó a ponérmelo con imperdibles, y después, con los ojos repentinamente llenos de lágrimas, me dijo: *Et bien, ma pauvre, ça commence!*

Cultivaba con pasión su jardín y su huerto. Incluso con ochenta años se levantaba a las seis de la mañana para cavar. Amaba tanto las flores como los espárragos. En todos los rincones del comedor había jarrones de flores, colocados al azar, sin una intención particular. En invierno no había nada. No recuerdo que se comprara nunca un ramo de flores, y mucho menos un abeto de Navidad o unas ramas de pino.

Volvía del mercado con la bolsa de la compra y un pollo vivo con las patas atadas. Lo degollaba ella misma en la acequia —recuerdo el brevísimo grito gutural del ave—, igual que hacía con los conejos. Cuidaba muy bien de los enfermos; cuidó al abuelo con suma pericia en su última grave enfermedad. No la recuerdo asustada nunca. Por eso no la reconocí en el ataúd; tenía en el rostro una expresión de miedo y de sorpresa. La abuela no creía que fuera a morirse.

Amaba viajar. Vino a vernos a Riga con el velo de luto prendido en el pelo. Salía con gusto, no faltaba al sermón dominical porque, una vez en

casa, mientras comíamos su exquisito asado, nos hacía una crítica del sermón; no se le escapaba una palabra olvidada, un balbuceo, una repetición. En su funeral, el pastor recordó *l'esprit un peu sec de notre chère paroissienne*.

Pero el espíritu de la abuela era todo lo contrario de seco. Decía al abuelo, a quien le gustaban los huevos pero detestaba las gallinas y no quería cruzarse con una en su camino: *Toi, tu voudrais que les poules ne fussent que leur trou!*

A propósito del abuelo, le divertía mucho recordar a una mujer de Angrogna que se santiguaba cada vez que se lo cruzaba por la calle. Interrogada por la abuela, aquella confesó que el abuelo —profesor del colegio Valdese, director del periódico local *Écho des Vallées*, juez de paz y miembro de una sociedad de defensa de la lengua francesa— pertenecía a una familia de brujos. *Ils sont nés en grognant*, decía la abuela de los de Angrogna, donde *grogner* significa al mismo tiempo «refunfuñar» y «gruñir».

En casa, si no estaba en la cocina, donde cocinaba maravillosamente en un número inverosímil de cacerolas y cazos que después alguien lavaba, la abuela solía estar en una butaca delante de su mesa de trabajo, traída de casa de la bisabuela, con los cajones llenos de hilos; ahí, los días de calor veraniego, se adormilaba con las gafas en la punta de la nariz, luego se despertaba y hacía calceta o remendaba, y leía novelas. Era una empedernida lectora de novelas rosa.

Ya tenía sesenta y cinco años cuando llegamos a Torre Pellice, pero nunca me pareció vieja —vivió sola hasta su muerte— porque no había cosa que no consiguiese hacer si se lo proponía. Tampoco había opinión que no se atreviese a expresar; cuando no entendía bien un libro, era por el libro, que era *bête* o *drôle*.

«Era una iconoclasta», decía de ella mi madre, que no le perdonaba que no apreciase el valor de los refinados regalos que le llevaba. La abuela lo metía todo en el mismo saco, el vestido de algodón y el chal precioso. Vendió a los traperos las medallas de su padre, que fue voluntario con Garibaldi, y el magnífico lecho de bodas, heredado de sus padres. Para ella todo eran *vieilleries*. Quemó en la estufa —contó mi madre— muchos de los libros de la biblioteca del abuelo.

¿Qué podía yo replicar, que a los dieciséis años quemé en el brasero de leña mi biblia, arrancándole las páginas de una en una? Después, inmersa en el baño de todos aquellos versículos como en las llamas del

infierno, oía a la abuela al otro lado de la puerta llamándome: *Mais es-tu folle, Mina? C'est fini*, respondía yo, de verdad arrepentida, no tanto por el gesto, tan propio de nuestro teatrillo doméstico, como por la pérdida definitiva de mi biblia.

Estas batallas con ella —interlocutora de mi adolescencia y pararrayos, definitivamente no por propia voluntad, de mi madre— no fueron batallas contra un ángel, esa presencia ultraterrenal que se te aparece en el duermevela de un alba incierta y no sabes si viene del exterior con una espada flamígera, o de tu interior con un cuchillo escondido.

La abuela era una persona de una pieza —corpulenta y grande como el diablo *barbetto—,* y, a diferencia de Jacob, no salí inválida del encuentro, sino fortalecida, como si nuestro teatrillo doméstico me hubiera purgado, sin que entonces me diese cuenta, de estados de ánimo funestos y de cálculos malignos. De vieja querría tener un huerto donde coger mis tomates y comerlos aún calientes del sol, justo esa parte cercana al peciolo que sabe al mismo tiempo a fruta y a hortaliza. Y comerlos con el pan, el delicioso pan crujiente de Torre Pellice, el mejor del mundo.

He ido muy pocas veces al cementerio donde, al lado de la verja de entrada, están las tumbas de mi familia materna.

Íbamos algunas veces, la abuela y yo, a llevar flores, sobre todo para que los *catholiques*, cuando pasaran por delante, no se rieran de nuestra tumba desnuda. Formaba parte de las costumbres valdenses —quizá uno de los muchos ejemplos que dar a los católicos— la notable indiferencia por el culto a los muertos. En todo caso, siempre íbamos disimuladamente a llevar las flores al cementerio: si era necesario, la abuela no temía ser heterodoxa.

Mientras lavaba el jarrón y cambiaba el agua, temblaba porque el olor a flores marchitas me traía a la cabeza a todos los que estaban enterrados alrededor y, además, temía encontrarme de repente un esqueleto en la montaña de restos de poda que había al otro lado del muro. Una vez colocadas las flores, nos dábamos un paseo entre las tumbas; la abuela se paraba y comentaba quién estaba dentro y quién fuera, y qué habían dicho o hecho. Yo, después, no me acordaba de nada, o bien porque me resultaban indiferentes, por lo general, los parentescos, matrimonios y litigios, o bien porque estaba asustada. Solo recuerdo cuando contó el traslado del viejo cementerio, que en un tiempo estuvo delante del cine,

justo donde ahora hay unos jardines públicos.

Y más concretamente, el episodio de una vieja señorita —creo que se llamaba Gonnet— que con la ayuda de su criada vaciaba la tumba de su familia: *Tiens* —decía, cogiendo un fémur—, *ça doit être l'oncle Eugène*, y lo echaba en el delantal extendido de la criada. *Et ça c'est certainement la tête de la pauvre Marie. Elle avait une si petite tête*.

De nuestras visitas al cementerio me quedó, durante mucho tiempo, una cierta antipatía por los suelos de mármol y una completa indiferencia por la suerte de los cuerpos. No asociaba el muerto con el vivo que fue antes; es más, el muerto me parecía, cómo decirlo, inoportuno y turbador, con algo maligno en el rostro, como si le hubiera hecho una mala pasada al otro, al vivo, cambiándose por él con jugadas tramposas. Como si, mientras vivimos, creciese con nosotros nuestro muerto, para de repente sorprendernos y apoderarse de nosotros.

Fantasías que a la abuela no le hacían gracia. Solía decir que el cementerio que más le gustaba era el antiguo cementerio católico que había detrás de la iglesia, en la calle que sube al fortín. En la entrada, recordaba ella, estaba escrito: «AQUÍ NO HAY NI POBRES NI RICOS». Estaba orgullosísima de haber nacido el 14 de julio y lo mencionaba siempre.

Pese a su carácter benévolo, era muy crítica con los otros protestantes; los consideraba a menudo un poco *exagerados,* y llamaba al ejército de salvamento que tenía una sede muy activa en Torre Pellice *l'armée du chahut*, con un juego de palabras entre *chahut (*«ruido») y *salut* («salvación»).

Cuando su hijo, hermano menor de mi madre y su preferido —para ella era mejor que su hija, lo que quería decir, sobre todo, más obediente —, se casó con una católica holandesa, en Ámsterdam, donde él estaba trabajando en el Consulado italiano, la abuela se alegró del matrimonio y acogió con alegría a su nuera. Pero insistió en que su pequeño fuese bautizado valdense (quizá por respeto a la memoria del abuelo), como fui bautizada yo, hija de un judío. Y, tiempo después, me dijo que había hecho jurar a su hijo sobre la biblia de la familia que no flaquearía ante el *enemigo*. La biblia, colocada en una mesita del salón, apenas se utilizaba; una vez que el pastor estaba de visita —ya había muerto el abuelo— la pidió, y le salió una araña espantada de entre las páginas que casi nunca hojeaba la abuela; solo cuando no se encontraba bien (por ejemplo, con una indigestión), lo que no ocurría con frecuencia. El juramento todavía se consideraba un pecado gravísimo, casi vergonzoso,

y la abuela debió de permitirlo a sí misma por un motivo que consideraba excepcional de verdad. Cuando se destapó enseguida que la nuera era, según lo previsto, una persona pérfida y deshonesta, la abuela dejó en herencia a su hija el pequeño terreno —*mi* terreno— como parte de su dote, lo que provocó una serie de problemas legales que me tocó resolver treinta años después.

De hecho, aunque la historia que nos contemplaba desde las montañas era común, las herencias estaban minuciosamente repartidas; yo tengo todavía, de un reparto de herencia, una sábana enorme bordada a mano, de esas medidas imposibles calvinistas y montañesas que no se adaptan ni a una cama de una plaza ni a una de dos, ni tampoco a una de plaza y media.

En cuanto al tío Robert, tuvo que elegir a quién rendirse y su hijo fue, en efecto, bautizado como católico. A este, de mayor, alguien en Torre Pellice le dijo: «¡Un Coïsson católico!», sin añadir nada más.

La abuela, que era obsesiva en sus críticas y burlas, e infatigable en sus acciones, era, en cambio, curiosamente tolerante respecto a nuestras amistades. Tenía, es cierto, un olfato infalible para mis manías, que comentaba luego a la mesa de manera incisiva y malévola, pero nos dejaba jugar en libertad fuera de la verja durante horas, por los campos que descendían hasta el Pellice, que en verano cruzábamos saltando de piedra en piedra. Ya de mayores hacíamos excursiones a las montañas, y en bicicleta (fui de las últimas en aprender a montar) pedaleábamos en grupo por el valle hacía Bricherasio y Pinerolo. Amigos y amigas de nuestra edad venían a vernos.

Con mis amistades ejercía de celestina o de bruja del pueblo, según la ocasión. Era de una lealtad apasionada pero sombría —me voy topando con muchos nombres en mi diario— y me sentía traicionada con facilidad. Cuando eso ocurría, abandonaba esa amistad y me retiraba decepcionada haciendo pucheros.

De mi hermana me fui alejando poco a poco. Ella no soportaba lo que llamaba mis *poses* de comediante, la forma extravagante e intrincada con la que abordaba las cuestiones, mis lances quijotescos frenados por la cobardía y la timidez; y yo me ofendía por sus comentarios brutales, sobre todo, acerca de mi aspecto. Cada vez con más frecuencia, lo que oía de ella eran alabanzas a su incipiente belleza; si un chico me gustaba, ella me lo arrebataba con su mera presencia, sin hacer un gesto. Era justo su impasible calma —yo seguía arrebatándome— la que me derrotaba.

Ella estaba inmersa en su propia fascinación con indolente crueldad, con los ojos fijos, brillantes, llenos de una feroz altivez.

Mis celos, como en mi infancia, no afectaban a la solidaridad que sentía por ella, y no solo tenían que ver con ella, de quien mi madre no decía nada, con el rostro iluminado, sino que yo diría que eran un sentimiento fatal, arraigado. Mis derrotas me sumergían en una melancolía primitiva, y, durante muchos años, cualquier alusión a su belleza o elegancia —también a los éxitos de los demás— me colmaba de una tristeza mortal que desde el principio me empujaba a renunciar, a hundirme una vez más bajo el hielo del mar invernal de Riga. Después emergía y volvía a la carga.

A los amigos les daba consejos, escuchaba sus confidencias (los enamorados desilusionados de mi hermana, que no era sencilla en sus elecciones, venían a contarme sus penas de amor) y a veces revendía alguna para obtener otras, pero sobre todo indagaba sobre mí misma, sobre lo que pensaban de mí.

Leía a escondidas las cartas que se escribían en casa y trataba de pillar al vuelo conversaciones. Estaba siempre segura de dar con observaciones halagadoras sobre mí cuando abría alguna carta abandonada en una mesa. Y si en vez de halagos encontraba juicios negativos, lo que ocurría la mayor parte de las veces, también disfrutaba de ellos, alimentando mis atributos de «serena solitaria». La expresión es de mi diario, donde aparece ya entre comillas irónicas.

Tendría yo veinte años cuando, al entrar en la habitación de mi madre, vi en su escritorio una carta terminada, con despedida y firma. Todavía hoy ver cualquier escrito suyo me emociona, como si con su escritura yo tuviese una relación más íntima que con ella misma.

En aquel periodo, una vez acabada la guerra, se habían retomado las representaciones. En una comedia me tocó un papel importante, tragicómico. Superado el pánico escénico, conseguí un auténtico éxito. Al día siguiente alguien incluso me paró por la calle para felicitarme.

La carta estaba en el escritorio, seguro que llena de alabanzas entusiastas sobre mí; empecé a leerla y lo que encontré, en cambio, fue una larga y extensa —casi media página— descripción de mi hermana, que aparecía en otra representación, pasaba fugazmente por el escenario con una peluca blanca y un vestido goldoniano[21] y, volviendo la cabeza con impericia, preguntaba, con su leve defecto de pronunciación de la ese: «Pero ¿dónde está la baronesa?».

Rígida, delante del escritorio, con la carta en la mano, me invadieron la desilusión, el triunfo (estás en mis manos, estúpida, tú y tu favoritismo nunca reconocido) y, sobre todo, el asombro. El tono enamorado con el que mi madre escribía sobre mi hermana, la forma expansiva tan diferente a su habitual silenciosa cautela, me resultaban antinaturales y temibles. No había optimismo que fuese capaz de superar aquella despiadada certeza.

Natural era la típica racanería con la que me escatimaba sus elogios —se trataba de educarme—, pero monstruosa la brutal inocencia con la que me borraba de aquella página negándose a sí misma cualquier esperanza puesta en mí.

Salí de la habitación —¿a quién revelarle aquello sin delatar también mi propia indiscreción?—, y me sorprendió de repente una ocurrencia, una mueca irónica, casi un conato de júbilo: siempre hay algo secreto que descubrir en el alma y el corazón de los demás. Ay...

Con el tiempo dejé de registrar las cartas ajenas. Pero todavía me gustan los epistolarios y los diarios; leyéndolos se satisface una residual curiosidad voyerística.

Retirada a disfrutar de mi «serena soledad», leía y fantaseaba muchísimo. Durante las vacaciones, apenas cruzaba la verja en semanas. En verano me permitían quedarme sola en el desván. Mientras me instalaba con mis libros en medio del olor caliente y polvoriento de las paredes de madera, me sentía dividida entre la satisfacción de poder encerrarme con llave y la repugnancia que me daban las golondrinas que nidificaban allí. Las oía llegar, batiendo las alas, y posarse con golpes fuertes, entonces valoraba si no sería mejor bajar y afrontar las peleas cotidianas con Sisi en nuestra habitación compartida. Las noches, en cambio, perfumadas de heno, chispeantes de estrellas e inmensas sobre mi cabeza asomada al ventanuco del desván, me llenaban de entusiasmo; sentía en mí energías gigantescas, todavía atrapadas, es cierto, en las garras de mi voluntad, ni diluidas ni apaciguadas en el discurrir de un verdadero presentimiento, pero listas para emprender el vuelo.

Fantaseaba durante horas caminando de un lado a otro en el balcón —en invierno, en el pasillo del primer piso— y la heroína de mis fantasías era guapísima. Y también guapísimo, el héroe con el que, con idéntico fervor, me identificaba.

Pero lo que de verdad me transportaba en las noches de verano más allá de la mole oscura de las montañas y del rumor ininterrumpido del

río era el acercarse de la realidad que tanto temía y de la que trataba de aislarme. Escribí en mi diario: «Tengo miedo de la mujer en la que me voy a convertir, en la que me convertiré fatalmente si nada detiene el necesario desarrollo de mi vida espiritual. La siento ya viva en mí, y cada día está más madura y completa».

También las excursiones a la montaña me producían la misma sensación, exaltaban en mí al mismo tiempo el temor y la avidez. Después de cruzar los últimos pastos, descansaba los pies, sin las botas, en la hierba corta, dura y perfumada. Ascendíamos hacia las crestas pedregosas, secas por el sol y el hielo. Eran nuestras cumbres y se asemejaban todas unas a otras. A nuestro paso, las piedras resbalaban hacia los barrancos. Iba, casi siempre, entre los primeros en llegar y entre los últimos en descender: mis largas piernas no controlaban bien los tobillos, apenas protegidos por las botas, y tropezaba continuamente en la bajada.

Para mí, una meta era igual que las otras; durante las caminatas me agitaban violentas ideas que a veces se volvían emociones: llegar de los primeros, bajar de los últimos, hablar con el muchacho que me gustaba, pero, sobre todo, la vida, con su nacer y morir, y cómo vivirla. Como si los pedregales desolados que se desmoronaban bajo las botas en cantos cada vez más pequeños según nos acercábamos a la cumbre fueran uno de esos símbolos que me fascinaba encontrar en los libros.

Hablando con mi madre, ya anciana, traté de reconstruir los itinerarios de aquellas excursiones, pero, con excepción de las montañas, yo no distinguía los lugares, los pueblos, los campos, el lago. Ella, en cambio, se desenvolvía con facilidad: aquella aldea era tal, en aquella otra se detuvo con su padre, que la llevaba de caminata y que le enseñó a golpear el suelo con el bastón para espantar las serpientes. Citaba los nombres con su infalible precisión geográfica (las vocales de Angrogna pronunciadas con exactitud), los nombres de sitios concretos, calles, puentes, todos diferentes unos de otros y cada uno con un recuerdo distinto.

Para mí, la memoria era una sola, desnuda y dura como la roca: la necesidad que tenía de los demás —para adelantarlos caminando, para darles la mano, para hablarles, para tocarlos— y mi inferioridad respecto a ellos.

Escribía en mi diario: «Necesito ejercitar mi personalidad con los demás, oponiéndome cuando no consigo dominarlos, o en relaciones de

amistad donde yo soy la más fuerte».

Volvía de las excursiones como se vuelve de una aventura definitiva, y, mientras arrastraba los pies doloridos en los últimos kilómetros del camino, a menudo caía en una depresión abismal: una vez más no había conseguido un acercamiento a los demás.

A decir verdad, no había diferencia entre mis fantasías y el desarrollo de esa realidad, temida y anhelada al mismo tiempo, sino, todo lo más, un contraste entre mis ambiciones y la implacabilidad que condicionaba su éxito.

Por lo demás, la fuerza y la intensidad con la que me representaba la vida (y gozaba de las representaciones de la vida) y la fuerza y la intensidad con las que vivía y trataba de imponerme eran ambas pulsiones de mi yo, y no solo no combatían entre sí, sino que coexistían sin rasgos esquizoides y sin ninguna adherencia siamesa. Como ya de pequeña me fascinaba la belleza de las mentiras que me inventaba, pero que nunca confundía con la realidad, de mayor viví calzándome de vez en cuando mi par de botas, a veces haciendo las siete leguas, y otras, solo dos pulgadas; pero el inmenso salto de siete leguas nunca se vio afectado por la enorme paciencia que requerían las dos pulgadas.

La coexistencia paralela de práctica e imaginación, que en mí era perfecta, complicaba mis relaciones con los demás; hubiera querido que me aceptaran completamente, y de vez en cuando me sorprendía —y, por tanto, me aislaba— que para ser aceptada tuviera que reducirme, reprimirme, castrarme. Quizá por eso me parecía que la forma de sentirme entera era interpretando. Sobre todo, ser al final agradable en mi totalidad.

Sin embargo, algunas veces sentía una nostalgia de reunión (de «retorno», la llamo, y de nuevo esta *Sehnsucht* se convierte en una nostalgia litúrgica por volver a la playa luminosa e inmensa de la infancia), y no solo eso, sino que también sentía coherente que a tal ansiado armisticio yo le diera forma de privilegio, lo considerara una elección.

A escribir empecé relativamente tarde. Escribí primero algunos poemas de los que he conservado tan solo dos. Tenía un diario donde me narraba a mí misma. Con dieciocho años se consideraba vergonzoso tener, fuera cual fuera el motivo, problemas psicológicos (la palabra no se utilizaba; en una carta a mi madre utilicé «psíquico»); así que no se hablaba de quien, por ejemplo, tuviese el tristemente célebre

«agotamiento nervioso». Era peor que la sífilis. Ocuparse de uno mismo, reflexionar sobre las propias contradicciones, era signo de carácter ambiguo y, por tanto, débil.

Aún con dieciocho años me puse a escribir una tragedia con una amiga. En aquel momento, me paralizaba una repulsión inmensa hacia la lectura. En los años precedentes, había leído la biblioteca del abuelo —casi toda en francés— y todo libro o página que me salía al paso. La abuela, que había exiliado en el estante más alto a Zola, considerado peligroso (leí *Naná* de pie en la puerta de su habitación, cuando todavía no había descubierto el uso de la linterna para, por las noches, alumbrar debajo de las mantas los libros prohibidos), en cambio, me prestaba aquellas novelitas románticas que mi madre consideraba repugnantes. Ella sí me dejaba leer cualquier libro, siempre que fuera un libro de autor, un «buen» libro. Recuerdo haber leído, acurrucada delante de la estufa encendida de su habitación durante una de sus estancias navideñas, de principio a fin, *Les dames galantes* de Brantôme. Interpreté el dolor de muelas que me dio al finalizar la lectura como el merecido castigo divino.

Sorteando las prohibiciones de una y otra leí todo lo que cayó en mis manos de la casa, excepto los numerosos libros de geografía. Leyendo, descubrí que don Carlos tenía joroba, desagradable descubrimiento, puesto que por entonces no soportaba las jorobas de la historia. Descubrí también, en el documento de la autopsia de Napoleón, que este tenía los genitales muy pequeños. Ignoraba todo respecto a ese tema, pues perdí con aquella lejana traición de mi amiguito finlandés la oportunidad de informarme, mientras que sabía mucho, precisamente gracias a *Les dames galantes,* acerca de las medidas femeninas. Me pareció percibir, sin embargo, cierto desajuste, cierta extrañeza, en el caso de que un hombre grande tuviera los órganos genitales pequeños, es decir, la constatación de que ese detalle no se consideraba «bello». Por lo demás, Napoleón no me interesaba —a mí me gustaba Athos—, como no me interesaba Luis XIV o Alejandro Magno.

Me sentía atraída por el bullicio de los pueblos, de los desfiles, del galope de las caballerías por la noche, de la multitud reunida en la catedral para cantar el tedeum, por el tumulto que acompañaba y rodeaba cada acontecimiento, por el *remue-ménage,* habría dicho la abuela, a la que le encantaba menospreciar a los demás, sobre todo a los grandes hombres. A mí no me molestaba verlos en gorro de dormir,

siempre que quedase demostrado que incluso en gorro de dormir merecían lisonjas y reverencias. Y estaba dividida entre el odio a la *Grande Armée,* engullida por la nieve rusa, y la admiración por los zapadores, que inmersos en el gélido Berésina habían permitido, con su incesante trabajo de reparación, la huida de los compañeros por el puente de madera. No conseguía jamás ponerme de una parte o de la otra, porque en cuanto los vencedores eran vencidos me tocaba cambiar de bandera.

Leía a Julio Verne, pero no me interesaba la geografía; quizá estaba convencida de que esta era algo que se podían haber inventado fácilmente. Además, ¿acaso no me he movido siempre por ciudades desconocidas con la intuición topográfica de quien las hubiera diseñado y construido él mismo?

El chirrido de las ruedas de un tren por la noche me trae aún hoy sensaciones de la infancia; las llanuras, las montañas, los ríos, las luces de las estaciones donde se percibe el rumor de los viajes. Las ciudades a las que llego y de las que parto son siempre una estación; mientras pasa el tren, veo aparecer anónimas montañas, ríos, llanuras, y veo a lo lejos, detrás de ventanas iluminadas, a otros en su precaria e ilusoria inmovilidad, puesto que también ellos están en el tren y viajan conmigo.

No, no me importaban los mapas, banales sustitutos de la invención. O sencillamente negaba el cambio, la transmutación, por una especie de pereza, la misma que me sorprendió cuando aprendí una lengua tras otra, y que me impidió reconocer en la palabra *Römer* a los más que obvios romanos.

Cada lengua tenía sus intraducibles y no intercambiables características. En cada lengua yo era diferente. Cada lengua tenía su momento.

Recuerdo la terrible sensación de impotencia que sentí una vez, en los primeros meses en Torre Pellice, cuando un empleado, en el primer piso, me preguntó por la abuela; entendí la pregunta, pero no fui capaz de explicarle que la abuela estaba arriba, en su habitación. Las palabras yacían muertas en la boca; estaba paralizada entre una vida y la otra.

Durante años, ninguna lengua me resultaba bella en especial; todas eran necesarias. Asimismo, cuando enseguida me acostumbré al uso escolar del italiano y comencé a divertirme con mis redacciones (aunque me quedaron para siempre algunas dudas ortográficas y sintácticas debidas al hecho de que había aprendido de manera simultánea el

italiano y el francés), me limitó una, diríamos, falta de adhesión interior a los medios técnicos del idioma; por ejemplo, no conseguía recitar a la perfección un poema en italiano, pese a mi buena memoria. A veces me daba cuenta de que algunas frases sonaban mejor que otras, pero no sabía decir por qué.

Recuerdo bien cuando comprendí que las palabras colocadas de cierta manera —de la forma absolutamente necesaria— eran hermosas. Releyendo por enésima vez el *Don Carlos* (leía y releía los libros que me impresionaban, los llevaba conmigo a todas partes, no me importaba el nombre de los autores, me saltaba salvajemente las páginas que no me interesaban), en la edición escolar en la que lo había estudiado mi madre en magisterio, volví a la escena en que el príncipe ve por última vez a Isabel de Valois y le dice: *So sehen wir uns wieder* («volveremos a encontrarnos»). Repetía las frases que me conmovían. Sentía la pausa después del *so* y la prolongación hacia la muerte del *wieder* final. No me afectaba que el príncipe estuviera a punto de morir —acontecimiento habitual en los dramas teatrales—, sino la forma ineluctable en que las palabras estaban unidas o separadas entre sí, aquellas palabras y de aquella forma.

Después llegó el momento del italiano, tarde, como dije. De los textos leídos en la escuela recuerdo haber releído varias veces el duelo de Tancredi y Clorinda y el encierro del Príncipe. Ya en la universidad, cuando escuché a Pastonchi[22] recitar el canto XXVI del *Infierno*, tuve una iluminación sobre Dante.

Leía y releía los cantos de Leopardi, cantos que me regaló un joven estudiante que nos había dado clase de latín durante los años de la escuela secundaria, porque mi madre temía que no consiguiéramos seguir el ritmo del curso. Este chico, mucho más mayor que yo, casi un jovencito cuando yo tenía doce años, me escribió durante mucho tiempo larguísimas cartas que yo quemaba en la estufa. Sentía por mí una fiel admiración, pero yo, que tanto deseaba ser admirada, sentía un profundo disgusto porque, como siempre, la mera sospecha de que alguien no correspondido se enamorase de mí me producía tanto terror y desconcierto como si me hallase ante un incesto.

Así que el italiano acabó siendo el esperanto en el que me decidí a escribir. El primer drama fue una composición histórica, como las que se representaban el 17 de febrero, igual que los dramas de Schiller. Se desarrollaba en la España de la Inquisición, entre protestantes y

católicos. Había mucho diálogo. Todos eran muy ingeniosos, incluso los guardias, los protestantes un poco más que los católicos.

En aquella época había empezado a ir al cine todos los domingos por la tarde, y mi pasión por el espectáculo se afianzó de manera definitiva. El cine no solo me transmitía su influencia, sino que parecía revolver en el fondo de mis fantasías y sacar a la luz relaciones e imágenes que estaban ocultas. Daba impulso a mi mundo fantástico, le abría calles, le daba sentidos inesperados, referencias oblicuas en las que hasta el momento no había pensado.

Terminada aquella primera pieza teatral, empecé a pensar en una película sobre la historia valdense. Me sentía empujada por un impulso polémico hacia aquella isla cuya cerrazón y mezquindad odiaba, quería discutir con los padres, contestarles, hacerlos descender de su pedestal. Por otra parte, me estimulaba la perfección de su historia, perfección en la que parecía reflejarse una necesidad mía que no me importaba reconocer.

Mi proyecto nació de la lectura de un texto de la Sociedad de Estudios Valdenses acerca del *Glorioso rimpatrio*[23]; además había encontrado dos víctimas del 1686, que se llamaban como las hermanas del abuelo, Madeleine y Catherine Coïsson. Este eco renovado del saludo del primo de Angrogna había tenido, sin duda, su influencia en mi inspiración. La película debería haber sido un wéstern en el que, al final, los buenos vencen a los malos, pero se quedó en unas cuantas notas de entonces, y cuando a los veintiún años dejé los valles no volví a pensar en ello hasta que una tarde, treinta años después, me vino de pronto a la memoria durante una cena en el Po con unos amigos, en la que se habló de los valdenses.

Mientras les contaba cómo mis antepasados, a gatas, sujetándose unos a otros por los calzones, escapaban de noche del asedio enemigo en la Balsiglia, y maldecían en susurros al joven cocinero a quien se le había caído la cacerola, que rodó sobre las piedras hasta los campamentos donde dormían los franceses, me di cuenta de que no había olvidado nada. Era casi como si el Dios *barbetto* hubiera saltado de forma inadvertida de la Val d'Angrogna y se hubiera sumergido en mi alma para fermentar como el vino en las cubas. Cada imagen estaba ahí, fresca, entera, como pensada justo el día anterior.

No volví a Torre Pellice más que algunas ocasiones justo después de mi boda y después para alguna visita fortuita. La casa, que se repartió

entre mi madre y mi tío, quedó deshabitada en la parte que le tocó a mi madre. El jardín había perdido algún peral o algún manzano, el enorme cerezo junto a la entrada —había otro más pequeño un poco más allá— y la higuera debajo de la que leía, imaginándome que iba bajo las velas de un barco y que la hierba era el oleaje del océano. Alrededor habían construido más casas, y poco más allá de la valla del jardín discurría la ruidosa carretera de circunvalación, allí donde antaño se extendían los campos hasta el Pellice.

Por lo demás, no había vuelto a pensar, más que muy rara vez y por motivos muy concretos, en mi adolescencia y mi juventud; por el contrario, mi infancia —convertida ya en historia y, por tanto, bien distanciada de mí— no había dejado de perseguirme cuando tuve hijos y mientras los criaba. Los tiempos sucesivos, en su caótico devenir, los había convertido en un amasijo confuso en el que apenas conseguía recordar la fecha de mi boda, la del nacimiento de mis hijos y las mudanzas. Ni siquiera los años en los que había dado clase en esta o aquella escuela. Todas las veces que tuve que hacer documentos tuve que empezar desde el principio a contar y a recuperar fechas. Mi óptima memoria solo servía para la página escrita, la imagen vista o la inventada.

Cuando se me ocurría releer mi diario, o las cartas a mi madre que había conseguido recuperar, me parecía distinguir guiños mafiosos a mi yo adolescente, como si dos cómplices se enfrentasen entre líneas; cada uno sabía algo que podía comprometer al otro, pero los dos callaban por su propio bien.

Podría ser que tuviese la sensación de que los sucesos, así como la felicidad e infelicidad comentadas y anotadas, rozaran en realidad lo no esencial; la sensación de que lo esencial fuera a revelarse más tarde. ¿Era ese el secreto por el que se entendían los dos cómplices?

Recuerdo la primera vez que me dije: «Soy feliz». Tenía diecisiete años y corría por el jardín; era mayo o quizá ya principios de julio —la hierba estaba aún corta o quizá ya la habían segado— y de repente, por primera vez, el futuro me colmó: Aldo estaba a punto de regresar de Roma, hoy se diría «mi chico», pero entonces no había una palabra para designar en voz alta al enamorado. El verano me esperaba, largo, interminable; en el jardín de la abuela besaba a escondidas las rosas en su vientre suave y perfumado.

Pero tanto la felicidad como la infelicidad no eran más que un

arañazo en una superficie lisa: nada, en realidad, conseguía clavarse hasta lo más profundo de la ameba que esta superficie protegía. Los acontecimientos se estrellaban contra ella, eran absorbidos, transformados, digeridos, y dejaban la intimidad informe extenderse o contraerse según sus propias reglas y necesidades.

Del tiempo de la guerra recuerdo los días de otoño en Torre Pellice, las tardes con los perros ladrando en los campos umbríos, y la niebla, que olía a las chimeneas encendidas de las casas. Y también las luminosas jornadas de marzo sin sombras en el jardín y, en lo profundo del valle, el cielo, mordido por el sol y el viento, por encima de las montañas.

En todo mi diario solo aparecen dos fechas que se refieran a hechos de aquellos años. Quizá el desasosiego que siento al releerlos, la reluctancia a recordar, radiquen justo en esos límites de mi memoria, en el hecho de haberse disuelto en la expectativa de la realidad cualquier sentimiento que no me fuese propio. Estaba detenida a la entrada de mí misma.

Lo único que me trastornaba de verdad, hasta la médula, era la ira y la piedad, ambas incongruentes pseudópodos de la susodicha ameba.

Sentía una consciente pero fugaz piedad —tacaña, como la simpatía que alimentaba para mí, y precisamente nutrida por mi sentimiento de inferioridad— hacia cualquiera que por cualquier motivo fuese objeto de burla y acoso por parte de los demás, por los fuertes. Raramente osaba manifestar mi piedad.

Así ocurría con el joven profesor suplementario de letras, católico, sobrino del obispo de Pinerolo, que —a falta de algo mejor— nos daba clase en la escuela secundaria, en el Liceo-Ginnasio di Torre Pellice. Delgado, pálido, con los párpados un poco enrojecidos.

Una mañana le preguntó a una de mis compañeras, una alta y robusta campesina de San Giovanni que ya entonces decía que quería ser partera, qué le sugería la Madonna de Dresde representada en una foto de nuestro libro. Y ella se levantó con toda parsimonia y, con voz sonora y limpia, respondió: «Un ídolo».

En el estallido de carcajadas que siguió a esta respuesta —risotadas que podían parecer dirigidas a la ingenua campesina, pero que, sin embargo, iban todas dedicadas a él, al papista, que había creído que podría provocar, pero que había recibido el golpe—, me pareció distinguir entre sus párpados enrojecidos dos lágrimas y, oh, cómo hubiera deseado encontrar una respuesta consoladora y tener el valor de

dársela, pero no solo la Madonna de Dresde no me inspiraba nada, sino que, además de piedad, sentía cierta repugnancia por el sobrino del obispo de Pinerolo, tan feo, tan flaco y tan pálido.

Aquellos por los que sentía piedad me daban, a menudo, un poco de asco. Como aquel pobre de apellido valdense, un campesino de los montes de Torre Pellice, que prometía cigarrillos a mis compañeros de escuela a cambio de «citas».

Me lo contó precisamente uno de ellos; me contó incluso las veces que se iban en grupo con las bicicletas a Pinerolo, a un burdel, presumiendo de volver a casa «tan débiles que a duras penas podían sujetar el manillar de la bici».

Escuché tales confidencias sin pestañear. Me parecía indigno que se cobrasen por anticipado los cigarrillos de aquel pobrecillo, que los conseguiesen de un hombre que los esperaba escondido detrás de un arbusto —también allí iban en grupo—, y que lo persiguieran después hasta su casa con insultos y pedradas. Él huía clamando piedad, temía que alguien de su familia los oyese. En cuanto al servicio que debían haberle prestado —y que de forma ilícita le negaban—, no comprendía bien de qué se trataba. Por lo demás, aun estando intrigada, no me atreví a aclarar el asunto: el sexo era una enorme porquería, un tocarse húmedo y pegajoso, un expeler y recibir líquidos, un hacerse insultar y apedrear. Me parecía que nada de lo que me pasaba tenía que ver todavía con aquello, ni el pequeño truco descubierto por mi hermana al que dimos, en nuestro idioma particular, el nombre alemán de *das Schöne*, ni el escalofrío repentino de mi vientre cuando el chico que me perseguía, jugando, me agarró de pronto, ni siquiera mis desmesuradas fantasías.

Mis sentidos no dormían, sino que soñaban, entretenidos aún entonces más por la intensidad abrumadora de mis sueños que por las restricciones impuestas por la educación y por la época. A veces, se despertaban de manera inesperada con el cálido contacto de un brazo, incluso desconocido, o con la mirada imprevista y directa de alguien en quien no había reparado antes. Pero estaba demasiado atada a las exigencias absolutas de la belleza —la belleza del acto— para dar cancha a esos reclamos.

En mi diario se repite durante tres años la fecha 20 de junio en la que en 1943 me enamoré de alguien que aparece identificado con única inicial: *A*.

Había estado enamorada antes y lo estaría después; sin embargo, este

amor, repetido en tres fechas, tuvo una importancia singular porque me empujó por fin a enfrentarme a mí misma. Había sido esta la razón principal para actualizar mi diario de manera continua. Por supuesto, dicho esto, este diario ante todo lo excluía a él, a mi A., condenándolo al mundo incorpóreo de mis fantasmas, y para nada cuenta el intenso olor del aire invernal de un día espléndido de diciembre en el que nos paramos a mediodía a descansar al sol en el tejado de una cabaña medio enterrada en la nieve. Sin embargo, aquel amor se separó de mí tan completamente como se seca la arena después de una violenta tormenta de verano. No porque no fuese entonces un amor intenso y doloroso —grande y no correspondido—, sino porque no influyó en mi intimidad más allá de las torpes, a veces lúcidas, páginas de mi diario. Pertenecía por entero a mi narración interior, que me mantuvo en la adolescencia más tiempo del habitual antes de que empezase a escribir. Precisamente era, más que un reconocible impulso de los sentidos, el olor del aire de invierno y el sonido de un nocturno de Chopin tocado por Giuseppe y, por tanto, también esto me conducía tan solo a mí misma. Podría decirse que fue el primer intento, un poco frígido, de quererme a mí misma.

Citaba: *Ce n'est pas un amour, l'amour trouve sa fin dans un acte; c'est une nostalgie, c'est avoir le mal d'un être comme on a le mal d'un pays. Et ceci est sans remède*.

El 5 de junio de 1944 escribía en mi diario: «Roma ha caído. ¡Y la han defendido soldados alemanes!». Siguen otros cuatro signos de exclamación y una cita en latín (preparaba las obras completas de Horacio para el examen de Literatura Latina); luego seguía: «¿Dónde están los italianos? En los campos de batalla de África, de Rusia, de Grecia. Los italianos de Italia han traicionado a su patria. Solo los muertos han sido italianos de verdad».

Dos semanas después, pedaleaba con mi amigo Giorgio de vuelta de Pinerolo, adonde habíamos ido en bicicleta a por los planos de los cuarteles del pueblo. Estos planos, en hojas bastante grandes, Giorgio se los metió en el bolsillo. Yo pedaleaba a su lado porque con mi presencia él levantaba menos sospechas en los distintos puestos de control que teníamos que cruzar. Él llevaba encima el documento que lo eximía del servicio militar como estudiante de Teología Valdense.

No me quedó del todo claro por qué le acompañaba. Pero me traía sin cuidado. Teníamos muchas cosas que contarnos Giorgio y yo, y yo solía buscar con gusto momentos para discutir un poco con él.

En casa estábamos demasiado absortos en nuestros conflictos internos como para prestar atención a los externos. La abuela consideraba la guerra una inútil y dañina ocupación de los grandes hombres. El antifascismo burlón de mi madre me irritaba; sabía que fue fascista en 1920, una de las primeras inscritas fascistas de Génova, donde entonces enseñaba, y le notaba una cierta frivolidad. Yo no sabía nada de la historia del primer antifascismo; la abuela me contaba que el abuelo se esfumaba deprisa cuando se topaba con un escuadrón de niños fascistas, no solo porque abominaba el fascismo, sino para no tener que saludar a aquellos *morveux* armados.

De él también me contó que, en el armisticio de 1918, cuando la mujer del servicio se precipitó en la casa gritando que la guerra había terminado, mientras todos salieron a la plaza a celebrarlo, él no: la guerra no la había querido y ahora no iba a celebrar aquella sangrienta victoria.

La abuela, por supuesto, era republicana; yo estaba dividida entre mi amor secreto por Pedro de Yugoslavia (fotografiado con uniforme blanco junto al féretro de su padre) y el disgusto por la incomprensible devoción de muchos valdenses por el poco elegante Saboya. Se jactaban incluso de que la realeza prefería las criadas valdenses antes que cualesquiera otras.

El fascismo y sus costumbres —sábado fascista, los temas sobre el Duce, ejercicios de gimnasia— me atrapó en Italia al son enfermizo y difuso de *Faccetta nera.* Al mismo tiempo me quedé atrapada en toda una serie de costumbres completamente nuevas que yo no distinguía de las fascistas. Para mí todas eran costumbres *italianas*. Sin embargo, los valdenses festejaban todavía, bien o mal, las fiestas del 17 de febrero o del 15 de agosto, en las que un gran desfile colectivo celebraba la *Glorieuse rentrée*, y esas fiestas seguían siendo para mí mucho más significativas que la impuesta del 28 de octubre[24].

Aun así, las manifestaciones multitudinarias, sobre todo en las películas, encajaban con mis gustos teatrales. La autoridad me parecía injusta cuanto más cercana la tenía, y según se iba alejando adquiría la dignidad y la potestad de una entidad moral. Estaba dispuesta a obedecer y consideraba esa obediencia ni más ni menos que uno de esos precios que, desde siempre, los adultos me habían hecho pagar para que yo pudiera —cumplido el deber— retirarme a un rincón a ocuparme de mis asuntos. Me sentía un poco culpable —un poco vil— cuando me refugiaba en mi rincón, pero consideraba un acto de virtud dejarme

arrastrar en un desfile de antorchas por la caída de Barcelona o asistir a la reunión de los sábados por la tarde.

Mussolini, por tanto, a mis ojos, era solo el Estado; a él fanfarrias y reverencias; un Estado que por desgracia tenía barriga y hacía muchas muecas, gestos que no pocas veces provocaban risas ahogadas en el cine, durante los informativos Luce. Lo que me incomodaba, como las bromas de mi madre, era que, aunque los italianos caminasen al paso de la oca, los seguía encontrando ridículos de todo corazón.

Por el aún más lejano Hitler, sentía una especie de repugnancia: aquellos discursos vociferados y su forma de ser alemán no se correspondían para nada con todo aquello en lo que fui educada.

Una vez, a los quince años, gané por casualidad los Ludi juveniles de Torre Pellice con un tema que no recuerdo. Fui a recoger el premio —el libro *La historia de San Michele* de Axel Munthe— a la sede local del *fascio*, me parece que en la escuela elemental. Me hicieron pasar a una salita vacía donde el joven delegado fascista de Torre Pellice tenía que entregarme el libro. Era poco más que un niño, pálido, con sus ojos azules clarísimos sobre la piel blanca. Se le conocía por ser fascista convencido. Cogió el libro con una mano y, escrutándome el rostro con sus ojos distantes, me alabó brevemente por el tema, luego me preguntó, brusco, que cuál era mi fe fascista. Justo así: mi fe fascista. En aquel momento, ya lo he dicho, yo intentaba a toda costa adaptarme (siempre y cuando no me invadiera uno de mis ataques de cólera fulminante), busqué desesperadamente una respuesta válida, pero no se me ocurrió nada y me quedé callada. Entonces él levantó los hombros y apretó los labios en una mueca amarga. Con esa misma mueca amarga —imagino— murió destrozado por la muchedumbre, delante de la Porta Nuova, en los últimos días de abril de 1945.

De aquel encuentro me quedó en la memoria una leve sensación de piedad, pero no de esa que me conmovía: aun con sus botas deterioradas, él todavía estaba, aunque conseguí decepcionarlo, en el bando de los más fuertes. Esa misma sutil sensación la sentí también por el vicepresidente, tímido y culto, del Liceo-Ginnasio Valdese, al que tuve que llevar, según la ley, una declaración de raza mixta o de no ser aria —no recuerdo los términos— y que, con la cara roja y muy incómodo (creo que había sido alumno del abuelo), tuvo que, según la ley, recibirla.

La mañana del 25 de julio de 1943, me desperté temprano y bajé en pijama a escuchar la radio a escondidas. Fui, por tanto, la primera en

casa en enterarse de la caída de Mussolini; pero, cuando comuniqué la noticia a la abuela y a mi madre, no me creyeron: era capaz de inventarme incluso el fin del mundo. Tuve la revancha pocos minutos después, cuando la radio repitió la noticia. Mi madre, entonces, en camisón y pantuflas, se lanzó a la calle gritando: «¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Ha caído!».

Me dejó escandalizada. No daba crédito. No menos escandalizada quedé dos meses después, el 8 de septiembre, cuando la población saqueó el cuartel y me crucé con una muchacha bastante rica —y valdense— con un par de esquís a la espalda por la calleja que del cuartel subía al pueblo. Detrás de ella, Sergio Toja, que fue el primero, tiempo después, en morir como partisano, empujaba una carretilla cargada de armas.

Aquella misma carretilla la trajo una noche hasta nuestra casa, donde, sin que se enterase la abuela, enterramos las armas en el sótano. No consigo recordar a través de qué intermediario planeamos la operación; conocía muy poco a Sergio, que era dos años mayor que yo. Por otra parte, escondimos también, bajo las tejas del tejado, varios números de *Giustizia e Libertà* de Alberto[25], que a él parecían importarle muchísimo y que yo no llegué a leer jamás.

Todo me parecía incoherente. No veía relación entre los acontecimientos, que no se correspondían en absoluto con lo que había estudiado en Historia, a lo que sí correspondían, en cambio, las masas enardecidas y los ejércitos bien organizados.

De nuevo me pareció extraño —y también escandaloso— que cada 8 de septiembre la abuela hiciera vestirse con las ropas civiles del abuelo y del tío a algunos soldados «desertores». Y por si fuera poco ni siquiera en casa. Les daba las ropas y los hacía desnudarse, calzoncillos incluidos, en el zaguán detrás de la clemátide.

Durante aquel tiempo conocí a un antifascista, mi profesor de italiano, el pastor Francesco Lo Bue, a quien aún no llamábamos con el apelativo amistoso Franchi, que empezamos a usar después. Sabíamos que estaba vigilado.

Lo observaba con atención cuando daba la espalda a la clase muy despacio y miraba afuera mientras la radio, como era su obligación, transmitía algún comunicado extraordinario.

Con la misma impasibilidad, la barba larga, la mirada apagada, quizá todavía perdido en alguna bebida nocturna (cuyo olor a veces aún se

percibía) o en sus estudios de teología, entraba en clase y pasaba despacio entre nuestros brazos alzados en el saludo fascista.

Me irritaba la lentitud con la que avanzábamos en el programa —en febrero, en primero del liceo, todavía estábamos con san Francisco, anotando las observaciones que Lo Bue nos dictaba—, aunque sentía por esa misma lentitud una especie de respeto. Me encontraba por vez primera ante la calidad del estudio y la indiferencia por el tiempo. Advertía que, sin que él lo demostrase de ninguna manera, me prestaba una especial atención. En una redacción mía sobre Cecco Angiolieri, en un largo comentario junto a la calificación que me había puesto, en el que destacaba que mi opinión ya la había expresado, y con mayor pericia crítica, Flora (a quien no conocíamos), la palabra «pericia» sustituía a «sensibilidad», que la había escrito antes y después tachado. Aquel tachón fue el primer reconocimiento literario que recibí.

En aquella época empezó la resistencia en nuestros valles. Uno de los grupos fundadores había nacido, por pura casualidad, cerca de nosotros, en la Via Dagotti.

Alquilábamos una habitación a un joven, novio de Marisa, vecina nuestra y de nuestra edad. Era un hombre hecho y derecho —por eso me parecía muy curioso que él hubiera elegido a Marisa—, oficial de los alpinos. Entré una vez en su habitación con una taza de té, y lo encontré con otros dos. Habían desplegado en la cama un enorme mapa del valle y marcaban puntos con un lápiz. Relacioné el mapa y las marcas con conversaciones y discursos, y allí, en aquella habitación llena de humo de tabaco, vi por primera vez —pero no quise creerlo ni participar— a adultos desobedeciendo.

Con la misma extrañeza, como si se tratase de algo que no me concernía, me encontré una mañana, meses después, a Lo Bue, que venía del pueblo, trastabillando. Pensé que iba bebido. Me paró y dijo:

—¿Sabes que Sergio ha muerto?

—Lo sé —respondí.

Estaba un poco preocupada por las armas enterradas en el sótano. La tía holandesa —que no sabía nada del asunto— amenazaba todos los días con denunciarnos tanto por nuestro padre judío como por nuestras amistades. Me pregunté quién vendría entonces a retirar las armas, ahora que Sergio había muerto. No sentí dolor por su muerte, pero sí ese sentimiento de culpa que se siente de joven cuando muere alguien de tu edad.

No supe qué decirle a Lo Bue, me despedí y seguí hacia el pueblo. Mientras caminaba, una intuición empezó poco a poco a abrirse camino en mí: Franchi no estaba borracho; tropezaba porque estaba desesperado. Se arrepentía por haber encaminado a Sergio hacia la muerte con sus propias enseñanzas. Arrepentimiento absurdo, me decía: cada uno es responsable de sí mismo a cualquier edad. De nuevo sentí, sin embargo, respecto a Franchi, que trastabillaba como si le hubieran disparado junto a Sergio, esa especie de respeto. En su desequilibrio entendí, claramente, la desesperación de la verdadera piedad, aquella que todavía se me negaba, puesto que seguía compadeciéndome solo aquellos en los que conseguía personificarme.

Desaprobaba la locura de la empresa en la que Sergio había perdido la vida. Después, desaprobé casi todas las actividades partisanas que hubo en nuestros valles. Al menos, aquellas de las que tuve conocimiento. Las consideraba mal tramadas, desordenadas, peligrosas en vano. Cuando Franchi me explicó que incluso trataban de abrir otro frente para mantener ocupados a los alemanes, pensé —y se lo dije— en la desproporción entre la eficacia y el número de los alemanes y la escasez desorganizada de los partisanos.

Corría la voz por Torre Pellice de que los únicos bien preparados y suficientemente armados eran los garibaldinos de Luserna —los comunistas—, ignoro si porque lo estaban de verdad o si porque así resultaron en comparación con los de Giustizia e Libertà. Mis amigos estaban todos en grupos de esta última formación, no sabía nada concreto sobre los garibaldinos de Luserna. Se contaba que eran gente sin escrúpulos, obreros de las fábricas textiles, desertores rusos y soldados meridionales atrapados en el Piamonte, pero eso no me escandalizaba; los escrúpulos eran un obstáculo para acciones que yo misma, sin embargo, afrontaba solo en teoría. Me pareció atroz la ejecución de una familia fascista de Torre Pellice —se dice que a manos de Giustizia e Libertà—, asesinato que indignó a todos. Pero, aunque me revolviese la brutalidad del hecho, me sentía tentada a considerar lógico que de inmediato fuese asesinada en la cama del hospital, por sicarios desconocidos, la mujer que quizá habría podido dar los nombres de los ejecutores.

Que la chica rica se llevase los esquís lo consideraba reprobable, y de igual modo reprobable el riesgo inútil, el desinterés por la vida; viendo un carrito de recién nacidos en el pasillo de una maternidad, me sentía

satisfecha como delante de la vitrina de una pastelería. Jamás se me habría podido pasar por la mente abortar.

Cuando los alemanes (en este caso los *Alpenjäger* austriacos) llegaron a Torre Pellice y, escondida en el ático en casa de Marisa, los vi desde la buhardilla, subiendo la calle en camiones para un rastreo por los valles, sentados inmóviles unos junto a otros, con el fusil entre las piernas, tuve la impresión de una enorme distancia. Estaban sentados en el camión descubiertos, con las espaldas un poco encorvadas, indiferentes como sacos grises de cemento. No reconocía en ellos el mundo del que seguramente venían Arminio y el patito feo —pero sabía adónde iban: iban a las montañas por las que había caminado con amigos y compañeros, mientras las piedras resbalaban bajo nuestras botas—. Iban indiferentes y armados. No podía ir con ellos. Por tanto, me quedé con los otros, no del todo fiel, como de costumbre. El *todo*, es más, se quedaba dentro de mí; la experiencia —como en adelante ocurrió a menudo— fue lo que decidió mis acciones, y no el *todo* que llevaba dentro.

Aquella mañana de junio de año 1944 pedaleaba junto a Giorgio, que llevaba los bolsillos llenos de mapas. Era la encargada de recordar de memoria los datos que sus informadores —dos merceras y un chaval con la barba roja— le pasaban. Él no se acordaba de nada y yo presumía de mi memoria de elefante. Sin embargo, no prestaba mucha atención a las cuestiones prácticas —en casa me asignaban los trabajos más rudos, lavar los platos o regar las patatas en la huerta—, por lo que tenía que estar muy pendiente de no confundir el número de ametralladoras con el de los fusiles y, de lo demás, solo reconocía el estallido del mortero. Todos los restantes disparos, para mí, eran solo eso, disparos.

En el puente de Bibiana nos detuvieron unos soldados italianos, bastante jóvenes. Giorgio dijo que eran «SS rojas».

Nos pidieron la documentación, pero el oficial que leyó el eximente de Giorgio no estaba del todo convencido. Preguntó con acento italiano:

—¿Teología? ¿Qué significa?

—Estudio para ser pastor —dijo Giorgio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—El cura de los valdenses.

—¿Y te vas de paseo con una muchacha? ¡Qué cura ni qué cura!

Así que se lo llevaron. Lo vi alejarse por el puente, a pie, empujando la bicicleta, entre los dos soldados. Lo llevaban a Bibiana, a unos dos

kilómetros, donde había también un comando alemán. Mientras cruzaba el puente, sus bolsillos me parecían increíblemente llenos y llamativos.

Apoyé la bicicleta en un banco y me senté. Estábamos, yo y las SS rojas, bajo un enorme castaño de Indias, justo al lado de la entrada del puente. Había una larga mesa con bancos y, cerca, la cocina del campamento.

Era un día de junio espléndido, debía de ser casi mediodía. Sentía los pies ligerísimos, una sensación que no he vuelto a tener desde entonces. Llevábamos las botas durante ocho meses y algunas veces, si teníamos que dormir en algún refugio improvisado, no nos las quitábamos ni siquiera de noche. La primera semana en la que nos poníamos zapatos, nuestros pies, por fin ligeros, anunciaban la primavera.

Estaban guisando una menestra con judías verdes y, mientras el aroma subía por las ramas del castaño, a mí me subía el hambre de la hora del almuerzo. Los soldados iban y venían, poniendo la mesa. Empecé a tragar saliva; cada vez más intenso y persuasivo me rodeaba el aroma de la comida. Por fin —había pasado una hora desde que se llevaron a Giorgio—, cuando trajeron la enorme olla a la mesa y se iban a sentar, pregunté:

—¿Me darían un plato? Tengo hambre.

Me hicieron sentar a la mesa y me llenaron la escudilla. Estábamos terminando la menestra cuando vi aparecer a Giorgio por el puente, empujando la bicicleta, todavía acompañado por los dos de antes. Sus bolsillos me parecieron aún llenos. Cuando llegaron a la mesa me dijo:

—Vamos. Todo en orden.

Así que nos fuimos con las bicicletas. Él pedaleaba en silencio y yo trataba en vano de que me contara qué había sucedido.

Lo contó un poco después, pero no a mí: lo habían llevado a Bibiana, al cuartel, lo hicieron esperar, después lo interrogaron: quién era, adónde iba y qué historia era esa de su documento eximente. Cuando estaban ya casi levantando la voz —aunque todavía no lo habían maltratado— llegó un oficial alemán —años después por fin decidió contarme el episodio a mí, y especificó que era «un oficial alemán guapísimo»—, el cual cogió la hoja y leyó la palabra «teología», y dijo riendo:

—*Ach ja, natürlich, Theologie, ja, ja. Theologie!*

Y, dándole una palmada en la espalda, lo liberó.

Luego, volviendo al puente, cuando se le empezó a pasar el miedo, se acordó de mí —leía mucho a Dostoievski, y además estaba un poco

enamorado de mí—, con las SS rojas, sola, abandonada, aterrorizada.

Al cruzar el puente me vio sentada a la mesa, y, como dijo él: «Haciendo honor a tu carácter, eras el centro de atención, ¡con todos aquellos soldados!».

Todavía me lo reprocha hoy, aquel plato de menestra de judías, como si fuera el plato de lentejas de Esaú. Podría decirle que conversaba para que se me pasara el miedo; eso le gustaría, él sabe que, cuando me deprimo, salgo a conversar; hablo con la panadera, con el carnicero, con la señora que me topo delante de un escaparate, doy consejos al joven encargado de la tienda de ropa, y con el portero charlo sobre política.

Sin embargo, esto no es del todo exacto; conversaba simplemente porque es agradable charlar cuando estás comiendo una menestra de judías; no recuerdo en realidad si mis SS rojas eran *guapísimos* como su oficial alemán; solo me acuerdo de la menestra. Además, estaba segura de que él iba a volver. Mi optimismo no carecía en el fondo de cierto sentido de la realidad, el cual en aquel tiempo iba ligado al instante y al imprevisto, y aquella mañana se reducía a la tropa que rodeaba la enorme mesa y la marmita debajo del castaño de Indias. ¿Seguro que era un castaño?

Dos semanas después, apresaron a Giorgio en Pinerolo por un chivatazo. Aquella vez yo no iba con él porque tuve que bajar a Turín para hacer un examen. Frecuentaba, por decirlo así, la Facultad de Letras —no pude asistir a más de cinco lecciones en locales siempre distintos porque la Universidad había sido bombardeada— y afrontaba las dificultades del desplazamiento (bombardeaban a menudo la estación de Porta Nuova y te arriesgabas a tener que hacer kilómetros a pie) solo en los días de examen.

Me enteré de lo ocurrido aquella misma tarde y me tocó ir a Pinerolo a buscarlo por todos los cuarteles. Que la brecha racial que seguía oculta en aquella declaración pudiera suponer un peligro no se nos ocurrió a ninguno, mucho menos a mí. Estaba furiosa con él, que se había dejado pillar de aquella forma tan idiota, en la casa adonde iba siempre (me llevó solo una vez), corriendo riesgos del todo inútiles. En cualquier caso, tenía que averiguar dónde lo tenían detenido presentándome —¡qué papel tan ridículo!— como su novia. No lo encontré: lo habían trasladado a Turín y, de allí, deportado a Alemania.

Le escribí una carta a la prisión; terminaba con estas palabras: «... pese a todo (la vuelta a los cuarteles de Pinerolo, que no había dejado de

reprocharle), te quiero mucho».

Mi carta estaba escrita en un papel muy fino y resistente. Se la llevó a Alemania y allí se la fumó entera —había aprendido a liarse cigarrillos y aún hoy lo hace— hasta que llegó a las palabras «te quiero mucho». Después, se las fumó también.

Hablando, riendo, llorando y comiendo cada vez que se podía, cuando se presentaba la oportunidad, escribiendo cartas y paseando con las botas puestas, pasé, pues, enamorada y desdichada, los años de la guerra como se pasa otro año cualquiera. Raramente los acontecimientos me atemorizaban o afectaban.

Solo tuve verdadero miedo una vez en Turín. Estaba cruzando el puente de la avenida Vittorio cuando empezó a sonar la prealarma y a continuación la alarma.

No me gustaban nada los refugios —todavía me acordaba de las horribles historias de los primeros bombardeos sobre Turín, cuyos destellos rojos vimos en un tierno cielo nocturno detrás de las ventanas temblorosas—, y trataba siempre de quedarme fuera hasta el último momento. Después, como también esta vez, cuando veía a alguien correr, me echaba a correr yo también. Llegué, junto con los demás, hasta la entrada de uno de los refugios excavados debajo del Monte dei Cappuccini, mientras por Mirafiori se oían las detonaciones de las primeras bombas. Sin embargo, cuando vi aquel agujero negro, traté de inmediato de separarme de la turba de gente para no tener que entrar. Pero la gente me levantó del suelo, empujándome por todas partes, y me arrastró adentro paralizada de terror.

En general, era una chica prudente, retraída, y a menudo mezquina. La prudencia me abandonaba de golpe en mis repentinos ataques de rabia. Mientras que mi piedad se dirigía, sobre todo, a los que sentía parecidos a mí, la rabia que me invadía era, en cambio, directa, ciega e irrefrenable contra el opresor, fuera quien fuera, y ahí perdía toda noción de distancia y prioridad. La rabia me hervía por dentro mientras pasaba, en un tranvía desviado a propósito, por delante de los ahorcados de la avenida Vinzaglio; la brutalidad de la escena era mayor cuanto mayor era mi sensación de impotencia, suscitada en aquel caso mucho más por los infames carteles clavados encima de los ahorcados que por la visión de sus cerosas caras de monigote.

Desde entonces me di cuenta de que mis repentinos ataques de cólera no tenían nada que ver con una clase de valentía consciente de su

objetivo; en cuanto me calmaba, me lamentaba por sus consecuencias, y no me sentía orgullosa, pero solo con gran dificultad conseguía dominarme.

Por un arranque de ira contra el profesor de lengua, que se había burlado de mi amiga Evi, me suspendieron en quinto de secundaria. Fui la primera chica de la escuela a la que se le había infligido una expulsión. Y en otra ocasión mucho más grave, además, arriesgué mi vida y la de mis compañeros.

Habían asesinado a uno de los militares fascistas de Torre Pellice, y el funeral —al que todo el pueblo estaba invitado— estaba previsto a las tres de la tarde. Poco antes de esa hora, se me ocurrió que tenía que decirle algo a una amiga que estaba en las «casas nuevas», es decir, en las casas de los profesores del colegio. Fui a toda prisa a buscarla. La calle estaba desierta y las ventanas tapadas por las persianas echadas. Cuando regresaba, al salir de las «casas nuevas» vi aparecer, al final de la calle, justo al lado del monumento de Arnaud, el funeral del fascista, un grupo pequeño de hombres en uniforme, con el ataúd a hombros. Me volví y entré corriendo de nuevo a la casa, pero cinco minutos después un fragor de golpes contra la puerta anunció la llegada de los fascistas. Nos llevaron afuera, a mi amiga, a su madre y a mí, y allí, un hombrecillo oscuro, gesticulante, nos obligó a hacer el saludo fascista al féretro del camarada caído: «¡Te he visto, carroña, que te escapabas a casa para no tener que saludar! ¡Carroña, como todas las demás carroñas de este pueblo!».

Delante del pequeño fascista vociferante empezó a subirme un notable rubor. Pensé: «Nunca, nunca jamás haré tu saludo». Luego vislumbré a mi lado a las dos mujeres, mi amiga y su madre lívidas —de hecho, las recuerdo verdes—, que levantaban el brazo tembloroso. Aquel temblor visible me devolvió de pronto cierta vergüenza de mí —pero no miedo, todavía— y levanté el brazo en el último saludo fascista de mi vida.

En cuanto la comitiva se alejó por la calle hacia el cementerio, mis compañeras —nos habíamos quedado de piedra, quietas delante de la casa— empezaron a insultarme. Aquello me afectó mucho más que la escena anterior, porque no soportaba que me llamaran «loca».

En las ocasiones en las que de alguna forma me daba cuenta de (o temía) que quedaba mal, en cualquier circunstancia que fuera, resultaban aplastados en lo más hondo mis valores y quedaba solo yo en primer

plano, yo con mis gestos torpes y mi apariencia desgraciada; solo estaba yo como para repararme o defenderme.

En el último invierno de la guerra, trabajé en Turín, donde Franchi me había encargado asistir (con la ayuda de un centro clandestino que funcionaba casi abiertamente con su habitual, y para mí terrible, imprudencia, en un palacio patricio, quizá en la Via Maria Vittoria) a los prófugos franceses alojados en las dependencias de San Paolo. Con las quinientas liras mensuales que ganaba en este trabajo, me mantenía en Turín, donde no estaba por los prófugos y mucho menos por el centro de la Via Maria Vittoria, sino por amor a mi querido A.

Durante las visitas a las dependencias cuartelarias —en aquel gélido invierno me salieron sabañones hasta detrás de las rodillas—, adonde de vez en cuando Franchi, con su barba y cargado de papeles falsos, me acompañaba, conocimos a una pareja de franceses no muy jóvenes. Su niña de tres meses, una criatura gris y demacrada, a quien la madre no podía amamantar, crecía mal y no era capaz de digerir la leche de vaca. Una vez que, de pie delante de ella, escuchábamos a la mujer contarnos, con palabras burdas —era una montañesa cerrada y orgullosa—, de la pequeña, a la que le estaba dando el biberón, la vimos echarse a llorar. Las lágrimas le arrasaron el rostro, pero no podía secárselas porque con una mano sostenía el biberón y con la otra a la niña; Franchi, entonces, con un gesto suave y delicado, cogió el biberón y lo mantuvo a la altura necesaria —era el mayor de una familia numerosísima— para que la mujer pudiese secarse los ojos mientras la niña seguía comiendo. Una vez más, me sorprendió su gesto. La criaturita me parecía poco adorable, envuelta en aquel tufillo ácido. La pobre murió poco después de pulmonía, pese a la leche en polvo que Franchi le había conseguido. Por encargo de él, me tocó llevar al funeral un enorme ramo de flores. Estaba furiosa porque tuve que coger el tranvía cargada con aquel grotesco regalo y participar en un incomprensible funeral católico, con los parientes llorando encima del minúsculo ataúd de la niña grisácea.

Cuando se marcharon me dejaron un poco de dinero de una colecta para que me ocupara de cuidar la tumba. Dejé pasar los días y, al final, indolente en mi culpa, me gasté el dinero. Nunca fui al cementerio, donde hubiera tenido que buscar —haciendo el ridículo— al guardián en aquella inmensidad de túmulos (donde la pequeña tenía su número) para preguntarle cómo llevar a cabo aquella costumbre.

Escribí en mi diario: «... me creen sensible; no es cierto: en realidad

soy de un orgullo infernal».

Tenía quince años cuando fui a la plaza el 10 de junio a escuchar el discurso de Mussolini, tenía veinte cuando vi marcharse a los alemanes de Torre Pellice. Esos que suelen llamarse «los mejores años de la vida» quedaron para mí entre esas dos fechas. La guerra y la lucha partisana formaron parte de mis días, del mismo modo que el olor del aire invernal y los aullidos de los perros las noches oscuras de noviembre.

Y de pronto era adulta, considerada adulta, como si los episodios vividos —es decir, los acontecimientos— me hubieran hecho madurar más deprisa. A menudo me pregunto si la mía fue una maduración artificial. Ni más ni menos que como esa que hoy tienen los jóvenes de los suburbios. La muerte de tus compañeros, aquella a quien viste colgada en la horca con el rostro lívido inclinado, puede darte el macabro optimismo de los viejos centenarios, una ilusoria sensación de poder, casi como si tuvieras en las manos tus conclusiones y no hubiera nada más que conseguir. Y de esa forma te da la libertad, conquistada pero no conocida, heredada, no de los padres, sino de los abuelos, propiedad que muchos de nosotros no éramos capaces de gestionar y que quedó, así, en manos de los padres.

Habíamos vivido como el príncipe heredero que envejece y engorda mientras el eterno y viejo soberano continúa gobernando y matando. Coqueteamos con los líderes de la Resistencia y les hablábamos de cuando defendimos la república y que también nosotros fuimos rebeldes. Pero nos gustaban los cigarros y las vacaciones en Biárriz. Por lo tanto, nos dejaron en paz, aunque fuéramos demasiado fértiles con los hijos.

De todas las contradicciones y tardías reflexiones que sembraron en mí la guerra y la Resistencia, es tal vez un pequeño síntoma premonitorio el siguiente breve episodio que quiero contar aquí.

En 1946 estábamos ocupados en una bacanal de funciones teatrales. Interpretábamos todos y de todo, unos mejor que otros, en compañías desorganizadas, sin apenas los rudimentos esenciales. Me gustaba tanto interpretar como dirigir. En Torre Pellice llevé a escena no *Hedda Gabler,* pobre de mí, sino *La luna se ha puesto*.

Cuando terminó la representación, volviendo a casa a medianoche, los actores, todavía vestidos con los uniformes alemanes y cruzando a paso marcial el pueblo casi desierto y oscuro, afligidos por un humor melancólico y sacrílego, entonamos con voz clara una canción de guerra alemana, casi para prolongar por la calle la función de poco antes.

Marchamos cantando hasta el cuartel que había junto a la escuela elemental. El cuartel estaba vacío y el portalón destrozado. Entramos en el patio y nos sentamos en los escalones. Poco a poco nos callamos, mirando la luna. En aquel momento fue cuando me di cuenta de que la guerra había terminado de verdad, pero que a ella pertenecía, como a nuestra propia juventud, aquella canción enemiga con la que estábamos condenados a llorar a los amores pasados y a los amigos muertos.

Con fecha 29 de abril encuentro en mi diario la anotación siguiente.

Torre Pellice acababa de ser liberada; los alemanes se habían marchado en sus camiones. Detrás del último corría algún fascista tratando de engancharse a los alerones del vehículo. Mi hermana y Marisa, cuando los partisanos llegaron a nuestra calle, salieron a su encuentro cargando en brazos los A-91 de algunos muchachos del Littorio[26], a quienes habían convencido para que se escondieran en los sótanos y después entregarse.

Nada más irse los alemanes, el pueblo se echó a la calle y pocas horas después, en los parques, ya se oía el bombo tocar. Se bailaba y se cantaba. Nadie prestó atención a un grupo de franceses que bajaba por el camino del Villar, cantando la *Marsellesa*, y que venían a ofrecernos que aprovecháramos la ocasión para librarnos también, *tout court,* de la dominación italiana.

Durante las horas siguientes a la marcha de los alemanes tuve por primera vez un miedo terrible. Estaba segura de que iban a volver para vengarse —¿acaso no volvería incluso yo?—; además, parado en el cruce de nuestra calleja con la calle principal, estaba todavía un carro cargado de municiones, alto, de una forma singular que recordaba a un quepis. Aquel carro lo habían dejado atrás los militares del Littorio que los últimos días habían ocupado nuestra casa, atascado el inodoro y escuchado ininterrumpidamente la radio. Yo me llevé al sótano mis libros, recogidos en una manta, y dormí con toda tranquilidad en un montón de paja. Ahora, sin embargo, temía que un disparo perdido rozase el carro y nos hiciera saltar por los aires con toda la casa.

En efecto, los alemanes volvieron, pero el disparo perdido, de mortero, creo, que no rozó el carro, reventó, a la entrada del pueblo, el primer camión de la caravana, que llevaba los lanzallamas, pulverizándolo. Al día siguiente la gente señalaba en los bordes del camino trocitos de cerebro pegados al pavimento.

Una vez superado el miedo, me derrumbé en un estado depresivo que

me acompañaba incluso cuando retomé mis caminatas por la montaña. Una vez más, la aventura me pasaba de largo y no era capaz de acogerla y disfrutarla; no era capaz de participar de la alegría general, y los años pasados, convertidos ya en historia hasta la victoria final —¡oh, bien, que has vencido al mal!—, me parecían otra vez una insensata montaña de cadáveres.

Fui al cementerio sola. En la entrada, justo en el atrio, me encontré al médico y al enterrador junto a unos féretros abiertos. Dentro había cadáveres rígidos, con el uniforme del Littorio.

De vuelta a casa escribí en mi diario:

> Torre, noche del 29 de abril de 1945
> Esta noche vosotros dormís en el cementerio, sin flores en las burdas cajas, sin lágrimas, alemanes y muchachos del Littorio. Hoy te he visto a ti, que no te conozco, metido en la caja, con la cara sucia de sangre y de tierra, la boca abierta como para gritar y tus manos abandonadas al lado del cuerpo, manos de niño, indefensas. Las otras tumbas de los partisanos estaban cubiertas de flores. Por las calles del pueblo hay banderas. Hermanos, perdonad esta alegría; hermanos, perdonad la sonrisa de las madres y esposas; hermanos, perdonad a los partisanos muertos, a lo que queda de ellos bajo tierra, vosotros que no dejáis nada, solos en un cementerio extranjero.

En el margen, con fecha 3 de julio de 1945 (había visto por casualidad, junto a la proyección de una película en Turín, el primer documental sobre los campos de concentración): «Campo de concentración de Buchenwald». Hermanos, ojalá tuviera «derecho» a perdonaros.

De los años precedentes un único grito me hirió profundamente, más allá de la barrera de la piedad cómplice y de la ira impotente, y me atravesó, todavía incierto, como un presentimiento. Un grito que quizá yo no habría pronunciado, pero que alguien me gritaba a mí.

Una noche los alemanes colgaron, entre la fonda de Evi y la báscula pública, a un chaval —creo que veneciano— de unos quince años que habían encontrado dormido de cansancio en la montaña junto al fusil. Evi oyó el jaleo al amanecer, se levantó y abrió la ventana. Entre la oscuridad que se iba aclarando escuchó al muchacho llamar a su madre. Cuando al día siguiente me lo contó, de pronto, me eché a llorar, pero las

lágrimas no venían de mis libros ni de mis imaginaciones, ni tampoco de más atrás, de la ya petrificada infancia, sino que brotaban de mi cuerpo, por primera vez consciente de sí mismo, dentro del cual habría querido esconder y proteger al muchacho desconocido.

Del final de mi padre nos llegaron noticias fiables casi diez años después, gracias a las indicaciones que consiguió mi hermana en un encuentro casual en los Estados Unidos con un primo lejano superviviente.

Mi padre y mi madre, ahora ya separados para siempre, habían vivido en Riga cada uno por su cuenta, vinculados por un largo proceso judicial precisamente porque los dos reclamaban la custodia de las hijas. Me encontré al alcance, una mañana, en la cómoda del salón, todo el papeleo de la sentencia de primer grado del divorcio; la copia estaba en alemán y la abuela seguramente ignoraba el contenido. Para mi sorpresa, la parte acusada era mi padre; en el elenco de acusaciones que las partes se intercambiaban: las listas de amantes atribuidos por el marido a la mujer —nombres desconocidos entre los que aparecía, por supuesto, el ya conocido español—, la enfermedad venérea que la querellada había contraído del querellante, el ojo morado testimoniado por la criada como prueba de los golpes que el «señor» le daba a la «señora» y el nacimiento de una hija ilegítima de mi padre.

No le hablé de aquellos documentos a mi hermana; ella, que cuando fue interrogada después de mí en el salón, me contradijo, me hubiera tachado sin duda de deslealtad, todavía yo era culpable de haber adivinado y traicionado. Pero, sobre todo, callé por vergüenza. Vergüenza por las dos partes que eran mi padre y mi madre, igual que aquellos derrotados hacia los que sentía asco y piedad al mismo tiempo.

La lectura de aquella sentencia no me libró de una pena aún más honda por mi madre. Compasión por ella, sorprendida en las pésimas mentiras que tenían que servirle para mantener en pie su orgullo. Y aquella fue, en realidad, la única piedad que sentí por ella, ya vieja, sentada dignamente con su traje beis y rosa, con el broche en el hombro, atenta a las cosas que se estaban diciendo, con la respuesta preparada y la memoria intacta.

Su infelicidad me sobrevolaba como una nube remota, alta y oscura. Ella nos escribía cartas de gran ternura, llegaba cargada de regalos. En los años de la guerra venía desde Bulgaria, donde dirigía un instituto de cultura italiano después de haber podido escapar, con unas peripecias, de

Letonia durante la ocupación soviética. Venía en viajes de trabajo, y traía las maletas llenas de azúcar, jamón, chocolate e incluso huevos. Pero, apenas llegaba —anhelada y esperadísima—, se refugiaba en su infelicidad y parecía siempre al borde de la desilusión. Solo a veces, en ocasiones puntuales, escuché un timbre sonoro y arrogante en su voz. Se pasaba horas encerrada en su habitación, fumaba muchísimo, leía, respondía irritada a la abuela, que, aun así, mostraba cierto respeto por ella, y no era nada afectuosa ni conmigo ni con mi hermana.

Entre ella y yo, los demás habían hecho de cortina. En primer lugar, las gobernantas que me habían educado de pequeña, después la abuela, y al final Sisi, que alguna vez aún conseguía hacerla reír.

Una vez, con quince años, me encontró llorando en el banco del jardín y me preguntó qué me pasaba. Me pasaba que había salido un rato antes con un vestido nuevo, y había visto en las miradas burlonas de algunos compañeros de clase que encontré en la plaza la confirmación de que el borde del vestido —escogido por mi madre porque (a ella le gustaba) se parecía a la túnica de la *Primavera* de Botticelli— era, en efecto, demasiado largo. No me atreví a insistir en que me lo acortaran un poco, así que respondí que era desdichada porque era fea.

Vi pasar por su rostro una compasión tímida, casi de disculpa, y me di cuenta de que buscaba unas palabras de consuelo. Al final, dijo: «¡Qué va; tienes un pelo precioso!».

A los dieciséis años fui una tarde a la peluquería y me corté las trenzas, que terminaban en un bucle tan perfecto que mis compañeras insinuaban que me los hacía con bigudíes. Cuando volví a casa con el pelo corto, mi madre solo observó, dócil como aquella tarde en el salón con mi padre: «¡Qué pena de tu precioso pelo!».

Otras veces, en cambio, estallaba en ataques repentinos y destructivos en los que parecía desahogar, como liberada, tormentas reprimidas, con un lenguaje violento e incluso soez, con la biblia en una mano y el arcabuz en la otra. Si le contestaba, ella, sorprendida, se retiraba ofendida por mi ira.

Nuestras disputas eran, no obstante, rarísimas (no me atrevía a enfrentarme a ella, y me quedaba al margen de su infelicidad) y a menudo se expresaban en cartas que nos dejábamos la una a la otra encima de la mesa. Si yo tardaba en volver de unas vacaciones —en general, ella no soportaba que tuviese vacaciones—, me escribía tarjetas furiosas, recordándome mis obligaciones. No se fiaba de la velocidad a la

que estudiaba y me acosaba respecto a la fecha de los exámenes, aunque yo no fuese para nada atrasada en los estudios.

Aparece mencionada dos veces en mi diario; en media página de quejas sobre la vida familiar: «... incluso una gata quiere a sus gatitos, y no se le ocurriría echarles en cara la leche que les da». Y, esta vez brevemente, en otra página: «... mi madre es una mujer querida».

De nuestro padre no habló nunca. Algunas veces, la abuela sí nos hablaba de él.

Una vez —contaba—, un conocido de la familia fue adonde vivía él con su hija, hija que la madre alemana —una enfermera— le había dejado para volverse a Alemania con un pasaporte racial «limpio». Él tenía que reunir dinero después de una quiebra y estaba vendiendo muebles y objetos. Cuando acompañaba al comprador por la casa, le preguntó —decía la abuela— si no querría también a Irene, la niña que lo seguía por todas partes aferrada (lo vi enseguida) a su bata.

En esa imagen pensé a menudo, y era la única que volvía de un pasado ya concluido, ahora sumergido en la espera de un futuro reparador; cuando ya era madre, cuando escribí mi primer libro, se lo dediqué a Irene, que murió con él a los seis años.

Creo que nada me liga a él sino el recuerdo de esa muerte y la voz jamás oída de la pequeña Irene.

Su muerte se quedó enterrada en mi vida como una semilla oculta y, según vivo y envejezco, ella va creciendo en el recuerdo de una forma no muy distinta a un largo amor; y, nutrida también por la ternura a los cuerpos infantiles de mis hijos, la ternura hacia sus gestos y sus risas, y hacia los cuerpos, gestos y risas de sus compañeros. De ahí nació, aunque tarde, como suele ocurrirme, mi piedad adulta, como nacen del jazmín sarmentoso las raíces para volver a la tierra que las ha generado. Las únicas raíces que reconozco como mías.

11 Se refiere a Cecilia King, escritora, crítica literaria, traductora e

italianista rusa.

[12] En francés en el original. Rábano picante.

[13] *Seiras del fieno* o *seirass*, requesón típico del Piamonte.

[14] Arminio o Hermann (16 o 17 a. C.-21 d. C.) fue un caudillo querusco, germánico de nacimiento, pero ciudadano de Roma. En septiembre del año 9, aniquiló al Ejército romano de Publio Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo.

[15] Arma antigua de artillería.

[16] Nombre burlón que en el Piamonte se da a los valdenses.

[17] Referencia bíblica a Isaías 105, 5: «¡Ay de ti, Assur, vara de mi ira!» (Nácar-Colunga).

[18] En francés en el original. «El látigo».

[19] Piccole e Giovani Italiane, organización fascista que agrupaba a las niñas de entre ocho y catorce años, para fomentar el espíritu nacional.

[20] «Pedregal», en dialecto piamontés.

[21] Referente al comediógrafo veneciano Carlo Goldoni.

[22] Francesco Pastonchi, poeta y crítico literario italiano.

[23] El *Glorioso rimpatrio* es el episodio, de 1689, del retorno de los valdenses a los valles alpinos, en el Piamonte, de donde habían sido expulsados tres años antes hacia Suiza y Alemania.

[24] Día de la marcha sobre Roma de Mussolini.

[25] Alberto Tarchiani, uno de los fundadores del grupo revolucionario antifascista, periodista y diplomático, que también dirigió las publicaciones propagandísticas.

[26] Sección juvenil del Partido Nacional Fascista.

Como mujer

De entre todos mis amigos,
a Lalla

Hubo un tiempo en el que recordaba las fechas de las batallas, el número de hombres y de caballos, el nombre de mis alumnos de diez años atrás. Habría pasado revista a un batallón de veteranos reconociéndolos uno por uno. Ahora solo quiero sacudirme de encima los nombres, como un perro la lluvia.

Quedarme sentada, imaginando: oler el perfume del viento de la tarde, convertido en algo puro y cristalino después de haber soplado por miles de kilómetros a través del desierto.

Quiero morir en la Piazza San Marco, con la cabeza en las rodillas.

Incómoda y llamativa, sí, pero sería una agonía en medio de una plaza; seguro que aparecería alguien que se libraría de mí llevándome a un hospital, para que muriese en los límites higiénicos de una cama rodeada por un biombo verde.

Sospecho que hay algo prohibido en este imaginar desbocado —a mi edad—, un imaginar gratuito que no produce nada, ni una página escrita, ni una esperanza de concreción. Es como imaginar una duda impía, un intento de sustituir un acto de fe que es, precisamente, un fin en sí mismo.

Al menos, me consentirán morir como Fuffi, el gato siamés que después de un traslado se atrincheró en un viejo armario de ropa de casa y allí se preparó para la muerte, durmiendo entre las pilas de sábanas de la colada. No comió más, no orinó más; abría los ojos nublados maullando cuando el dueño iba a buscarlo para la inyección diaria, que a día de hoy les toca también a los gatos, pero, qué más da, alguna satisfacción hay que darle a quien te sobrevive.

En mis imaginaciones continúa habiendo algo lúcidamente pedestre, obtenido de la cotidianidad de las imágenes; acabaré visitando, en mis

fantasías, desiertos y cumbres en viajes organizados. En definitiva, una imaginación de bajo coste, casi lícita, de una modestia de balconcitos floridos y armarios de ropa de casa.

En la televisión escojo por gusto programas que no susciten ni emociones ni reflexiones. Si cedo en alguna ocasión extraordinaria —cuando son películas o *ballets*, conciertos o una ópera—, acabo llorando. Y también lloro leyendo y releyendo los mismos libros, y las mismas páginas —no sé si leo o recuerdo—, generalmente de prosa. La poesía casi nunca me conmueve, ni siquiera la alemana. Me pongo a recitar para mí, con mi característico recitar mutilado, versos de Leopardi, incluso de Petrarca. Cercano veo el momento en el que lloraré al leer: «... dulce y clara está la noche sin viento». Y no sé si lloro por una envidia melancólica o porque la belleza de lo que es perfecto, y que no podré jamás recrear, hace que sienta cada vez más cercano el adiós.

También mi llanto es, de alguna forma, lúcidamente pedestre desde que hurgo en la superficie del humus de los años que me quedan. Me parece que saco poco a la luz, y mi curiosidad sobre mí misma —depuestas las ficciones de mujer, me queda descubrirme en los endurecidos sedimentos en los que crecerá mi vejez— es, por esa razón, una curiosidad algo temerosa: ¿cómo es posible que no desee nada más que vida para mis hijos y ausencia de dolor para mí? ¿En qué momento y de qué forma —y cómo es que no me he dado cuenta— y desde qué vórtice ha sido absorbido el grueso de las emociones?

En los meses que siguieron a la histerectomía, soñé que se me caía un enorme y sanísimo diente blanco; esto me irritaba y me asustaba, pero en el sueño repetía: «¡No pasa nada, me pondré uno falso!».

Continúo, por tanto, confiando en el artificio, en los ejercicios para poliomielíticos, en el imperfecto de los niños: «Hacemos que tú eras la madre y yo era el padre». Si lloro por una obra maestra, quizá mi envidia melancólica sea, en definitiva, la de un artificio incomprensible. ¿Podré considerar esa envidia una emoción?

En el futuro le doy forma a una pereza inmóvil en la que sumergirme como en el mar aún tibio del calor veraniego, el sol un poco más bajo en el horizonte, la playa vacía, el mar de Carrara donde Giorgio me enseñó a nadar.

Trato con empeño de mantener a la vista aquellos días que quedaron atrás hace más de treinta años.

Me había juntado con Giorgio en Carrara, en su casa de Fossola, en

septiembre. Me iba a casar al año siguiente —conocía a Gianni desde hacía tres meses y buscábamos casa; solo la dificultad para encontrarla nos impidió casarnos de inmediato—; Giorgio partiría años después a Argentina, donde se casaría también.

Por las mañanas comprábamos la *focaccia* todavía caliente en un horno de Fossola y también uvas blancas —esa sería nuestra comida—, y cogíamos el tranvía que llevaba al puerto, el mismo que trasladaba de un lado a otro a los marmolistas que veía sentados, exhaustos, durante el viaje.

En la playa estábamos solo nosotros; era un precioso septiembre y al sol hacíamos la vendimia en una pequeña viña junto al huerto de Giorgio.

Allí me enseñó a nadar; nunca me gritaba, y me animaba siempre. Las dos primeras brazadas que di fueron un bautismo a la vida corporal, repetido desde entonces cada vez que nado. Todavía hoy vuelvo de la piscina con una sensación de alivio tanto en el cuerpo como en el espíritu, aunque oliendo a cloro.

Después del baño nos tumbábamos en la arena y Giorgio me enseñaba a jugar al *bridge*, al que desde entonces no he vuelto a jugar. Echábamos las cartas en la arena y no hablábamos de nada en particular hasta que el sol desaparecía en el mar y nos mandaba a casa.

Puede ser que precisamente en la artificialidad —en la construcción de las emociones— sea donde se perfeccione la vejez. Cuando, como un adulto y marchito piel roja, estoy sentada ante un círculo de jóvenes y los instruyo —no sobre mis experiencias; para los *medecine men* la experiencia útil es solo la colectiva—, siento una tranquilidad, una expansión segura en el espacio muy diferente a la sensación que tenía de joven, cuando no era capaz de despegarme de mi conciencia de mí.

Ni siquiera a las mujeres jóvenes les cuento asuntos personales, pero me gusta poner ejemplos negativos —qué torpe, tímida e ingenua era— que esconden las sonrisitas: yo he salido adelante, a ver qué sabes hacer tú. Pero, igual que la abuela me compadecía, también yo compadezco a las mujeres jóvenes, y trato de no ser una carga para ellas y de ocultar las trampas que les esperan. Y luego me pregunto: ¿no será la credulidad, que no es inocencia sino extrañeza, lo que me empuja a contar cuentos a quien ya ha destripado y superado esas historias?

Una de mis actuales fantasías de evasión es esta: estoy sentada en la playa —frente al mar. Lejano en el horizonte, el velero Bounty—, justo

donde rompen las olas, en traje de baño, con la cabeza cubierta por un enorme sombrero de paja, las gafas oscuras sobre la nariz. Leo. Alrededor, las oigo de cháchara con sus historias de siempre, y me imagino que parezco —encorvada sobre el libro, la barbilla oculta por la mano en una postura que llega a cubrir la boca, mientras levanto la vista despacio hacia el mar— una vieja solterona inglesa. Y, de hecho, soy limpia, no pongo a remojo las bragas en el lavabo, amo al jefe de brigada y al príncipe heredero; suelto y amarro así vínculos que son fáciles de estrechar y de soltar, y, además, reconozco en sus historias —de ellas, de las mujeres— la resignada y sensata lucidez de mis fantasías.

Quizá siempre ha habido una vieja señora en mí.

No he sido guapa (no de una belleza manifiesta), en una familia de mujeres muy guapas, la abuela, mi madre, mi hermana y, por último, mi hija. Ahora, mirándome en el espejo, veo cierta belleza en mis arrugas, pero un instante después se me olvida.

No me importa que mis nietos se parezcan a mí; no me ha importado nunca, además, que mis hijos se me parecieran. También yo me parezco solo un poco a mis padres, y en mí se repiten aleatoriamente elementos heterogéneos heredados de todos: las escasas cejas de mi madre, la mirada aguda e inteligente que recuerdo de mi padre, aunque sus ojos fueran negros como los de mi hermana, y los míos, castaños. Tengo el bonito cabello de mi abuela paterna, las manos grandes y largas de mi padre, la hermosa tez de mi madre. Pero, en conjunto, siento que estoy contenida en un yo interior sin rasgos, y creo que solo me parezco, en algunas cosas, a mi hermana, de la que soy tan distinta; aunque también yo, cuando me río o lloro, arrugo la nariz.

Como mujer, tuve que nacer de mí misma, me di a luz con mis hijos. Aun así, siempre he pensado, fantaseado con —y deseado— hombres. Incluso la ópera, que está más allá de la atracción y, de hecho, enfría y disipa la intimidad, llevaba algún adorno de plumas como reclamo. En realidad, habría querido ser una mujer, pero no me sentía de inmediato así. Mi interior, carente de rasgos propios, estaba también falto de sexo: entre mi voluntad y el ser había una indecisión. Y, por eso mismo, el momento más feliz de mi vida, la triunfal confirmación de que era, efectivamente, una mujer —y, a partir de ahí, la decisión definitiva de serlo—, fue el instante en que sentí a mi hija separarse de mí, con un leve pero nítido corte indoloro, previo (aunque a mí me pareció simultáneo) al tirón con los fórceps, exactamente como cuando se arranca un fruto de

una rama.

Aún hoy, en ella soy mujer; me gusta caminar detrás de ella, anónima, esconderme en su belleza. Avanza segura por el vivero, está buscando una vid para regalar. Le explica al joven jardinero lo que quiere. Se considera tímida —también mi madre se consideraba tímida— y «poco identificada con su papel».

Pocas veces relaciono a la bella mujer alta y rubia con la niña que traje al mundo y alimenté, quizá porque también ella tiene ya hijos. Solo cuando, por sorpresa, oigo su voz al teléfono, tierna en la pronunciación del sonido gutural de la erre. «¡Paloma!, —le digo, como cuando era pequeña—. ¡Palomita. Tigresa!».

Durante las largas semanas que pasé en el hospital donde, en otra planta, ella trabajaba de pediatra, la oía acercarse por el pasillo: como el de su padre, también el suyo es el paso rápido y ligero de una persona más ágil que su peso. Cuando camina, sus tobillos, además, crujen un poco. «Estos tobillos de mierda (o las venas de mierda) que me has dado, mamá». Sus defectos, o lo que ella considera como tales, me los echa en cara a mí, o a errores míos. Me ha acusado incluso de haberla fajado de bebé, tal y como solían hacer cien años antes. Y que por eso ahora tiene barriga. De vez en cuando me defiendo: «Mira, yo te puse el esparadrapo en la hernia umbilical; mira, las varices son habituales en los Jarre. ¡Y también la barriga!». Pero no me atrevo a decirle que yo, barriga, no he tenido nunca.

Paseo inadvertida detrás de ella por el vivero. Curioseo, con la típica mirada de cleptómana entre las macetas —hay tantas que nadie se daría cuenta si me llevase una—, mientras ella avanza altiva con su tenue crujir de huesos.

Pienso en mis hortensias, tan escuálidas. Las de mi hija Laura siempre están espléndidas. Cultiva patatas americanas con sus brotes largos y rizados, y sus geranios florecen dos semanas antes que los míos. Cuando le preguntaron de pequeña qué quería ser de mayor, respondió: «Una señora, como mamá».

Sin embargo, trabaja, como trabajé yo y, antes que yo, mi madre. En mi desapego de pájaro cuco, de vez en cuando me sobresalta una duda: ¿no habré cargado demasiado peso sobre ella?

Menciona al desconocido destinatario de la vid; mientras, yo observo las rosas trepadoras dispuestas, con su cartelito, en largas hileras. Nunca adivino si sus historias —el joven destinatario de la planta está separado

de su mujer, y tiene una terraza expuesta a la vigilancia de las ancianas que viven enfrente— son mensajes o solo comentarios casuales. Sospecho que tiene una conexión con alguna parte de mí que prefiero no identificar. ¿Será a nuestro «extravagante superyó» a lo que ella hace referencia de vez en cuando? Ese maldito, que escapó de entre las redes de una educación bastante salvaje, ahora corre por ahí por su cuenta y se hace pasar por mí. Soy muy lenta cogiendo el hilo de las conversaciones con mi hija, que siguen una trayectoria íntima que no se corresponde con la mía. A menudo, me sorprendo con los hombres que ella considera fascinantes. Incluso con los actores.

Me decido por un rosal trepador amarillo. Había uno igual en el gallinero de Torre Pellice. ¿O era blanco, de esas rosas que florecen enseguida y se abren mostrando un corazón amarillo y marrón, como teñido con té?

Me habla de su hijo. Creo que ella está siendo demasiado racional con él, pero decido callar, como me callo con su enésimo cambio de muebles, aunque el armario está muy mal situado en la entrada. Guardo un astuto silencio y me relajo. Ella sigue con sus explicaciones mientras trasplanta patatas y geranios. Nacida entera y perfecta no de mi útero, sino de mi alma. Armada, no por mí, por suerte, y no con mis armas, nuestro parentesco forma parte de mis deseos cumplidos, enrarecidos, no obstante, en mi conciencia, hasta el punto de que me cuesta mucho revivirlos. Cuando la veo existir y actuar, colma cualquier deseo expulsado por la voluntad de mi madurez. Eso siempre con un poco de miedo: porque no solo ella me resulta imprevisible, sino que, además, mientras que de sus hermanos mi mayor temor es su integridad —los abrazo y los beso como si todavía fueran mis pequeños—, respecto a ella lo que temo es perder su confianza, aunque esta sea incierta y casi nunca verbalizada.

¿Cómo era yo en tanto que mujer joven?

Me casé en diciembre de 1949. Conocí a Gianni en junio del año anterior, y quince días después decidimos casarnos. La decisión de casarme tan rápido —hasta entonces, siempre había dudado cuando alguien me había propuesto matrimonio, y jamás había pensado en casarme con mi tan locamente amado A.— fue un destello, no tanto por amor —no solo por amor— como por seguridad. Él era ancho, rubio, pecoso, no más alto que yo —según envejece se va volviendo gris sobre ese tono rojizo suyo que antes no se notaba—; siempre me gustaron los

hombres altos, delgados y morenos. Tenía colgada en la pared una foto de Gregory Peck. De él obtenía, sin embargo, una convicción deslumbrante en la que se fundían su pasión por mí y su brillante inteligencia. Acepté esa convicción como si fuera una aventura que me brindase el encanto de la primera experiencia real: el amor no regresaba a mí y ni siquiera era una conquista, pero venía de fuera, se imponía como una elección «mundana». Elegí exactamente al hombre que el futuro me sugería elegir. Hice un matrimonio por interés en el que el interés no tenía que ver con el dinero, que me era indiferente —fuimos muy pobres—, sino con la superioridad del hombre que quería casarse conmigo.

Fui muy feliz en los primeros años de mi matrimonio. Desde el tiempo en que corría por los campos de Torre Pellice, en mi ser feliz se revive sobre todo una sensación como si de mí se cayesen, igual que hojas secas, todas las penas; algo que aún no era del todo felicidad y ya se había esfumado, mientras me invadía una certidumbre: «Yo puedo».

Al decir «Yo puedo», me deshacía de toda la tensión de la defensa. Por lo demás, la felicidad vendría explicada como en un anuncio de televisión: desprovista por completo de toda ironía.

A los treinta y cuatro años, después de diez de matrimonio, esperaba a mi cuarto hijo. No fue un embarazo previsto, pero me alegré mucho porque me gustaba tener hijos y no creía que fuera a venir otro; el tercero tenía tres años y medio.

Mi marido y yo pasamos las vacaciones de Navidad con los niños, en la casa del valle de Susa que teníamos alquilada todo el año; durante aquellas vacaciones nos adentramos en una profunda comprensión física que no habíamos alcanzado aún en nuestra relación. Esa carencia yo no la había notado —como sucedió más tarde, cuando adquirió el significado de un objeto deseado pero no adquirido— porque estaba muy ocupada con los niños, con la lactancia, con las mudanzas —de apartamento en apartamento, cada vez uno más grande, luminoso y bonito, como las casas de mi madre en mi infancia—, tan ocupada que me parecía tener exactamente lo que deseaba. A mi alrededor todo tenía la misma luminosa claridad en la que cada pregunta encontraba su respuesta.

De aquellas vacaciones de Navidad recuerdo la alegría casi complementaria del amor por la noche y el esquí de día, cuando empecé a notar, poco a poco, una cierta seguridad en las piernas y la espalda,

yendo arriba y abajo por las pistas que había detrás de casa.

A mi felicidad contribuía también el hecho de tener poco dinero, de tener que pedir préstamos y después ahorrar para pagarlos, de organizar nuestra vida en función de aquella escasez. Llevaba con esmero los libros de cuentas, día tras día. Daba clases fuera de Turín, en Settimo, y viajaba cada día en tren o en autobús. No teníamos coche; el primero que tuvimos lo compramos nueve años más tarde de casados. Recuerdo la felicidad de los pies helados, en invierno, mientras miraba por la ventanilla del autobús la llanura que se extiende entre Turín y Milán, salpicada por las manchas negras de los postes. No puedo dejar de repetir la palabra «felicidad», aunque los detalles que me vienen a la memoria no tengan nada particularmente feliz.

Acepté la noticia de mi cuarto embarazo como una reina acepta la corona. No lo entendí como un peligro en aquel tímido principio de armonía sexual entre Gianni y yo, sino como el testimonio de nuestra nueva compenetración, el hijo del amor.

De todas formas, continuaba sintiéndome ignorante y ajena respecto al sexo; a esto contribuyó también, de algún modo, mi marido, quien, no mucho más experto que yo, alimentó, con cierto recelo hacia el hostil cuerpo femenino, mis sentimientos de culpa por mi frialdad. A las limitaciones de nuestra generación se añadía nuestra recíproca inseguridad, su cerrazón y mi orgullo. Él no habría hablado jamás del asunto, y cualquier intento por mi parte se estrellaba contra su mutismo. Así que me acostumbré —sin darme cuenta— a tapar ese fracaso con todas las demás riquezas de mi vida.

Me hice una falda azul, compré en el mercado una pieza de tela a juego y mi modista de siempre la transformó en el típico sayo. Era una embarazada elegante —tenía también unos preciosos zapatos de color blanco y azul—, aunque mi barriga era un poco más grande que las anteriores. Pero las mallas elásticas que me tocaba llevar eran bastante menos feas que las que, tupidas y demasiado vistosas, tuve que llevar nueve años antes, cuando esperaba a mi hija. Mi pecho estaba henchido y tenso, y a mí, del todo ajena a los «eres una inconsciente» de mis amigas y al silencio de mi madre, me parecía irradiar desde mi barrigón un aura benéfica que los curaría a todos.

Nunca fui más dócil y comprensiva que aquella primavera. Paseaba mi vientre radiante y, protegida por su aura, planteaba controversias, hallaba la palabra justa, el gesto adecuado para aliviar y distraer. Incluso

mis celos —Gianni salía solo con frecuencia por la noche, y yo estaba demasiado cansada para acompañarlo— encajaban con los nuevos estímulos de nuestra esperada y recién empezada unión física.

Sin embargo, poco a poco me di cuenta de que había un obstáculo, un impedimento entre él y yo. Lo notaba inerte y vacío, apenas algo más vivaz en el momento de despedirse, precisamente cuando él podía irse. Estaba tan acostumbrada a su silencio —él, tan parlanchín fuera de casa —, que no lo interpretaba como una ausencia de respuesta. Hablaba de todo con él, le contaba todo. Cuando estábamos separados, nos escribíamos largas cartas. Hasta aquel momento, mi locuacidad y su mutismo se habían relacionado a la perfección, o al menos así me lo parecía. Así como el que yo tuviera hijos y él los aceptara.

Trataba, confiada, de cogerle la mano, de sacarlo fuera de aquella dimensión suya por primera vez secreta. Lo necesitaba en el entorno de mi felicidad. Pero no había nada que hacer, me seguía de forma pasiva, como si cediese tan solo a la presión de mi mano.

El niño empezó a moverse, yo tenía una cara redonda y radiante y mis tres hijos me ponían la mano en el vientre para sentirlo.

—¡Esto es la cabeza!

—¡Esto es el trasero!

—No, es un pie. ¿Te da patadas también cuando estás en el baño?

Cuando el curso acabó, me compré una bata de listas en verde y azul que me quedaba estupenda.

Sentada en el tranvía, una tarde de junio, mirando por la ventanilla, vi en el cielo la silueta del tejado de San Giovanni Vecchio, y me dije: «Tengo que escribir alguna vez sobre los tejados de Turín, en verano, cuando están las golondrinas. Son muy diferentes. ¿Cómo son? Ah, claro: son tejados felices».

Estaba terminando de pasar a máquina mi primer libro, *Il tramviere impazzito*, y preparaba las maletas para ir a la montaña. Dejaba los armarios en su habitual orden minucioso, los zapatos arreglados, en cada abriguito enganchado el saquito con sus correspondientes retales de tela, la lista de las compras que hacer en otoño. En el cajón del pequeño escritorio —donde ya estaban las hojas de papel milimetrado con las gráficas del crecimiento de mis tres hijos durante la lactancia— metía los apuntes con las fechas de vacunación. En mi maleta, el libro de cuentos en el que en septiembre anotaría, como también hice con los otros, la fecha de nacimiento y el sexo del bebé. Si hubiera sido niña, se habría

llamado Anna.

Como cada verano, íbamos a ir a la montaña. Me quedaría sola con los niños quince días. La muchacha veneciana que trabajaba para nosotros desde hacía seis años se había casado, pero vendría a ayudarme en verano y en otoño, se comprometió a venir por horas. Mi madre se reuniría con nosotros, como siempre, a mediados de julio.

El edificio donde alquilamos durante varios años un apartamento grande, aunque sin calefacción ni caldera y con una cocina con el suelo de cemento, nos costaba poquísimo. En invierno encendíamos la enorme estufa de leña y allí delante, por las tardes, bañaba a los niños en un barreño. Era un edificio aislado, colindante con unas ruinas y unas casuchas vacías. Por el día, lleno de sol; de noche, oscuro. Años después, mis hijos me confesaron que la farola siempre rota que había delante de la casa les había servido muchas veces de diana.

Desde nuestro dormitorio se accedía a unas enormes buhardillas, vacías también, como en las otras casas deshabitadas. La puerta de comunicación nunca estuvo cerrada con llave; esa negligencia era parte del estilo de la casa y nos habíamos acostumbrado. Como nos acostumbramos a la tenue iluminación de las lámparas de escasa potencia situadas en los lugares más inesperados.

Aquella vez mi marido soltó a toda prisa mi bombo y a mis hijos y se fue: intuí cierto alivio en él mientras se dirigía a las frescas veladas junto al Po con sus amigos solteros y sus amigas estériles.

La primera noche no conseguí dormir: el suelo de las buhardillas crujía como si alguien estuviera pisándolo. Crujió durante toda la semana y yo seguí despertándome.

Al domingo siguiente le dije a Gianni, que había venido de paso a por camisas limpias:

—Oye, la puerta de las buhardillas no se cierra con llave.

—Díselo a Galli —me contestó.

El tal Galli era nuestro fantasioso casero. Nos proporcionaba cualquier cosa, como una magnífica ensalada, mantas más bien sucias, un gran patio limpio y vallado, y también un gran número de lámparas flojas que alumbraban ángulos incongruentes.

Tanto Gianni como yo detestábamos las cuestiones prácticas y mucho más las burocráticas —yo por timidez, y él por pereza (nunca fue tímido) —, y tratábamos de descargarnos el uno al otro de esos menesteres. Él era excepcional en las ocasiones excepcionales: dormía en el suelo junto

a la cama de un hijo operado; llevaba al otro al hospital infantil para que le curaran un corte. Ponía inyecciones con mano decidida y ligera. Caminaba por el tejado como un gato para arreglar una chimenea rota. Era capaz de asistir a dos funerales en un día, mientras yo me quedaba en casa.

En la vida cotidiana —aparte de arrebatos esporádicos de sentimiento de culpa gracias a los cuales, con espíritu de sacrificio, fregaba los platos — se mostraba, por lo general, ausente y rencoroso. Yo lo había metido en aquel lío, y ahora le tocaba librarse a patadas de los niños que le pasaban entre las piernas mientras hablaba por teléfono; jamás tomó la decisión de cambiar el teléfono del pasillo a la sala. Era desorganizadísimo, de un desorden primordial, pero una vez al año preparaba, entre nubes de humo, en una atmósfera de desastre inminente, la declaración de la renta con un cuidado tan exhaustivo que la asesora fiscal a la que, para terminar, tuvo que dirigirse, viendo nuestros documentos, dijo que no había visto jamás una declaración de impuestos tan masoquista.

Diecinueve años después me concedió la firma en nuestra magra cuenta bancaria; no creo que no lo hiciese antes por desconfianza, sino por la sencilla razón de que no se le ocurrió, de la misma manera que fuimos los últimos en Turín en dejar de pagar las facturas en la oficina del banco.

Por necesidad, me encontré en primera línea de la trillada cotidianidad. No me lamentaba como de una injusticia: respetaba el trabajo científico de mi marido —también lo admiraba— y me parecía que yo debía estar al pie del cañón porque la familia le daba tantas tareas. Todavía no hacía comparaciones entre él y yo; de mi felicidad manaba una energía gigantesca.

Naturalmente, no le dije nada a Galli de la puerta. Temía quedar en ridículo; el suelo crujía noche tras noche y nunca llegaba nadie. Dentro de mí, el niño se movía —ya entonces era uno de esos que se pasan la noche despiertos—, y cuando me levantaba para poner la oreja en la puerta del dormitorio de enfrente oía a mis hijos respirar tranquilos en el sueño.

Volvía a la cama y me acostaba, las manos cruzadas sobre el vientre. Estaba despierta y pensaba: pensamientos confusos e impotentes, fragmentos de ideas relacionadas con los once años de mi matrimonio y con todo lo que había ocurrido en ese tiempo entre Gianni y yo. Sin

embargo, me daba miedo afrontar los hechos, sacarlos de aquella aura de felicidad en la que hasta el momento los había mantenido, examinarlos considerándolos con la mirada fría de mi adolescencia. Aislaba cualquier acontecimiento singular y lo rumiaba, y después, cuando debería haberlo relacionado o analizado —o incluso haber vuelto atrás, a la época que precedió a mi encuentro con Gianni—, lo apartaba a toda prisa. Incluso los celos —en Turín, mi marido salía normalmente con una amiga común — eran confusos e impotentes, como mis reflexiones.

A veces me reinventaba el viejo sauce que habían arrancado justo al lado del huerto; al atardecer se ponía todo de oro, torcido y deshojado como estaba. Unas cuantas ramas salían aquí y allá del tronco; mientras duraba la puesta de sol no podía apartar la vista de su luz. Aquel año, cuando llegué, acababan de arrancarlo. Siempre me decía que tenía que escribir algo sobre él, y sobre el mirlo negro que esperaba la hora dorada para posarse a cantar justo en una cavidad que había en el tronco desnudo, y ahora me da la impresión de que ya no podría describirlo, casi como si hubiera perdido esa oportunidad para siempre.

Allí estaba yo, aplastada en aquella cama incómoda de uno y medio en la que, siete meses antes, habíamos concebido a nuestro bebé, y no podía moverme, no podía hacer nada. De hecho, yo no era yo, yo era solo mi barriga.

El sábado anterior, mientras Gianni metía las camisas y la ropa interior en la bolsa, le dije:

—¿Por qué no vienes un poco antes la semana que viene en vez de ir a que te persiga la policía?

Era el verano de 1960 y él se había animado mucho contándome cómo había esquivado el coche blindado de la policía, saltando entre las columnas de Via Po.

—¿Es que no lo entiendes? —me dijo—. Así me siento todavía joven.

Yo era la que se lo impedía, yo, con mi barrigón.

Y en otra ocasión en que, en el último momento, según solía hacer, trabajaba día y noche para terminar un trabajo, me reprendió porque protesté:

—¡No entiendes que voy contra reloj!

Yo era la que no entendía, la de las maletas, la del sarampión, la de la tos ferina, la que estaba siempre cansada y con dolor de estómago. La del mal humor: él volvía a casa —lo más tarde posible— y yo estaba allí, agotada y de mal humor. Pero con los niños bañados, cenados y

acostados.

¿Cuándo había sido de verdad feliz? Estaba, por norma, deprimida. Aterrorizada antes de cada parto. Es más, con cada parto tenía más miedo.

Lentamente, en mi insomnio, mientras oía crujir las viejas tablas de las buhardillas y era consciente de la terrible noche lunar de la montaña, allí afuera, tan angosta y negra entre los valles, tan etérea sobre las cumbres, mi felicidad se escurría como la sangre de un cuerpo herido de muerte.

«Soy una niña madre —dije una noche en uno de mis imprevistos ataques de lucidez racional, que luego seguían ardiendo dentro de mí, tenues pero necesarios, en su minúsculo círculo de luz, como una vela en una mesa—, siempre he sido una niña madre».

El bebé se movió con violencia, pateó a la derecha y luego rompió en una serie de golpes más suaves, interlocutorios. Me pareció que me encerraba en mi vientre con él.

Aquel mismo verano, un mes más tarde, le escribí una larga carta a mi marido, que estaba en un campamento en la isla de Elba con los dos hijos mayores. Le pedía que me respondiera. En nuestra vida en común, después de aquella, solo escribí una más con el mismo argumento, sobre nosotros, es decir, sobre lo que iba a ser de nosotros. Ni la primera ni la segunda tuvieron respuesta. La segunda la encontré un día entre sus cartas y, como ya hice con las cartas escritas a mi madre, la cogí y la guardé.

De la primera, una vez me dijo que la había perdido en Elba, en un café, mientras «pensaba qué responderme».

Que en realidad no pudiera responderme y que de esa imposibilidad, que se estrellaba contra mi exigencia de sinceridad ante todo (él, católico y prudente; yo, protestante e imprudente), partiera el largo proceso que nos llevó al final de nuestro matrimonio —aunque no de nuestra relación —, sin por eso arriesgarse al punto de tener que desplegar todas sus defensas, es algo que ni de lejos pude llegar a sospechar, puesto que aquel matrimonio lo había construido al mismo tiempo que nuestra unión, lo había asentado en los cimientos de mi felicidad personal.

Tres semanas antes de que naciese el bebé, una noche soñé que estaba con mis tres hijos en un aeropuerto en un enorme valle desierto. Todos los que estábamos allí esperábamos el fin del mundo. El valle estaba formado por terrenos de aluvión, y el cielo por encima de su perfil recto

y plano estaba iluminado por una luz interior, violenta y pálida, que anunciaba el acontecimiento desastroso y agrisaba la pedriza del valle. Cuando llegó —y no sé describirlo sino como un viento estelar—, me eché encima de mis tres hijos. Sobrevivimos y, pasada la catástrofe, me levanté. Mis hijos habían salido ilesos; solo el menor tenía a un lado de la boca una pequeña herida, y sangraba. Me desperté sobresaltada en plena noche, y sentí que empezaban poco a poco las contracciones del parto, que no cesaron hasta por la mañana.

El niño, que nació en septiembre, fue un precioso varón —lo llamé Andrea— con los ojos y el pelo oscuros, la cara redonda, pálida y tersa. Cuando me lo enganchaba al pecho, gruñía dulce y decidido como un cachorro de lobo.

Nunca lo sentí como a los otros tres. Era, sí, hijo mío, al que me ligaban los mismos vínculos, pero era también alguien más, venido de quién sabe dónde, por no sé qué razón, quizá de aquel viento estelar. Mi conexión con él, que tan dulcemente gruñía cuando mamaba, fue muy diferente a la que tuve con mis otros hijos; me asediaban miedos, casi como si sintiera que perdía el control por un momento, que perdía mi seguridad de madre. Este hijo, tan sano, robusto y hermoso, podía desaparecer de la misma forma que había aparecido. Incluso ahora, que es ya un hombre, siempre temo que no vuelva cuando está lejos, que no me llame, que no me escriba, que calle para siempre. Que no me reconozca.

Mientras crecía, yo continuaba educando a su hermana y a sus dos hermanos con pocas normas, rudimentarias pero constantes. También en la escuela educaba niños —yo, que tanto deseaba quedarme en mi rincón, siempre estaba rodeada de otros— y poco importaba qué enseñara: la materia era el medio, nunca el objetivo. Trataba de quitarles el miedo, y, de hecho, me parece que ese era el único elemento común entre la educación de niños en casa y en la escuela. En esta última gritaba con gusto: «¡No soy vuestra madre!».

Laura y Pietro (los «dispares») dicen que en el fondo solo Paolo ha tenido madre. «Paolino», bromean, imitando la que dicen es mi voz cuando hablo con él o de él. Paolo entonces se ríe; Andrea escucha y calla. Su silencio de oscuro animal nocturno me asusta de nuevo.

Mientras que para los otros tres —un todo único del cual ha crecido separado— he querido respetar las normas fundamentales, con él cedía, como si él hubiera traído sus normas consigo. Se levantaba de la mesa

antes de que hubiéramos terminado de comer, aunque estuviéramos discutiendo algo que afectaba a todos. Los demás me hacían un gesto. Laura recordaba el día en que tuvo que comerse un plato de pasta que no quería, sentada en el taburete en el baño, con el plato en la tapa del váter.

Andrea se quedaba despierto por la noche, leyendo. Entraba en su habitación; él levantaba los ojos del libro, *Purgatorio*. «Es maravilloso», decía, sin entusiasmo, como constatándolo.

Algunas veces me contaba sus sueños, pero por lo general no me confiaba nada más. El sueño siguiente me lo escribió porque no se sintió como para contármelo:

> Llaman a la puerta. Abro y veo, antes que nada, a la abuela con un enorme sombrero que la rejuvenece (es extraño, ni siquiera jadea), mi hermana la acompaña y también la tía Sisi. Estoy contento, es la primera vez que ven mi casa y quiero ser hospitalario. Coloco las sillas para acomodarlas, pero me muevo con dificultad: el espacio es muy pequeño y tengo que medir cada movimiento. Mientras ellas se ponen a charlar, quiero preparar el té: subo a la banqueta para coger lo necesario, abro el armarito y veo con gran disgusto que, en el lugar de mis cacharros de cocina, mi madre, que entretanto ha aparecido en escena, ha colocado su porcelana. Me enfado, no puedo preparar nada. Mi primer impulso es el de arrojar todo al suelo, pero me contengo y oigo a mi hermana que me da la razón. Mi madre quería hacerme aceptar un hecho pasado.
>
> Pero yo, mirándola desde arriba, con los ojos fijos, cojo las dos porcelanas más bonitas y las tiro al suelo, de una en una. Mi madre, inmóvil, se muerde de manera casi imperceptible el labio inferior y yo me detengo porque entiendo que mis gestos ya han perdido la fuerza de la teatralidad.
>
> Estamos abajo, a la hora de cenar. Mi madre, en vez de darme de comer, me mete en la boca un trozo de su porcelana, la que yo he roto, diciéndome con hastío: «Mira, es lo más precioso que tengo». Yo la insulto: «Imbécil, imbécil, solo tengo cuatro metros cuadrados y tú te quieres quedar con la mitad». Interviene mi padre, como siempre intempestivo, diciendo que quizá «imbécil» sea una palabra demasiado dura. Por instinto, respondo «entonces, cobarde», y me doy cuenta de que ese es el término perfecto para herirla. Aunque estoy profundamente turbado, lloro y grito, estoy satisfecho de mi venganza. Me despierto

sentado en la cama mientras repito, ya sin apenas convicción: «Ha empezado ella».

¿Cuándo he tenido yo porcelana?

Que mis hijos sueñen conmigo así de odiosa y odiada no me inquieta; discurro por dentro de ellos en miles de arroyos, y mis errores de madre pertenecen a los errores contenidos en las vasijas lunares de la locura de todos. No importa lo que fueran, fructificarán, me digo, y no tengo poder sobre sus frutos, sean dulces o amargos. No me parecen determinantes, cerrados en sí mismos, definitivos.

No tengo más que esporádicos y pasajeros sentimientos de culpa respecto a mis hijos; alguna vez, sin embargo, tiemblo y me arrepiento por haber echado a Andrea cuando tenía dieciocho años, poniéndole encima de la cama dos maletas y cien mil liras. Sus continuas ausencias, el no saber dónde estaba y con quién, me sumían en un estado de angustia tal que prefería que estuviera fuera de casa, por su cuenta, sin que yo tuviera que esperar, cada vez, angustiándome, alguna señal de vida.

Continuos y verdaderos sentimientos de culpa los he tenido siempre respecto a mis libros; la única y cierta culpabilidad es la de «no escribir».

Ni siquiera tuve sentimientos de culpa por mis alumnos. En un periodo en el que se pusieron de moda las confesiones de errores colectivos, siguiendo el ejemplo de algún político, a quien con razón se le podría haber acusado de otros varios errores más bien personales, una de mis superiores, durante una reunión de profesores, dijo: «¡... porque todos somos culpables!»; yo entonces me levanté y contesté: «Yo no».

La pasión por mi trabajo me libraba de cavilaciones y dudas que no fueran correcciones técnicas. Cuando, en el umbral del aula, miraba un instante a mis alumnos y los veía volver del tumulto del recreo a sus sitios, de donde se levantaban con respeto, yo era el Estado asomado con ojos severos al desorden que tenía que convertirse en orden. Decía con gusto: «Soy un servicio del Estado, un servicio que funciona. ¿Por qué no os aprovecháis de mí? No son tantos los servicios del Estado que funcionan».

Les gritaba: «Condenados italianos». Les provocaba: «No os libraréis de mí tan fácilmente». Y día tras día iba a la escuela, incluso tosiendo, con la nariz moqueante y la espalda dolorida. Yo era el Estado, incluso con artrosis y bronquitis.

Naturalmente, también me divertía lo de ser el Estado. Decía: «¿Sabes en qué pienso, Giuseppe, cuando tengo que educar tu mente? En el enorme simio de la sabana que se levanta por primera vez sobre las patas traseras, se mira las manos —imito el gesto— y se pregunta: "Oh, ¿esto qué es?"». La vez siguiente la clase pregunta: «¿Recita de nuevo para nosotros el simio de la sábana?». Giuseppe sonríe, para nada está ofendido, el desgraciado; parece incluso contento de ser el centro de atención. No se ofenden nunca mis pequeños filisteos. Uno de ellos me pregunta una vez: «¿Cuándo dejaré de ser un condenado italiano?». Me amonestan también —estoy orgullosísima de sus reproches— y se quejan conmigo de mí. Salvatore, un pequeño napolitano de nariz grande, me echa en cara un día que por qué no les corrijo a todos la pronunciación de la erre muda. «Verás —me excuso—, a quien comete tantos errores, le corrijo solo los más graves».

Terminado el ciclo escolar, no sé cuánto de mí ha pasado a ellos. No he podido enseñarles mucho; solo a leer bien y a entender lo que leían a casi todos, y a escribir a unos pocos. Una vez conseguí sacarle a uno, el líder de su pandilla, los términos calabreses (latino y árabe) para decir «cerezo» y decir «estúpido», y él concedió cinco minutos de atención a la pizarra donde yo había escrito el término en latín y el término en árabe.

Fue una victoria no más sólida y duradera que la conquistada en aquellos tres minutos en los que, durante un recreo, en un ataque de confianza casi cómplice, el mismo niño me confesó que había crucificado y desollado un gato vivo: «He hecho un *homicidio*». Está rojo y sudoroso por la emoción de delatarse. Renuncio a corregirlo para no interrumpirle.

Por aquellos tres minutos yo sufrí, y acepté que en cualquier momento podrían serme revocados; el pequeño líder seguiría escribiendo en las paredes ABAJO LOS JUDÍOS y destrozaría, con el pasamontañas agujereado en los ojos y la bufanda granate27 al cuello, los puestos del mercado cercano al estadio; igual que la chiquilla de la mirada humilde a la que conseguí hacer pronunciar correctamente el pronombre personal *je* —tuve la sospecha de que era tan difícil la pronunciación como el uso y el significado de aquel *yo*—, chiquilla aún muy flaca por siglos de hambre, pero ya un poco redondeada por la comida industrial (lo suficiente como para convertirla en mercancía), que acabaría vendiéndose por poco dinero.

A quienes los compraran —aunque fuera con distintos fines—, con ese poco dinero, con un helado, con una *pizza*, una excursión escolar pagada

con el dinero de los padres pudientes, yo no podía perdonarlos. ¿Acaso no destruían así esa paridad que, efímera y encomendada a logros ajenos, me fue dada en el pasillo durante aquellos tres minutos?

La única amargura que sentía era la del enorme escalón entre el esfuerzo realizado y el resultado. Amargura, por otra parte, común entre todos los que, como yo, mayores o pequeños, tuvieron que sostener el Estado en la Italia de aquellos años. Por lo demás, mi carrera, siempre incómoda y subalterna, no me daba la impresión de ser en vano. La satisfacción, mejor dicho, la plenitud, de trabajar con mis pequeños condenados italianos, mis pequeños filisteos, me hacía soportar el rito mal desarrollado y mal regulado de las obligaciones burocráticas redactadas de forma desaliñada, programaciones ficticias, reuniones con el ojo puesto en el reloj, palabras acéfalas que de ministro en ministro perpetuaban la impotencia. Sentada en la última fila, en la sala de profesores, leía novelas durante las asambleas —releí todo Proust— y solo de vez en cuando, levantando la cabeza del libro, me concedía algún comentario irónico sobre las circulares ministeriales.

Tan solo me entendía con unos pocos colegas. Cuando, casi durante un año, tuve un cargo oficial en el consejo del instituto, me di cuenta —con sorpresa— de que hasta el momento había vivido en un aislamiento ideológico que ni siquiera había percibido dando clase a los alumnos. Ahora estaba, con mi exiguo bagaje, ingenuo y sectario, frente al enemigo. Para resolver un problema nimio (descubrí que tenía un concepto diferente respecto a las prioridades), tendría que embarcarme en un lento y prudente proceso político. Me faltaba un lenguaje adecuado, era impulsiva y, a veces, decididamente inoportuna; mis hijos, en casa, se burlaban: «*Barbetta* (a veces también me llamaban *mitteleuropea*), mira la pobre *barbetta*». Mi obstinación tenía para ellos algo de exótico, donde no distinguían claramente al diablo luterano (no del todo *mitteleuropeo*) del Dios *barbetto*. El cual continuaba insistiendo en que vale la pena librar cualquier batalla, mientras sea una buena causa.

Me encontraba, sin embargo, con una nueva demostración de que las instituciones me rechazaban. Mi esnobismo minoritario no me daba más que escasas satisfacciones y yo me obsesionaba con inútiles y agotadoras luchas que se hundían en el pantano católico.

Tenía cincuenta años y me levantaba cada mañana a las seis y media para coger el tranvía —mi escuela estaba a las afueras— en los

amaneceres gélidos y estáticos del invierno turinés. Al final de la jornada me dolía todo de puro cansancio. Pero no me veía capaz de renunciar ni a la enseñanza, ni al trabajo de casa. Aferraba mis días a las fortuitas conversaciones con los colegas, a las horas en clase, a la montaña de ropa para planchar. La escuela, por un lado, y la casa, por el otro, eran coartadas recíprocas gracias a las cuales no estaba a la completa disposición de nadie. Incluso si eran rutinas vinculantes, me daban la única libertad posible: la de una cierta reserva mental.

En mi enorme casa que se estaba vaciando —Laura y Paolo ya vivían por su cuenta, y presentía la pronta partida de los otros dos—, me había acostumbrado a hacer todo el trabajo sola, y me movía en silencio por las habitaciones, ya sin la persecución de las quejas de la asistenta por horas. A veces, el polvo se quedaba varios días en los muebles que había limpiado con tanto esmero. Evitaba verme con quienes nos hubieran frecuentado como pareja; de vez en cuando salía a correr, un poco ahogada, por una manifestación donde podía gritar para dar rienda suelta a mi rabia en voz alta, y solo en aislados resurgimientos de activismo preparaba una vez más una de aquellas grandes cenas que me encantaba dar para nuestro círculo de amigos.

Solo escribir me distraía de la tristeza. Escribir estaba en la estricta medida de mi reserva mental. Borrando, como de costumbre, mis huellas, igual que un indio perseguido, escribí *La princesa de la luna vieja*, el más alegre e irónico de mis libros, dedicado a mis hijos y a sus amigos, el único futuro que me parecía posible.

Gianni y yo seguimos separados durante años. Nuestra vida como pareja parecía acabada. Me hice con una habitación para mí. Cerraba la puerta por la noche, después de la cena, y no contestaba ni al teléfono. Gianni ni hablaba ni me hablaba; en la mesa, los dos solos, no me pedía la sal o el vino; lo indicaba con la mano.

Yo estaba atravesando una difícil menopausia que trataba de apaciguar con rituales higiénicos y psicológicos. Por otro lado, no era capaz de valorar la entidad de mis problemas, acostumbrada como estaba a la idea de que yo magnificaba mis males con la imaginación. Me castigaba también con la malvada regla de los padres de que hay que sufrir en silencio; trataba mi cuerpo, que —me repetía— no le gustaba ya ni a un hombre ni a un bebé y que, además, siempre me había resultado extraño, como una máquina que funcionaba gracias a mi mantenimiento. Me daba terror pensar en su desobediencia y lo vigilaba de cerca: quitar

enseguida las piezas oxidadas, sacar las partes estropeadas, prótesis, ganchos, interruptores.

Tuve durante varios meses una tortuga. Conseguí que sobreviviera al invierno en un agujero bajo tierra, en una caja en el balcón. En primavera la alimenté con vegetales, que le encantaban. Me levantaba temprano incluso cuando no tenía que ir a la escuela —a menudo dormía mal— y lo primero que hacía era salir al balcón y llamarla. Al oír mi voz, movía las patas y sacaba la cabeza del caparazón.

Una mañana, al amanecer, me despertó una tormenta de mayo. Fui a coger a Lipitza —la encontramos en Yugoslavia, cruzando una carretera — y la puse en el suelo, a mis pies, con su ración de verdura. Corregía ejercicios; fuera, el alba oscurísima y blanca se estriaba con los relámpagos. Lipitza, después de comer, se tumbó con las patas extendidas y la cabeza apoyada en mi zapatilla. A sus actos fetales dedicaba mis únicos impulsos de ternura.

En mi ánimo proliferaba el rencor. No perdonaba a nuestros amigos comunes (mis examigos, los llamaba para mí) que no comprendieran la distancia —llena, no de acontecimientos, sino de rígidas conclusiones íntimas— entre mi apariencia y mi convulso mundo interior.

No me atrevía a separarme de Gianni, aunque no pasaba un día en que no lo pensara. Me retenía la preocupación de qué haría tanto con él —a quien estaba acostumbrada a cuidar— como, sobre todo, con mis hijos. No podía imponerles a ellos lo mismo que me impusieron a mí: hacer palidecer mi imagen de madre siempre optimista y tenaz. Pero, más que cualquier otra, conservaba una idea férrea de la unidad de nuestro núcleo familiar, y me parecía intuir en su cohesión una fuerza secreta que superaba con mucho mis posibilidades personales. En el momento en que mi hija, a los veinte años, se marchó, en un acto de rebeldía espontáneo y violento, entre mis llantos de desesperación, de ira y de estupor, me escoció la herida que su partida infligía al corazón de nuestro núcleo, casi como si al irse se llevase consigo una parte viva de sus hermanos.

Mis rencores se hacían furibundos cuando, alguna noche con amigos, oía a Gianni hablar, fascinante y creativo —otra vez yo la antipática, y él el simpático; él, artista, y yo, hormiga—, y reconocía sus trucos de malabarista. Como vieja compañera fiel, no podía delatarlo: había que ser, pese a todo, solidaria. El esfuerzo cada vez mayor y la consciencia, además, de mi aislamiento y de la imposibilidad de romperlo

convenciendo a los demás me arrastraban de vez en cuando a salvajes arranques de protesta. Gritando a favor de los oprimidos —mis ataques de ira eran normalmente de tema político—, gritaba a mi favor.

Estaba sentada, muerta de cansancio, como un cadáver al que le hubieran puesto un palo de soporte entre la espalda y el abrigo, y los miraba, a mis examigos, sus cómplices. ¿No me había, incluso, recomendado uno de ellos que fuera *buena* con él, que era tan bueno, *el pobrecito*? Hasta yo temía parecer a mis hijos malvada si abandonaba a su padre, indefenso, en el bosque.

Entretanto, mi madre, que ya tenía setenta y nueve años, se había trasladado a nuestra casa por consejo del médico —se había fracturado dos vértebras en una caída— y por mi insistencia. Necesitaba simplificar el problema de cómo asistirla, me sentía responsable de ella y pensaba que, viviendo con nosotros, se trataría solo de darle, a ella, tan independiente y lúcida, esa mínima ayuda doméstica y de enfermería que estaba acostumbrada a prestar a todos los míos.

Cuando, veintiséis años antes, le dije que iba a casarme —noticia del todo inesperada porque quién sería el hombre (quizá aquí también *el pobrecito*) que «estaría tan loco como para casarse contigo»—, me mandó preparar una preciosa dote y me regaló el mejor mueble que tenía, un escritorio de cerezo del siglo XIX.

Perdonó con mucha dificultad a mi hermana que se separase de un hombre que le parecía excepcional, y no le preguntó jamás las razones. Nadie podía ser peor que el marido del que ella tuvo que separarse. Años después, cuando le expliqué los motivos de aquel divorcio, se mostró sorprendida (e incrédula) y cambió de conversación.

Durante mi matrimonio, me hizo periódicamente regalos preciosos y útiles para la casa. Mantenía alejadas mis confidencias con los brazos extendidos; mi condición de mujer «felizmente» casada regulaba y limitaba toda nuestra relación. Desde luego, prefería a mi marido y me trató a través de mis hijos, a quienes quiso sin favoritismos ni distinciones, y los colmó de regalos, pendiente de todos sus acontecimientos.

En una foto suya, aparece de pie en la playa, la falda clara debajo de un suéter claro revolotea en una blancura casi otoñal; a su alrededor están Laura, Paolo y Pietro, de pequeños. Ella sonríe con una expresión feliz y absorta, no al fotógrafo, sino al día de septiembre.

Yo continuaba cortejándola, desafiándola con la familiaridad que para

mí habría sido la prueba de su afecto, y a menudo tenía la sensación de estar haciendo piruetas a su alrededor para conseguir su aprobación. De vez en cuando me daban ataques de rabia y de odio —entonces estallaba alguna de nuestras escasas discusiones— porque ella no dejaba nunca de echarme en cara cualquier ayuda que me prestase. Intentaba recurrir a ella lo menos posible porque no soportaba sus reproches.

Aunque no era para nada obsesiva con el dinero, que se ganaba con su propio trabajo —nunca he temido que me falte el dinero—, espléndida y magnífica en los regalos, fue capaz de recordarme, después de muchos años, que tuvo que lavarle una vez el trasero a uno de mis hijos pequeños y si, por cualquier motivo, me fallaba la ayuda doméstica, parecía que yo pretendiera que ella lavase los platos. Entre ella y yo, entre su generación y la mía, se extendía una verdadera diferencia de clase; ella no estaba acostumbrada al trabajo manual —que, si era necesario, hacía con destreza—, había tenido niñeras, gobernantas, cocinera y camarera, así que nunca valoró el volumen de trabajo con el que yo me cargaba.

Por lo demás, también teníamos momentos plácidos, hablando de mis hijos, de libros, de sus traducciones; traducía del ruso, era modesta, exigente, agradecida por la belleza del texto que estaba traduciendo, pero feroz con los errores de los demás.

En verano, después de un mes juntas (no sin borrascas porque, naturalmente, no estaba acostumbrada a estar con otros o con los nietos, que todos juntos al mismo tiempo eran un poco menos adorables), se quedaba sola en nuestra casa de la montaña, regaba las flores, limpiaba los pomos, leía sus libros al sol; cuando volvía en septiembre a Turín, estaba bronceada y arrugada como una vieja de Angrogna.

En la ciudad, venía cada noche a vernos a las siete menos cuarto, desde su pequeño apartamento, bonito y elegante, a pocos pasos del nuestro. Se entretenía con los nietos, que se estaban bañando y preparando para la cena. Fumaba en todos los rincones de la casa —dejó de fumar a los ochenta años y yo me permitía hacerle burla diciéndole «¡tardía virtud!»— y una vez aplastó en un huevo con mantequilla, que confundió con un cenicero, la colilla todavía encendida. Cuando cocinaba algo, alguno de sus nietos vigilaba el cilindro de la ceniza cada vez más largo, en equilibrio por encima de la comida que estaba preparando. Mientras tanto, nos contaba cosas de su trabajo —enseñaba francés en una escuela secundaria—, y sus bulliciosos y afilados insultos, sobre todo hacia su jefe, fueron posiblemente las primeras palabrotas que mis hijos

escucharon salir de la boca de un adulto.

A solas conmigo era más prudente, casi un poco cohibida. Ya vieja, me convocó una tarde en su casa y, después de recordarme «todo lo que había hecho por mis hijos», me encargó entregar, tras su muerte, los objetos más preciosos, los que más le importaban, a mi hermana, que no tenía hijos y que, después de divorciarse de su marido americano, vivía y trabajaba en Turín. Apretando los labios, que humedecía un poco con la lengua, hablaba con precisión: la plata rusa, la mesita de trabajo de la abuela, los cuadros y los dos jarrones de porcelana del XVIII. Buscaba por la habitación con sus pequeños ojos color castaño claro, para no olvidarse de nada. Aquel gesto suyo apretado me infundía un temor tan profundo que, asistiéndola en su agonía, todavía temblaba si se le dibujaba en el rostro algún resto inconsciente de aquella severidad.

Mientras registraba con la mirada, no se le ocurrió —así de bien me había enterrado en mis hijos— destinarme ningún objeto que le fuera querido.

He conservado de la casa de la abuela el enorme armario provenzal de nogal claro, un cuadrito con la casa de sus padres, la mesita donde estaba la biblia en el salón, una silla pequeña, y la biblia del abuelo, con una hoja dentro donde estaba escrito, con caligrafía incierta: Marcos IV, v. 35, «*... et Jésus dit: passons à l'autre rive*». Los libros del abuelo. También dos tazones de porcelana con rosas pintadas; uno, sin asa, lo utilizo para desayunar.

De vuelta a casa, después de aquel monólogo testamentario, estaba turbada y molesta. Me pareció —y me sentía infantilmente resentida y disgustada— que en las palabras de mi madre se podía aún escuchar aquella advertencia: «Ya veréis cuando yo no esté». Pero sobre todo me inquietaba aquel elenco, tan preciso, que me entregó con los labios apretados y la mirada huidiza. La herencia no me importaba —es cierto, por otra parte, que mi madre ya había cubierto de regalos a sus nietos, les había comprado libros, juguetes, ropa, los había llevado al cine, al circo, al mar—, pero me parecía (y me dolía) que había tratado de excluirme, sin aparentarlo, como siempre, de sus tesoros, de sus porcelanas dieciochescas, de los cuadros y la plata, y, poco a poco, de los cajones llenos de camisones color arena, los guantes de piel color crema, el cepillo de oro con el camafeo. Del secreto de su preciosidad. Quizá, pensé, había querido darme confianza haciéndome aquella entrega, pero yo tragaba lágrimas y me asombraba: nunca conseguiría comprenderla.

Entre su cohibición y mi miedo nos habíamos quedado paralizadas ambas en el mismo punto en el que terminamos en Riga. Tanteábamos nuestras diferencias la una en la otra: yo, en ella, su renuencia. Radical en las pasiones, amaba u odiaba. Incapaz de llegar a un equilibrio, se libraba de golpe, con la misma alegría oculta con la que me ninguneaba en sus furibundos juicios, de quien consideraba indigno o desleal, pero invocaba la razón para justificar ese abandono. Ella, en mí, mi necesidad de convencer y conquistar y, por lo tanto, mi indiscreción. Difícilmente me resignaba a perder a alguien, calculaba, pero mis razonamientos me llevaban a encontrar justificaciones para todos. Ella no cedía, a veces durante años, cuando decidía cerrar una puerta; yo, en cambio, estaba siempre preparada para retractarme a la primera caricia. Si cerraba la puerta —también yo era muy susceptible—, me quedaba allí pegada, esperando que llamara pidiéndome que saliera, y me consolaba fantaseando. Ella detestaba la ensoñación, y tampoco las fantasías las comprendía (aun traduciendo magistralmente a Pasternak, todavía me preguntaba dudas: «¿De verdad te parece que quiso decir esto en realidad?»). Por lo tanto, en mí, la una, y las otras, mentiras.

Cuando después de su muerte me tocó reordenar sus cosas, me encontré muchas cartas todavía sin abrir. Cartas sin abrir de algunas de sus *von* alemanas: «*Liebes Signorchen…*», entre las que estaban incluso las últimas de *tante* Erna, amiga querida y tía de nuestra infancia. En Alemania, mi madre se escribía también con el comandante que fue su jefe del Departamento de Finanzas del comando alemán en Turín, donde ella trabajó como intérprete. Ella, que pasaba información al CLN[28] con regularidad, estimaba a aquel hombre pacífico y honesto, el cual, después de la guerra, le siguió escribiendo mucho tiempo: «*Liebe, sehr verehrte Frau Coïsson…*».

Cerradas también estaban las cartas de la prima que dio la noticia de la muerte de nuestro padre. Solo la primera, escrita muy apretada en hojas de papel casi transparente, estaba abierta. Mi madre no nos la enseñó nunca, aunque nos refirió su contenido. La prima volvió a escribir preguntando por qué no había recibido respuesta. Cerrada la carta del abogado de mi tío, en la que insistía en aclarar la situación de la casa de Torre Pellice tras un proceso que mi madre perdió.

Nunca abrió esa correspondencia —de la misma manera que no dejó ningún escrito de última voluntad—, pero la había conservado intacta en su escritorio, entregándose a mí, de forma oculta.

En realidad, estábamos presentes la una para la otra en primera persona, solo y sobre todo en las cartas que nos enviábamos, epifanía probablemente decisiva en muchas ocasiones.

Nada más trasladarse con nosotros, con sus muebles y sus cosas, desde su ordenada y luminosa habitación —venía tres veces a la semana una mujer contratada y pagada por ella a limpiar, también en las demás habitaciones—, empezó a propagarse en mi penumbra una luz implacable que me sorprendía en los momentos más silenciosos y en los rincones más remotos. Si me escondía en una imagen de la infancia de mis hijos, una fecha familiar inexacta o una payasada, ella, precisa, me cortaba con su haz cegador, reduciéndome, empequeñeciéndome, desposeyéndome.

En mi limbo me había refugiado en una vida neblinosa y sin contornos, erraba adelante y atrás por la pista de los mismos pensamientos —terminar mi matrimonio, quedarme sola con los dos hijos que estaban conmigo, irme a otra casa pequeñísima más cerca de la escuela— y trataba de recoger de aquí y allá, de manera desordenada y un poco obsesiva, las migajas exclusivamente mías que quería conservar. Listaba para mí todo aquello que todavía me importaba y aquello de lo que me desharía sin arrepentirme. Vacié mi habitación de muebles, coloqué mis libros, mis colecciones, mis cremas y alguna fotografía sin marco en las estanterías de hierro heredadas de la habitación de uno de mis hijos.

Quería despojarme de todos los artificios de mujer que todavía me quedaban. «Ya no necesito símbolos», me decía: de la tacita a cuadros blanco y azul (único recuerdo de mi infancia en Riga), de las camisetitas rosas de mi hija recién nacida, del jarrón de plata abollado por las frecuentes caídas del mueble de la entrada de donde mis hijos, pasando a la carrera, lo tiraban.

Una noche tiré al váter mi alianza de boda.

En cambio, atesoraba encuentros, incluso fortuitos, con cualquiera.

Con la hermosa mujer desconocida que me topé en la Piazza San Carlo, durante una manifestación, una mañana de junio de 1976. Deambulaba entre el gentío de jóvenes y chicas, vaqueros, faldas de flores, zuecos, niños a caballito sobre los hombros, jóvenes policías vestidos de civil y recién afeitados en medio de aquella juventud un poco desastrada, con sus banderas rojas. Era, claramente, la única madre de la plaza —el único padre, Vittorio Foa, en el palco— y no me decidía a

detenerme. Hasta que, detrás del palco, me encontré con otra madre de mi edad, con un escueto y elegante vestidito de flores, también ella buscando un sitio. Hablamos durante unos minutos, ella me miraba con unos preciosos ojos verdes y luminosos. Tenía ocho hijos —me dijo— (su cabellera oscura estaba ya salpicada de blanco) y se había ido de casa con el más pequeño. Este estaba de su parte, en contra del marido y de los hijos mayores. Hablaba con calma y decisión.

A menudo paseaba sola largo rato por las calles de la colina, a veces con mi amiga Lalla. Nos compadecíamos por nuestras vértebras —a ella le dolía la nuca, y a mí, la espalda—, que pese a los siglos transcurridos todavía se resentían de la humedad sufrida por nuestros antepasados comunes (ella por parte de padre y yo de madre) mientras defendían la fe por las montañas.

En nuestras conversaciones tranquilas —le indicaba el nombre de árboles y flores, hablábamos de la escuela y de los libros— el sentido común se respiraba, descendiente también él, junto con la artrosis, de las cavernas ancestrales. Amarga elección esta que no ayudaba en nada a la espalda —esto lo sabíamos ambas—, y que poco consuelo ofrecía, exceptuando la confianza en quien nos acompañó en la charla. Pasión simplona y recatada, adaptada al paso de los que suben y descienden.

En casa, sacada de mis rincones, mis eventuales insatisfacciones solo podían deberse a mi mal carácter. De la terrible furia interior que sin dirección ni meta me corroía, mi madre, ingenua e indiferente, concentrada en sus males, no percibía nada y continuaba basando sus desventuras en mi «felicidad», que se daba por sentada.

Corregida continuamente y devuelta a mi papel de chica mala, me debatía entre la represión materna, que parecía repetir y poner de relieve las injusticias ya sufridas en mi vida de mujer, el desconocimiento del trabajo —que era mi obligación— de mis manos y el afán solitario a la hora de abordar asuntos que también era obvio que eran de mi responsabilidad.

Después de una madurez no saboreada, había saltado, no hasta la resignación de la vejez, sino hasta el desorden de una adolescencia antinatural, atrapada en las tinieblas sin tiempo de las palabras no dichas y de las acciones no realizadas. A través de la involuntaria mediación de mis hijos, había, como siempre, dado un salto hacia adelante, el salto ciego y racional después del que, ahora, me tocaba arrastrarme cojeando. No estaba preparada —ninguna de las dos lo estaba— para la vejez.

Parecía que la vejez fuera imaginación mía; mi madre quería parecer siempre la misma, y de la misma manera que tuve que sostener la imagen pública de mi marido, anulándome, tuve después que sostenerla a ella con su orgullo. Continuamente, todos los días, me preguntaba: «¿Y yo?».

De su terquedad, sus ostentaciones de virtud y sus pequeños trucos, no conseguía reírme con afecto, como mis hijos, no conseguía no ver intenciones y propósitos ocultos en su comportamiento. Casi como si ella jugase contra mí (solo contra mí) su última carta —¿qué importancia tenían mis males o dolencias frente a la muerte que ella veía acercarse? — para, como siempre, hacerme callar.

Poco después de que se instalara con nosotros, Gianni tuvo que operarse de urgencia de un cálculo en la vesícula.

Siempre había gozado de una salud física perfecta, incluso en los periodos en los que, sin embargo, lo habían afectado estados de gran agitación nerviosa. En sus noches de insomnio (por lo general, podía llegar a dormir doce horas seguidas), en su improvisada e incontenible verborrea, yo aprendí a vigilarlo, pero nunca tuve que preocuparme por los cigarrillos que fumaba, el desorden de sus horarios y su improvisada forma de vida. Envidiaba su salud, y la consideraba un pilar con el que se podía contar.

Ese mismo otoño me había ocupado del traslado de mi madre. Le dejé todo preparado: la plata abrillantada en la mesa y los libros ordenados en los estantes. Gianni estaba a punto de volver a casa, poco antes de Navidad, después de un mes en el hospital, cuando acepté la invitación a pasar tres días en el Lacio con mis amigos Vera y Roberto, de los pocos de toda la vida con los que aún me sentía cómoda.

Preparé todo con el cuidado habitual; mis hijos estaban acostumbrados a estar en casa sin mí si lo esencial quedaba resuelto.

Mi madre escuchó en silencio el anuncio de mi partida. Como siempre, tuve que vencer el temor de dirigirme a ella. Más que un coloquio fue un monólogo mío. Ella callaba, sin mirarme en todo el tiempo a la cara, desviando la mirada a los rincones de su habitación.

Una hora después, en la cocina, donde estaba llenando tarros con la comida dietética de Gianni, apareció ella en el umbral:

—Laura está al teléfono. Pregunta por ti.

Se quedó quieta en la puerta y se retorcía despacio las manos, gesto que hacía a menudo como para calentárselas, pero que en aquel momento me pareció que expresaba una satisfacción secreta. Aquellas

manos nos las enseñaba por lo general después de hacer para nosotros una de sus magníficas menestras, lamentándose siempre de que la piel se le quedara reseca por haber tenido que preparar y lavar toda la verdura.

Fui hasta el teléfono del salón. Mi hija estaba teniendo un embarazo difícil: había perdido un bebé en un aborto dos años antes y ahora, en el tercer mes, se había visto obligada de nuevo a guardar reposo. Esto no se lo había contado a mi madre; le ocultaba todo lo posible los problemas familiares; no sé, en realidad, si por respeto o si por no tener que soportar sus nervios, además de los míos.

—Me ha dicho la abuela que te vas.

Así que mi madre la había llamado; de repente me di cuenta de que no había oído sonar el teléfono.

—Tres días —le dije—. Voy con Vera y Roberto. Estoy cansada. Ya sabes que me he pasado casi todo el verano en la ciudad con la abuela.

Mi hija, al otro lado, callaba. Yo continué:

—Lo he dejado todo preparado, como siempre.

—Papá vuelve mañana del hospital —dijo mi hija, y no añadió nada más.

Comprendí —pero me negaba aún a creerlo— que mi madre la había llamado para quejarse de que me iba, de que le dejaba la casa encima. Precisamente a ella, ¡a la que todos la servían en todo momento!

—Le veré el sábado —dije—. Él está ya recuperado y muy contento de que yo pueda descansar un poco. Solo tengo estos tres días.

—Bueno, pues adiós —dijo ella, con la voz incolora y nerviosa que tenía cuando estaba perpleja, y colgó el teléfono.

En aquel instante me invadió un impulso íntimo tan violento como para vaciarme de cualquier reacción que no fuera la furia que llevaba dentro desde hacía años.

Ella, mi madre, que había vivido libre como un hombre, cuyos hijos y nietos le habían criado, como a un hombre, otras mujeres, como un hombre me devolvía a mi lugar de sirvienta; me chantajeaba por medio de mis hijos, de mi hija, buscando su complicidad. De la misma forma que no dudaría en buscar también la de Gianni, para que yo continuase sosteniendo la estructura en la que ella podía mimetizarse sin deberme nada. Ella, que el verano anterior, mientras cada día le amarraba y soltaba el corsé ortopédico, incluso gimiendo de dolor, no se quejó ni una vez del silencio de mi hermana, que se había ido de crucero un mes. Y, en cambio, no había dejado de soltar, en un explícito e intencionado

plural: «¡Pobres hijas mías: vuestra madre se os cae encima!». Fui a la habitación de mi hijo Pietro. Por el camino no era capaz de articular, hablando conmigo misma en una repetición frenética, como electrocutada, nada más que esta frase: «¡Tú, que sola no te haces ni una taza de té! ¡Tú, que sola no te haces ni una taza de té!».

—No me voy —le dije a Pietro—, no es posible.

—Pero ¿por qué, mamá? Te vendría muy bien.

—No puedo —le dije—, la abuela os lo haría pagar.

—De la abuela ya me ocupo yo.

—No —dije—, no te dejará. Solo yo sé cómo mantenerla bajo control.

Las semanas siguientes, cumplí de manera incansable, casi crispada por una furia vengativa, con todas mis obligaciones: no falté ni una vez a las formas —¿no le importaban tanto las formas?—: una sopita, un té matutino para el catarro, una pastilla para el dolor de espalda, un paseo bajo el primer sol primaveral. Vivió con la hija que siempre había deseado: la chica mala pero útil.

En la ducha, donde nadie podía oírme, desahogaba mi rabia insultándola en voz alta. Decía, como en una letanía: «Heces, catarro, orina, no te olvides de tus obligaciones». Cuando, viéndome atareada en la cocina, me preguntaba afable y golosa: «¿Qué le estás preparando hoy a *tu* enfermo?», por aquel *tu*, que otra vez me encadenaba a las enfermedades de mis familiares y a su vejez como a un momento natural de mi vida, la hubiera matado.

En aquellos meses, sin embargo, en los que me recuperó como hija, me di cuenta de que empezaba a tener miedo de mí, de mi esfuerzo, de mi rabiosa y muda amargura; el tiempo, que desde entonces nos había negado una historia, había invertido los papeles: yo, la madre; ella, la niña. Pero no la madre que yo había sido para mis hijos, sino la madre que ella misma fue, inalcanzable y perfecta en el firmamento de la infancia. Ahora ella temía de mí su mismo desafecto.

Porque, sencillamente, esta fue la certeza que tuve mientras me dirigía a la habitación de Pietro: «Ella no me había llevado nunca dentro; yo en ella no existía».

En torno a esa certeza, pequeña y profunda como mis iluminaciones, mi rabia poco a poco fue cediendo; no podía evitar comparar la frágil anciana en que mi madre se estaba convirtiendo con la gigantesca figura contra la que libraba mis batallas. La veía defenderse, ella que había sido tan temeraria, con las mentiras y el férreo silencio con los que yo misma,

de niña, me había defendido de ella. La nueva e inesperada semejanza entre las dos me asombraba y me llenaba de culpa, sin ser capaz de apaciguar mi resentimiento con generosidad. Mi rabia, aunque agotada, yacía en mi ánimo como un gigantesco bloque errático que evoca un cataclismo. No podía tocar nada, no soportaba hurgar entre mis restos y mi basura. Vivía al día y no me aceptaba; incluso mi diario adolescente, que estaba releyendo, me irritaba.

Lo recuperé la noche que nació mi primer nieto y empecé a leerlo mientras esperaba la llamada de mi yerno. Hojeando aquellas páginas, en las que mi caligrafía me parecía irregular y extraña, sentía que el esperado nacimiento me reconectaba de alguna forma con las líneas escritas entonces. Era otra vez —como cuando nació Andrea— un final y un principio; incluso si, me decía, de un futuro no mío en cuya periferia yo no sería más que un fragmento.

Fue en concreto en aquellos meses, la tarde en el Po en la que se habló de la historia valdense, cuando Costanza, asesora de la RAI, me propuso escribir algo.

—¿Por qué no escribes un guion? Te lo presento yo.

—Una historia de hombres —dijo mi amiga Luissa—, tú siempre escribes historias de hombres.

—Eso no es cierto —me defendí—; también escribo de mujeres.

—Uno espera siempre que llegues hasta el fondo, pero solo pasas de refilón.

—Las conozco demasiado bien —repliqué—, no me producen ninguna curiosidad.

—Escribe esta vez de ti —dijo Luissa.

—No puedo escribir sobre mí —respondí—; aún no estoy preparada.

Era septiembre. Cuando terminé las conservas y las bajé al sótano, dediqué un tiempo a pensar en el guion.

Treinta años después vuelven a caminar por las pedrizas desoladas y por los altiplanos amarillos de otoño —el único ruido que se oye es el silbido débil de la hierba seca agitada por el viento, gritos de pájaros y de marmotas— los montañeros, antepasados del abuelo Gioanni Daniele, cruzando los montes de dos mil metros, bajo el peso del fusil y de las mochilas, con sus reclamos occitanos gritados de valle a valle, el canto de los salmos y las vides plantadas entre las rocas.

Una vez terminado el guion, lo entregué y esperé. El asunto empezó a despegar; yo tenía ciertas reservas. ¿Qué sabía yo de películas y

adaptaciones? Tendría que aprender un nuevo lenguaje, y por fuerza me relegarían a un segundo plano, a un personaje viejete e inoportuno.

Se interesó un director de Roma, a quien la RAI trataba de encargar la película; era muy respetuoso —«Entiendo que esta historia es también su historia», me dijo, y yo me quedé un instante bloqueada—, pero también muy poco claro con los plazos y las competencias. Empecé a olerme trampas papistas y romanas por las que me arriesgaba a tener que trabajar mucho por la gloria de otros. Sus valdenses, en definitiva, no eran los míos. Los suyos disertaban sobre la doctrina de manera elocuente y seria, y los míos preferían el arcabuz y la trinchera. No, me decía, mejor hacer cola para cobrar el estipendio del día 27 que un extraño, que no sabe nada de mí, me pagará en fabulosos billetes. Distinto de un mes a otro, pero siempre de poco importe ese pago; pequeño, limpio estipendio estatal que en verdad no tiene relación con el trabajo que he desarrollado de manera escrupulosa, según exige el Dios *barbetto*: el Estado debe ser servido a la perfección. Solo así, llegado el momento, ay, a veces inevitable, se podrá desobedecerlo.

Entretanto, me dediqué a preparar una documentación más exacta sobre el argumento del guion.

En una luminosa jornada de otoño, subí al coche con mi amiga Chicchi y fuimos hasta la Balsiglia, donde en 1689 se libró una famosa batalla entre los valdenses y las tropas del duque aliado con Luis XIV. En el pequeño bar junto al puente nos sirvió un té excelente —el mejor té de los bares italianos se toma en los valles, quizá para disculparse por todo el alcohol que ingirieron nuestros padres— una señora que hablaba muy alto y claro, con las erres muy marcadas, como muchas mujeres valdenses. La pronunciación de aquella erre, incluso en voces masculinas —la tiene también la voz de mi primo holandés—, es para mí un reclamo inmediato en el que no distingo el temor al rechazo de la esperanza de aceptación.

Aquel día de otoño las pocas y viejas casas al otro lado del puente, bajo la cresta de la Balsiglia, con sus cuatro picos puntiagudos, estaban en penumbra y cerradas, como también el pequeño museo.

Subimos un poco la pendiente para contemplar, más allá del arroyo, las laderas boscosas donde tres siglos antes tuvo lugar la batalla. La familia del bar estaba cogiendo patatas del sembrado, en un campo un poco más allá; el Germanasca bajaba alegre. El mismo Germanasca en el que los hermanos Tron-Poulat —Tron o Poulat se llamaban también los

que estaban recogiendo patatas— habían arrojado tres siglos antes la piedra del molino, antes de partir armados hacia el exilio suizo. La recuperaron después, de las aguas del torrente, cuando se preparaban para el largo invierno de 1689 en sus casamatas.

Los miraba, a los Tron-Poulat, arrancar patatas, y otra vez me sorprendió una sensación de inadecuación parecida a la que sentí cuando el montañés de Angrogna me dijo que éramos primos mientras conducía sus animales al establo. El día de otoño fue tan intenso a mi alrededor, con el azul del cielo, el aire limpio y perfumado de tomillo y resina, con los gestos de aquellos, allí, metiendo las patatas en los sacos, que me pareció que yo era como un filtro imperfecto para esta realidad idéntica, me decía, a la realidad de entonces, cuando la historia que quería contar sucedió. No había ningún vínculo entre yo y aquel mundo que me quedaba lejano. No, las pobres casas de piedra en penumbra, las cuatro crestas afiladas, la mujer de la voz potente, clara, con las erres marcadas, me eran ajenas. Su historia no me precedía, yo no venía de ella.

En cambio, el wéstern estaba aún allí, ante mis ojos; como entonces, mis héroes no siempre eran heroicos —¿no había diseñado la película precisamente para bajar a los padres de su pedestal?— y, como entonces, mis católicos no pertenecían al odiado círculo de la jerarquía perseguidora y de la guardia muda.

De hecho, a día de hoy siento un interés diferente por sus argumentos, aunque todavía me producen cierta antipatía los aspectos relacionados con la oficialidad de la Iglesia, el oro, el púrpura, la odiosa salmodia, la obsesión burocrática de los ritos, y también ese estilo político y literario italiano, de excesiva adjetivación, ambigua de manera premeditada, que yo llamo «católico».

Cuando, en la pantalla, el papa se asoma a su ventana, mi madre, a quien tampoco parecen importarle demasiado sus orígenes, observa, apuntando con la nariz, gesto que utiliza para indicar burla: «¡Mira el cuco!».

Buscando entre documentos, sentada en la Biblioteca Real, me deleito leyendo los libelos antivaldenses del prior Marco Aurelio Rorengo; su estilo, para nada *católico*, es burdo pero vivo, y allí me reencuentro con los padres citados con su lenguaje cotidiano, con el humor del siglo XVII, con los detalles de la convivencia belicosa pero no sangrienta de aquel breve periodo. Anoto y reflexiono: creo que soy equidistante entre las teorías religiosas del prior y las de los padres (pero también del todo

indiferente, como me ha ocurrido siempre con las doctrinas), aunque, como es lógico, no entre las teorías de los perseguidos y las de los perseguidores.

Una noche le pregunto a Gianni: «Si estuvieras a punto de morir, ¿querrías la extremaunción?». Veo que vacila un instante antes de responderme que no; su duda me sorprende y lo aleja de la idea que tenía de él; sin embargo, no sé por qué, esta compensa otra de sus respuestas. Precisamente, viendo al papa en la pantalla, absorta en una de mis reflexiones, le pregunté: «¿Te parece que él cree?». Y él, a continuación, muy tranquilo, respondió: «¡Pues imagínate!».

Un día, nuestra hija está comiendo con nosotros mientras su bebé de pocos meses duerme en la habitación de al lado. Les hablo de mis investigaciones en la Biblioteca Real. Cito a los cuatrocientos niños arrebatados a sus familias durante la campaña de 1689 y entregados a familias de sólida fe católica.

—Cuatrocientos —digo— jamás devueltos pese a las reclamaciones.

Mi hija se queda pálida; sus pecas se vuelven grises.

—¿Eso es verdad? —pregunta.

—Claro que es verdad.

—Yo me hubiera hecho católica de inmediato.

¿Católica? ¿Por qué no? Nuestros hijos no están bautizados; nos casamos en la salita del ayuntamiento de Turín, y nos leyó el texto de la ceremonia una colega y amiga comunista, menudita, con su enorme banda tricolor puesta. «Que los hijos decidan por sí mismos», decidimos.

A mi hija, en cambio, de pronto, no sé qué responderle. ¿Que quizá yo hubiera huido por senderos y acantilados?

Cuando ya se ha ido, me viene a la memoria la frase que la abuela de Vera le dijo a una nieta que se hizo católica para casarse: «Tú has preferido la luz de una vela a la luz del sol». La escribo y me parece acertada; la utilizaré.

Por lo demás, frases hermosas relacionadas con los hechos las encuentro continuamente en los documentos que estoy consultando.

En 1688, un colono católico, que ha comprado una finca confiscada por el duque a los valdenses ahora exiliados —él cree que para siempre— en Suiza, está sembrando cuando oye una voz. Un desconocido lo llama desde el otro lado del cercado: «¡Eh, tú, oye! ¡Odín te ha mandado plantar para el año que viene!».

O también el hugonote francés, cazado en una emboscada, que,

mientras sube al patíbulo montado en la plaza mayor de Pinerolo el día de mercado, habla y reza en voz alta: «Tienen pan, arriba en la Balsiglia, y pólvora y sal, y vino y lana de sus rebaños, y mantas y telas y ollas; y, alrededor de las casamatas, canales para que circule el agua. Y el Dios de los ejércitos combate con ellos. Y tienen pan y sal y vino». Y el pueblo, que lo escucha, llora asombrado.

Yo no lloro ni me asombro, yo narro.

Mi arrogancia *barbetta* es una arrogancia bastarda, pálido reflejo de la merecida arrogancia de quien tiene una historia; de la alegre arrogancia que arde en las grandes hogueras que se encienden cada año el 17 de febrero. Reflejo corrompido que apenas ilumina mis páginas, derivado como está por tantas otras páginas. Soy una zíngara que va por ahí con su carromato contando historias: he aquí las víctimas, he aquí los verdugos, he aquí los vengadores y el final feliz.

Sin embargo, me digo que yo jamás me haría católica.

Una mañana escribo: «... en el huerto de la abuela, en Torre Pellice, crecían unas plantas traídas por la bisabuela hugonota de su huerto de la Provenza». Luego, comento con mi madre el nombre de las plantas, y no conseguimos identificar el de la planta del guisante.

Ahora, de vez en cuando, a ella le da por hablarme de cuando era pequeña. Pocas frases, dichas casi con disgusto, reflexionando. Recuerda la severidad de su padre: «Me daba bofetones porque confundía la *b* con la *d*. Tenía cuatro años. Mi abuela Jeannette —la hugonota—, en la habitación contigua, decía: "*Ah, mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu*", mientras él me pegaba».

Son muy escasos los hallazgos de arqueología doméstica de mi familia materna. Se daban a menudo enfrentamientos hirientes, separaciones y distanciamientos repentinos (mi madre, por ejemplo, decidió en pocos días, por motivos que no explicó nunca, dejar la enseñanza en Italia —donde, según me dijo, no le pagaban las vacaciones— y aceptar un trabajo en la Universidad de Riga, en un país, Letonia, que estaba a una distancia geográfica e histórica inmensa del pequeño valle de donde procedía), para dificultar la reconstrucción de una historia en la que las relaciones entre los protagonistas se entrelazaban de manera complementaria, continua y envolvente. Cada uno tiene su propia historia particular y en ella está atrapado como una mónada hostil. Se conocen a partir de una competición de méritos (donde incluso la gramática y el diccionario son herramientas de perfeccionamiento) nunca

acabada porque falta la única aprobación válida, la imposible del Dios *barbetto*. Por un seis en latín el abuelo sacó a su hija de la escuela superior, mientras que a su hijo lo dejó continuar en el instituto con calificaciones siempre de cinco. Ella no se lo perdonó nunca, y aún hoy dice: «Yo era su preferida, aunque no lo demostraba».

No duda en hablar mal de su hermano, del que estaba celosísima; alude a la predilección materna por él: «Mi madre no aceptaba que yo fuese más inteligente que mi hermano». Habla con la agresividad consciente con la que uno de los padres hubiera hablado del agua de una acequia robada por un vecino.

Yo sigo escribiendo de la abuela, que degüella las gallinas en el azarbe del jardín. Y veo y huelo correr el agua en verano, en el huerto, entre el revestimiento de piedra de los bordes; un olor profundo, casi de sótano, muy distinto al del agua que chapotea contra las piedras del Pellice y desciende, verde y límpida, en canales rapidísimos hasta la fábrica. Un olor profundo como la fragancia de las hojas en los senderos de la colina, entre paredes empinadas y altas de tierra contenida por piedras y raíces; ligero, en cambio, el aroma un poco ácido del sol en las hojas de parra.

Necesitaría una pausa, pero no para llenarla de cualquier cosa, una interrupción hueca, vacía y fresca como las veredas de la colina, en la que refugiarme sin más.

Estoy parada, no escribo, cuando me llega el contrato de la RAI; confirma mi desconfianza inicial: es muy vago en sus términos y no especifica qué me tocaría hacer. Además —y eso me irrita mucho—, a la remuneración debida al director se le ha añadido un tercio de la ya de por sí pequeña suma que me habían prometido. Prefiero trabajar gratis antes que mal pagada.

Llamo de inmediato y cancelo el contrato; al director le escribo una carta ruda y clara: mis valdenses se quedan conmigo.

Como siempre que rechazo algo, me siento casi feliz y enseguida me pongo con otros proyectos. ¿Por qué no hacer un documental con entrevistas en los valles cristianizados hace tres siglos, los valles de Cuneo, de Susa, de Pragelato?

Busco pero no encuentro el libro que creía tener sobre los valles de Cuneo; cojo un mapa geográfico y trazo algunos itinerarios. Recupero las hojas dispersas en las que escribí sobre Torre Pellice y anoto: «... recuerdo perfectamente la primera vez que me dije “¡soy feliz!”. Tenía

diecisiete años y corría por el campo».

Para empezar, la chiquilla corriendo tiene dificultades para tomar forma. La renuencia que siento a representarla nace de mi actual aversión a mi pasado, a exponerlo, a definirlo. Aversión que tiene como raro contrapunto el ímpetu con el que abordo el pasado de los demás.

Escribiré sobre Concettina, una alumna que tuve hace doce años. La primera vez que la hice leer, noté, asombrada, que su erre demostraba claramente una pronunciación francesa de una corrección insólita. Concettina —alta, rubia, de un rubio de espiga, no de lino— leía con esa voz un poco ronca de muchas niñas meridionales. Era de Apulia, de Faeto, me dijo, en la provincia de Foggia. Allí se hablaba un dialecto angevino[29] (ella pronunciaba todavía la *h* de *haut*); el cura tenía los mapas de Faeto en la parroquia, pero no se los dejaba ver a nadie. Cuando se lo conté, Concettina sonrió.

No le dije a Concettina que era muy posible que hubiera más mapas, quizá en el archivo de la Inquisición, en Trani, y en estos, la sangrienta historia de Faeto, localidad valdense desde el Medievo y convertida por la fuerza durante la Contrarreforma. Oyendo a Concettina leer, con una fresca pronunciación cotidiana, me imaginaba que en su pueblo habrían continuado durante años leyendo la Biblia a escondidas —o quizá recitándola, transmitiéndose oralmente los textos— en francés, y por eso se había conservado durante tanto tiempo su lengua. ¿Occitano o franco-provenzal? Sobre ese tema, tiempo después, hizo Concettina su tesis de graduación. Alta, rubia y bella, se casó por la Iglesia y, como en la boda de su madre y en la de la madre de su madre, la ceremonia la ofició un cura.

Querría, me digo, indagar su sonrisa y los silencios de su gente. Averiguar lo que ha quedado, aunque solo sea una taciturna reserva.

Incluso en mí, ¿qué ha quedado? En mí, que soy una bastarda sin historia, que se agarra a la historia de los demás, que, a fin de cuentas, no tiene siquiera las confiadas raíces de Concettina, su «angevino» obstinado y secreto.

En realidad, el Dios *barbetto* no abandona nunca a nadie. También a los bastardos los sigue y recoge. Y, por otro lado, en su nombre, los padres no han renunciado jamás a un trozo de tierra, a una ladera boscosa, a un cabritillo recién nacido, a una polla de agua, a un trozo de cielo gélido recortado en la ventana. ¿Por qué iba entonces a abandonarnos a mí o a Concettina?

A Él, agazapado en mi espíritu, me liga un pacto que se contradice a sí mismo porque es impuesto y no sellado; un desacuerdo. Un pacto de infidelidad. Una estaca desnuda, clavada profunda más allá de la superficie del resentimiento minoritario. De hecho, este brote de irracionalidad (católica nunca), que he sentido coagularse en mí según iba escribiendo acerca de los padres, está envuelto en una negación que, lejos de acercarme a su indómito pasado, me ata a algo mío propio, algo remoto, no por los siglos, sino por desconocimiento.

Esto es lo que debería rastrear; quizá ahí aparezcan indicios que seguir para añadirlos a ese libro *diferente* que Luissa me pedía. Tengo que escribir sobre mí.

Algunas semanas después de la decisión de no firmar el contrato de la RAI, y tras haber devuelto —tal y como los guardaba en el sótano— los libros y los apuntes a la estantería, cogí de nuevo la máquina de escribir y empecé este libro.

Pero, al partir de la urgencia de una investigación, de la llamada del Dios *barbetto*, muchas otras cuestiones por completo distintas se agolparon de pronto en las referencias y los recuerdos. Según avanzaba, verificaba, repensaba y trataba de relacionar, no solo tropezaba con mi desorden cronológico, con mi descuido geográfico, sino que advertía, además, la necesidad de marcar una distancia que no fuese tan solo el pasado. Me habría gustado no separar el yo parlante del yo pasado, no condicionar el uno al otro, responder a los signos contenidos en aquel círculo que se estaba cerrando. Solo en el presente —un gran presente sin barreras— hubiera podido dar unidad al yo, pero el presente se negaba.

Tenía delante mi vida y mi libro, y parecía, cada día más, que en este pudiese quedar trasmutada y absorbida aquella. Las páginas que escribía adquirían un carácter irrevocable y me oprimían en un asedio imparable.

Atareada con la máquina de escribir, oía a mi madre toser en la habitación contigua y pasar por el corredor, y me parecía sentir en el impulso de representarla, a ella, tan esquiva y desdeñosa, otra traición por mi parte. La enésima traición. Cuando salía, dejaba escondidos los folios ya terminados, y, una vez que me preguntó si estaba escribiendo algo, le dije que no. Era como si su presencia sometiese físicamente mi oportunidad de escribir.

Me iba dando cuenta de que no quería escribir sobre ella, ni encontrar las palabras adecuadas ni los momentos significativos. Me retenía una verdadera tacañería. No era capaz de concederle asuntos propios no

relacionados con nuestro parentesco, y trataba de aplastarla bajo constantes comparaciones que a duras penas lograba que no cayesen en el puro chisme. No me venían a la memoria episodios felices, como aquellas observaciones cómicas (también sobre sí misma) en las que se suavizaba su sarcasmo. No sabía evocar su voz sonora en la que vibraba la erre durante los catarros. No recordaba sino su silencio o, por el contrario, sus opiniones hirientes y sus escenas violentas.

Dudaba pues entre registrar solo los hechos, reducirlos, dominarlos —y sí, por qué no, exorcizarlos—, o sencillamente renunciar: no lo entiendo, no lo acepto y no sé cómo contarlo. Hundirme una vez más bajo el hielo del mar invernal de Riga.

Ante semejante duda acabé por entender que las líneas con tanto esfuerzo escritas, borradas, reescritas no eran más que una íntima llamada de auxilio, y que jamás irían más allá de esta llamada; del libro que hubiera tenido que medirse solo consigo mismo, estaba haciendo un cómplice.

Por otra parte, construía un monumento en el que grabar las conclusiones que servían para consolarme y justificarme. Pero que un restaurador genial —y entrometido— uniera las manos de piedra del conde y la condesa de Arundel sobre su sepulcro quizá pueda conmover al público que se consuela con la paz de la muerte, aunque siga siendo, en el fondo, una simple obra de restauración que no concierne ni a vivos ni a muertos. ¿Y buscar paz por medio de un libro no es, en realidad, tergiversarlo de nuevo? Solo la vida puede dar paz y guerra, y de eso es de lo que el libro debe hablar.

Así que escribí y reescribí, buscando llegar, partiendo de mí misma, a lo que escribía, y de ahí, a los que lo leerían; después, del lector otra vez al libro, separándome a mí misma de lo escrito y lo escrito de mí.

Entretanto tuvimos que cambiar de casa y vivíamos en un pequeño apartamento en el primer piso de un antiguo edificio del centro, con techo abovedado, profundas ventanas, elegantísimos acabados, con poca luz en invierno y un patio en verano, a menudo maloliente. Escribía junto a la cama, con la lámpara encendida incluso de día. Daba vueltas entre mis plantas, mudadas desde un alto balcón hacia una plaza luminosa y abierta a este largo y bajo balcón, y valoraba si necesitaban agua. Me gustaba, regando, que el agua salpicara el patio, como una lluvia breve.

Habíamos quedado solo nosotros tres, mi madre, Gianni y yo.

De aquellos años, de los últimos días de mi madre, puedo reconstruir momentos y breves periodos en general plácidos. Ella y yo estábamos mejor de salud; Gianni estaba, como siempre, discreto y paciente; los hijos, atentos y cariñosos; poco a poco, según la edad la iba debilitando, mi madre empezó a fiarse de mí. Una vez alabó uno de mis libros y lamentó que no hubiera tenido el éxito que merecía. A mi hermana, que vino a verla unas semanas antes de su muerte, le preguntó: «¿Dónde está mi hija?». «Estoy aquí», le dijo Sisi. «Tú no, la otra», replicó ella.

Enferma, en cama y atendida por mí, me dijo de repente una noche: «La verdad es que el Señor no te ha ahorrado nada».

Fue la única vez que la oí nombrar a Dios.

Luego añadió, dudando y buscando las palabras: «Primero tu padre, luego cuatro hijos que criar, y ahora yo». Se interrumpió y, tras unos minutos callada, concluyó: «Tú eras la valdense (casi como hablando de algo del pasado de lo que no se hubiera dado cuenta antes) y Sisi la judía».

Y con esas palabras —con las que seguramente trataba de «hacerme justicia» y quizá darme las gracias— nos separó una vez más dentro de su corazón.

No puedo añadir mucho más, pero esto sí: en ella se produjo una verdadera fractura —de nuevo una herida, una división— entre la regla moral que se sentía obligada a transmitir y su propia naturaleza. Liberada de tal cometido (¿sería por esa misma obligación por la que ella, una europea casada con un judío, me llevó desde Riga hasta la iglesia valdense de Torre Pellice para que fuera bautizada?), desvinculada, como decía, de aquella promesa hecha antes que ella por otros a los que involuntariamente ella pertenecía, mi madre amó felizmente a mis hijos.

Pero entre nosotras está la regla que, sin querer, desde muy lejos y en secreto, ella tuvo por fuerza que imponerme.

¿Por qué a mí, en particular, sintió que debía imponérmela y traspasármela? Lo ignoro. Podría suponer, quizá (entrando en detalle solo por un momento en los misterios del amor, que descubrí impenetrables cuando leí aquella descripción de mi hermana con la peluca blanca), que fue porque no conseguía quererme. ¿No era yo acaso la prueba de su desatención a la regla y al mismo tiempo la causa —inocente pero no recusable— de su desgraciado matrimonio? O, mejor dicho, es difícil querer a quien, bien o mal, reproduce un modelo que a ti

mismo te ha herido y que por impulso transmites. Es difícil querer a quien educas para que sea tu rival.

En mí rechazaba tanto a alguien que se apartaba de la regla o la contradecía como la norma temida que veía poco a poco, aunque a primera vista diferente y nueva, consolidarse y definirse en mis acciones.

Las mujeres de mi vida lo fueron en contadas ocasiones y de mala gana —como mi madre, que me parió y me amamantó, o la abuela, compadeciéndome por esa futura e inevitable injusticia compartida, mientras me entregaba los paños de la primera menstruación—, pero los hombres, los padres, fueron padre y madre, ejemplo y contraste, y lo que puedo concluir es que, al contrario de lo que le dije a Luissa aquella tarde en el Po, yo, a las mujeres, no las conozco; solo conozco a los hombres.

¿No era acaso al padre a lo que mi madre anciana temía en mí? ¿No era acaso a los padres, en ella, a quienes yo les era desleal?

Contra los hombres continuó invadiéndome una rabia furibunda —nunca he querido a hombres mayores que yo, y solo me seduce la voz del tenor, incluso del contratenor, aunque, cuando canto sola, canto con voz de bajo arias verdianas de grandes viejos—, una rabia incontenible, cuando me levanto a hablar, a gritar, por un hecho injusto, una arrogancia o un abuso, o una burla a quien es más joven y no sabe defenderse. Pero más que contra los hombres, sobre todo grito y lloro contra las mujeres que no fueron mujeres hacia mí.

A través de las mujeres los padres han llegado hasta mí, caminando por las pedrizas, y me han entregado los fragmentos rocosos de su herencia, la *barbettidad* bastarda y desleal, procedente siglo tras siglo de los antepasados del abuelo Gioanni Daniele, legado difícil y ambicioso, pero inalienable.

Ausentes de mi vida, aunque de formas distintas, padre y madre, fantasmas simbólicos, ambos la han marcado de una forma indirecta, involuntaria, una marca ni siquiera imprimida por ellos; mi madre, siendo incapaz de aceptarme; mi padre, con su trágica muerte.

Fantasmas simbólicos que a escondidas han estado presentes en mis afectos, pero no para ser resucitados en una real y terrenal presencia, sino, al contrario, para dotarlos de su propio y mismo carácter, familiar pero esquivo; más fuerte que la presencia del amado era, de hecho, el nudo que quería amarrar el amor. Solo como madre de hijos (míos y ajenos) conseguí escapar de esa trampa.

Por otra parte, de la familiaridad con el símbolo, de su autonomía inherente, es de donde nació en mí la exigencia de transformar, el impulso de representar, de recrear, la convicción de que todo puede ser reproducido y retratado.

Pero no en un tapiz de hilos de seda y oro: mi unicornio es siempre un perro callejero dormido en plena canícula de julio a la sombra de un quiosco cerrado.

Habían pasado dos años desde la muerte de mi madre; decidí jubilarme. Estaba haciendo la enésima revisión de mi autobiografía en Bordighera, durante una estancia allí con Andrea. En el momento en que, muerta ya mi madre, decidí releerla, estuve muy tentada a ceder al pasado: protagonista, antagonista, historia, conclusión. Quizá era más sencillo confiarle al acontecimiento irrevocable el proceso de tan difícil desapego.

Tenía sueños horrendos: me enfrentaba con algo que tenía el aspecto de mi madre vieja y trataba de hacerla pedazos a golpes de hacha y, mientras, en vano, intentaba destruirla, aquella cosa continuaba, chorreando sangre, proclamándose mi madre, a quien yo, no obstante, gritando y llorando, invocaba: «... ven a decirle que tú eres la verdadera, que estás muerta, que tú no eres ella».

De nuestro último encuentro, hubiera podido, de verdad, obtener algún consuelo, atribuirlo al deseo de nuestro común Inescrutable, pero disputaba a la memoria y al azar ese derecho, no me decidía a renunciar al presente y en el presente estaba todavía la carga, aunque casi extinguida, de mi rabia, el odio que, como Sigfrido junto al rey Gunther[30], había combatido a nuestro lado, invisible con su capa mágica, y nos había empujado a la una contra la otra en una lucha heredada —imagen contra imagen, no persona contra persona—, en una competición de méritos estériles por cuenta de quien nos había precedido.

La última vez que hablamos fue en la residencia donde había pasado el verano. Era mediados de septiembre, y un enfermero me había llamado porque le preocupaba que desde hacía días mi madre había dejado de comer. Me acerqué con mi hijo Paolo, que como médico la había atendido durante esos años. Unos días antes, ella me había dicho: «Ya no tengo más ganas de leer», y tuve una especie de presentimiento.

Paolo la visitó y la confortó. Ella, acostada vestida (me di cuenta de que no se había quitado el camisón, que le asomaba por el cuello del traje), lo escuchó casi distraída. Mirándose el brazo, dijo: «Se me ven las

venas». Trajeron la comida y conseguí que se la tomara, dándosela yo misma.

Mientras, le dije que debía hacer el esfuerzo de comer un poco cada día si quería tener fuerzas para venir a casa el fin de semana, donde estaba su habitación. También me escuchó distraída. Nos despedimos y nos dirigimos hacia la puerta. Ya en el umbral, ella dijo, sin levantarse, apenas volviendo un poco hacia nosotros la cabeza, iluminada por el enorme cielo de septiembre, un crepúsculo rojo detrás del ventanal que vertía su luz sobre la cama: «Sé que me lleváis en el corazón».

Aquel mes de julio, en Bordighera, llovía sin cesar. Andrea preparaba un examen en casa y yo estaba muy contenta de poder atenderlo. No se podía ir a la playa y paseaba con botas de agua por las calles incongruentemente bordeadas por jardines florecidos bajo un cielo gris como de noviembre.

Una tarde me acerqué hasta una casona deshabitada que me intrigaba y que, año tras año, volvía a visitar.

Aparecía en lo más alto de una loma, un paralelepípedo enorme y oxidado por el tiempo en los balcones y bajo las vigas del tejado; con las persianas derrumbadas en las innumerables ventanas. El gran jardín que la separaba de la calle estaba invadido por una caótica vegetación en la que faltaban casi todos los colores. En medio de los demás jardines, cuidados, cultivados, llenos de flores de todas las especies, de limoneros, de jazmines, de infinitos geranios y dalias, de trepadoras, el terreno de delante de la casona parecía completamente agostado, con su verde casual y despeinado. Un hotel abandonado, pensé; solo un letrero oval, encima de la gran verja de la entrada, desmentía mi conclusión. Estaba escrito con ornadas —y también muy altas— letras bruñidas y afiladas, y ponía ANGST. También en el tejado se repetía esta palabra en grandes placas oxidadas. La *A* se había inclinado hacia atrás y amenazaba con arrastrar con ella las consonantes, que no por azar la seguían. En alemán, de hecho, se pronunciaban todas juntas: *angustia*.

En esta ocasión descubrí, un poco antes, una calle de subida que no había visto nunca; de hecho, cada vez que me acercaba a mirar la casona, pensaba que ya no la encontraría allí —derrumbada sobre sí misma, ruinosa en su todavía rígida y gigantesca estructura geométrica, que quizá, por sí sola, hubiera continuado dibujando el perfil de la casa en el aire, después de su desaparición— y miraba a lo alto hasta que la veía aparecer, con sus puertas y ventanas cerradas y corroídas al fondo del

jardín sin flores.

Me aventuré por la calle, bajo el paraguas, entre casas, estas sí, llenas de flores. Se había levantado un viento suave del sudeste. De repente, después de la primera curva, me encontré una verja abierta y distinguí, muy cerca, junto al lado más corto, la inmensa casona al final de un sendero cubierto de vegetación. Seguí adelante unos minutos más por la calle; una enorme y espléndida mata de clemátides purpura cubría el muro del jardín contiguo y, un poco más allá, en la parte trasera de las villas, una explanada completamente silvestre, llena de flores de aulaga.

Volvía, como cada día, a mi trabajo de reelaboración, a mis intentos de cerrar las tijeras entre la vida y el libro —hubiera tenido, me decía, que ser una conversación casual, no concluyente, entre más interlocutores: yo, el libro, los demás, los que aparecían, los que lo leerían...— y me venían a la cabeza detalles, episodios, palabras que no había citado, quizá más importantes que los referidos. Y en el futuro ¿quizá no estaba aquella visita mía invernal a Torre Pellice, a la que me encontré ya confinada por la oscuridad de la enorme pared del monte Vandalino? La calle de la estación a la biblioteca adonde iba a consultar los textos, vacía; solo un fuerte viento arrastraba las hojas secas por el aire gris y malva. Sin embargo, me pareció que, helada y sola, me refugiaba en un vientre de penumbra, poco acogedor pero conocido, el mío.

Cuando volví atrás desde la explanada florida, me paré en la verja de la entrada. Cerré el paraguas porque sobre mi cabeza un inmenso ficus extendía sus ramas frondosas de grandes hojas. Me di cuenta de que la casa que estaba a su izquierda era también, detrás de una fachada en apariencia intacta, una ruina, con el tejado hundido. Contemplé la casona —ahora desde más cerca— y recorrí con la mente sus innumerables habitaciones —a saber si también despojadas de su pasado — bajo la enorme *A* inclinada, igual que un arma caída.

Detrás de mí, con un ruido seco, rozaban el suelo las hojas del ficus arrancadas por el viento. Era el único ruido que se oía. «Podría continuar reescribiendo para siempre —me dije—, continuar abriendo las puertas tapiadas dentro de la inmensa *Angst,* sin acabar nunca». El viento suave mezclaba el olor de la tierra mojada con el rumor de las hojas. «No es un rumor otoñal —pensé—, es demasiado nítido y disperso». Y, volviendo la espalda a la verja maltrecha, decidí confiar mis páginas a lo provisional.

[27] Este color es el de uno de los dos equipos de fútbol de Turín.

[28] Comité de Liberación Nacional, que organizó la Resistencia contra la ocupación alemana.

[29] Variedad del francés relativa a la casa de Anjou que se habla en Apulia, cuyo topónimo italiano es Puglia, en la zona de Angers.

[30] Personajes del poema épico alemán *El cantar de los nibelungos*.